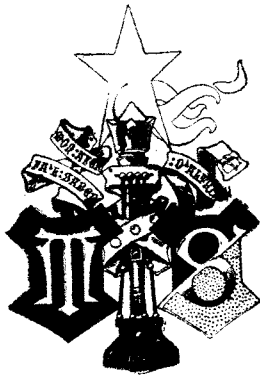
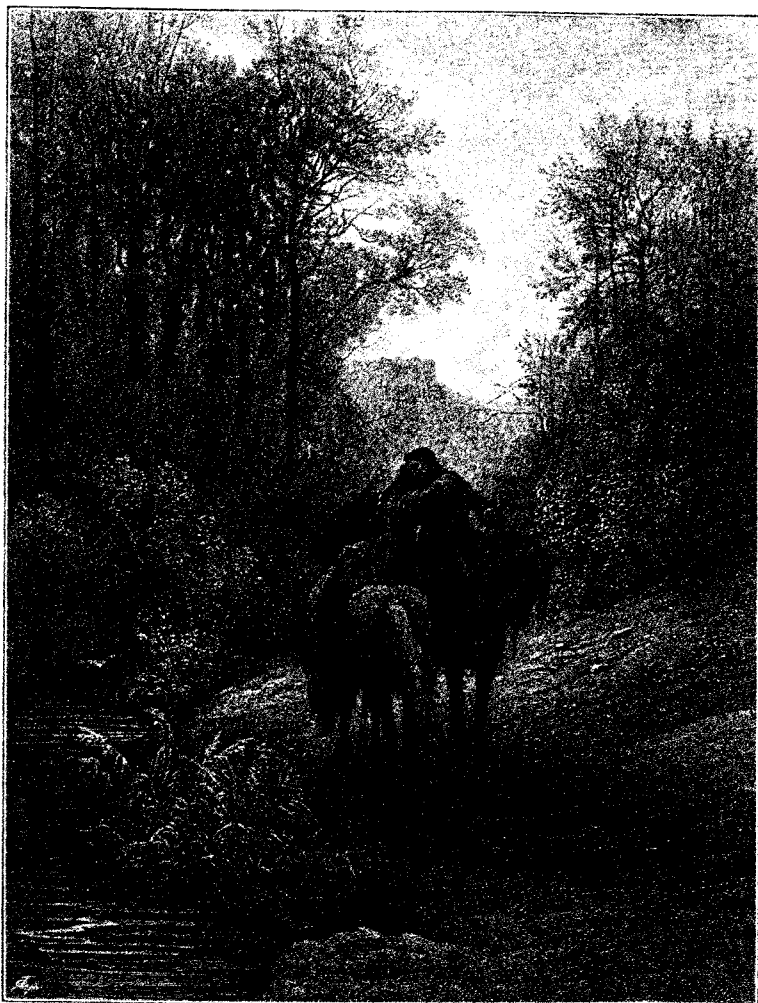


ECOS  
DE  
LAS MONTAÑAS



CASTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujó

Y una hora después en la ribera...

ECOS  
DE  
LAS MONTAÑAS

LEYENDAS HISTÓRICAS ESCRITAS POR

DON JOSÉ ZORRILLA

Ilustradas por

GUSTAVO DORÉ

---

BARCELONA

---

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NUMS. 309 Y 311

1894

---

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

---

## NOTA DE LOS EDITORES

---

El mejor tributo que puede rendirse á la memoria de los muertos ilustres es difundir sus obras, extendiendo de esta suerte el círculo de sus admiradores y popularizando nombres que la fama ha inmortalizado.

Popular como pocos fué el poeta cuya muerte, nunca bastante llorada, arrebató á nuestra patria al último y uno de los más preclaros genios de aquel período glorioso de la hispana literatura que con razón se llama edad de oro de la poesía moderna; con los versos de Zorrilla varias generaciones se han nutrido de los sentimientos de patria, religión y amor que elevan la inteligencia y dignifican el alma, y con ellos han aprendido, por decirlo así, á leer casi todos los que en el Viejo y en el Nuevo Mundo hablan el idioma castellano.

Y sin embargo, algunas de sus obras no han podido alcanzar toda la popularidad que sin excepción merecen cuantas producciones salieron de la pluma de tan egregio poeta, debido esto á las condiciones en que fueron publicadas.

Tal sucede con los ECOS DE LAS MONTAÑAS: las ediciones de lujo, únicas que hasta ahora habíamos hecho de la obra, aunque completamente agotadas, no han podido llegar por su elevado coste á manos de todos, siendo infinito el número de los que por tal razón se habían visto privados de saborear las bellezas sin cuento que esos admirables poemas encierran.

Comprendiéndolo así, decidimos publicar una edición económica, al par que lujosa, de los ECOS DE LAS MONTAÑAS exclusivamente dedicada á los suscriptores de nuestra popular BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA,

y para que esta edición en nada desmereciera de las anteriores y aun las superara, reproducimos en ella debidamente reducidas las preciosas láminas de Gustavo Doré que en aquéllas se publicaron y hemos añadido una serie de viñetas ornamentales que prestan al libro nuevos atractivos.

Con ello creemos complacer al público que de antiguo nos dispensa un favor constante y siempre creciente, y satisfacemos al propio tiempo nuestros deseos de honrar la memoria del inspirado vate de quien fuimos en vida amigos sinceros y de quien hemos sido, somos y seremos admiradores entusiastas.

LOS EDITORES

## INTRODUCCIÓN

---



Ecos de las montañas que nutridos  
De las aguas, los vientos y las aves  
Con la voz, los murmullos y los ruidos,  
Tristes, medrosos, gárrulos ó graves,  
Venís á susurrar en mis oídos  
Del aire azul entre las ondas suaves:  
¡Qué avara saborea el alma mía  
De vuestro vago son la poesía!

Ecos de las montañas., cuando aspiro  
Vuestra sonora esencia con el viento  
Que os lleva sobre mí, como un suspiro  
Enviado por la tierra al firmamento,  
¡Con qué placer la atmósfera respiro  
En que bullir y murmurar os siento,  
Concierto de una música sin nombre  
Que envía Dios en el silencio al hombre



Ecos de las montañas., cuando el día  
 Comienza á declinar y en la llanura  
 Oigo desparramarse la armonía  
 De vuestra voz que baja de la altura,  
 Bendigo la montaña que os envía  
 Con la brisa que impregnan de frescura  
 Los árboles, que dan á sus picachos  
 Rumorosos y móviles penachos.

¿De qué habláis? ¿Qué os decís?—Mi oído atento,  
 Vuestro murmullo al percibir, se lanza  
 Tras él y le persigue por el viento,  
 De comprenderle al fin con la esperanza;  
 Mas ¡ay! nunca por él mi pensamiento  
 Lo que decís á comprender alcanza.  
 Ecos de las montañas, ¿vuestro ruido  
 Nunca lo que os decís dirá á mi oído?

Vagorosos rumores, yo os adoro  
 Porque hallé desde niño en vuestros sonos  
 Para mi triste espíritu un tesoro  
 De vagas é infantiles ilusiones.  
 Vuestro susurro plácido es un coro  
 Que me canta del aire en las regiones  
 Himnos cuyas palabras no comprendo,  
 Mas á las cuales con afán atiendo.



Ecos de las montañas, yo percibo  
En vuestro son versátil y liviano  
Algo que se os adhiere, fugitivo  
De un invisible mundo no lejano.  
Nunca me sé explicar lo que concibo  
De vuestro son oculto en el arcano:  
Mas algo que habla en vuestro son comprendo,  
Cuya palabra á mi pesar no entiendo.

Ecos de las montañas, al sentirlos  
Bullir, el aire de rumor llenando,  
Arrastrado tal vez siento en sus giros  
Pasar de sombras invisible bando,  
Que entre risas, conjuros y suspiros,  
Rastro sonoro tras de sí dejando,  
Pasan, y vuelven sin cesar, y ondean,  
Y á la par que me encantan me marean.

¡Oh, montañas poéticas! ¿Es sueño  
De mi débil espíritu, que enerva  
El tiempo que en roer pone su empeño  
Cuanto es caduco, ó en verdad conserva  
Vuestro recinto inculto y zahareño,  
Bajo su manto de árboles y hierba,  
Ese mundo de espíritus quiméricos  
De los tiempos románticos y homéricos?




¿No es verdad, oh montañas, que aunque os yermen  
Del invierno las nieves y aquilones  
Guardáis las larvas é incubáis el germen  
De las más priniitivas tradiciones;  
Que en vuestro seno sus fantasmas duermen,  
Dándolas perfumados pabellones  
En vuestros silos húmedos y estrechos  
Céspedes, musgos, líquenes y helechos?

¿No es verdad que esos ruidos misteriosos,  
Esos perennes y encantados ecos  
Que exhalan vuestros bosques rumorosos,  
Breñas desiertas y peñascos huecos  
A los que manantiales caprichosos  
Cortinas dan de cristalinos flecos,  
Pueden la tradición y la leyenda  
Al poeta contar que les comprenda?

¿No son desde el diluvio las montañas  
Cadenas y dogal del bajo suelo,  
Cuevas de salteadores y alimañas,  
Las que el hombre ocupó con más anhelo?

¿No minó con cavernas sus entrañas?  
¿No trabajó con sórdido desvelo  
Para cercar sus cumbres y asperezas  
Con triple cinturón de fortalezas?



Y esas torres y alcázares feudales,  
De que hizo la política mundana  
Nidos de buitres y antros de chacales,  
Devoradores de la gente llana  
Degollada en sus guerras señoriales,  
¿No convirtió después la fe cristiana  
En monasterios santos y tranquilos,  
De caridad é ilustración asilos?

Habrá dejado, pues, la humana raza  
Por las montañas, al pasar por ellas,  
De sus ejemplos de virtud la traza  
Al par que de sus crímenes las huellas.  
Páginas de una crónica que enlaza  
Las figuras más torvas y más bellas,  
Quedan en las alturas solitarios  
Escombros de castillos y santuarios.

¡He ahí toda la historia de la tierra,  
Toda la tradición de los dos mundos:  
*Album* de la ambición y de la guerra,  
Labor de sus dos genios furibundos!  
¿Y de cada montaña y cada sierra  
No podrán ser los ecos vagabundos  
Voces de las quimeras insepultas,  
En la olvidada tradición ocultas?



Ecos de las montañas, romped francos  
En palabras: narradme los misterios  
De las crestas, cavernas y barrancos  
Do han dejado al pasar reinos é imperios  
Pardos escombros y esqueletos blancos  
De alcázares, castillos, monasterios:  
Mansión de vivos en la edad pasáda,  
Y hoy de sombras poéticas morada.

Ya va á ponerse el sol: ya centellea  
Sobre la curva colosal del monte,  
Cuya silueta ante su luz negra  
Como el monstruoso lomo de un bisonte  
Gigantesco é inmóvil.; ya sombrea  
La cavidad azul del horizonte  
Con su niebla el crepúsculo.; ya inermes  
Se echa en su nido el águila.: ya duerme.

Forma, color y luz la luna toma,  
Libre ya del fulgor del sol ausente;  
Y lo que él abrasó por valle y loma  
Platea su luz fresca y transparente.  
La flor da al aura su nocturno aroma,  
Su frescura á la atmósfera la fuente;  
El cielo es una tienda de reposo,  
La tierra un lecho blando y aromoso.



Es una noche que abrirá á la aurora  
Los capullos que abril nutrió fecundo:  
Una noche esplendente, inspiradora  
De ascético fervor ó amor profundo.  
¡Ecos de las montañas, es la hora  
De vuestra libertad, vuestro es el mundo!  
¡Ea!, bajad de la montaña umbría  
Y llenad las llanuras de armonía.

Descended: yo os evoco; yo os lo mando:  
Dios esta noche á mi poder sujeta  
La vaga voz de vuestro errante bando.  
Para, de ecos perdidos turba inquieta,  
Y en sus oídos al posar parando,  
Lo que dices al aire di al poeta.  
¡Ah!, ya sumisos á mi voz os siento  
Venir... ¡Ecos., me habláis!—Estoy atento.

Habladme... ya os comprendo... casi os veo  
De la móvil calina en las marañas  
De ráfagas que en raudo serpenteo  
Hace y deshace el viento en sus extrañas  
Locas ondulaciones!.. Mi deseo  
Se cumple.—¡Ecos que hervís en las entrañas  
De las rocas que dan al Pirineo  
Su diadema de rey de las montañas,



Sed los primeros cuyo son perdido  
Un secreto de amor fie á mi oído!

Diez siglos hace ya que esta leyenda  
Pasó: la misma edad que Barcelona,  
De independencía señorial en prenda,  
Lleva en su frente la condal corona.  
Yo se la escribo como pobre ofrenda  
Que mi fe prueba y mi palabra abona:  
Granillo que acarrean mis afanes  
A la mies de los fastos catalanes.

Le he sembrado, al volver de tierra extraña,  
De la mía natal en la frontera,  
Cuando á besarla al pie de la montaña  
Me hiqué del Pirineo. — ¡Dios no quiera  
Que vuelva nunca á abandonar á España.;  
Mas si me pierdo de mi patria fuera,  
No quiera Dios que se me pierda el grano  
Que en tierra tan leal sembró mi mano!



LEYENDA PRIMERA

---

EL CASTILLO DE WAIFRO

---

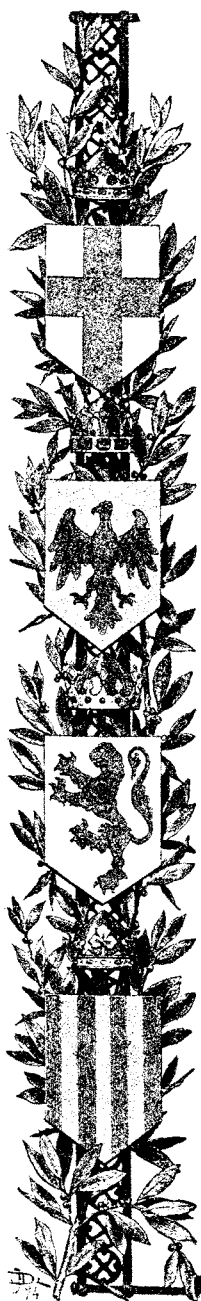
CAPÍTULO PRIMERO

I

¡Perpetuo afán es del hombre  
Volverse á mirar su sombra,  
En el libro de la vida  
Volviendo al revés las hojas!  
¿Por qué? — Porque, á cada paso  
Que va dando hacia la fosa,  
Sus dichas por el camino  
Va perdiendo una tras otra,  
Y sintiendo á cada paso  
Que una ilusión le abandona,  
Como un amante vendido  
A verlas huir se torna.



Mas según las va perdiendo  
 Le parecen más hermosas,  
 Porque el tiempo y la distancia  
 Con luz mejor se las doran.  
 Porque son distancia y tiempo  
 Dos cristales que coloran  
 Lo que por ellos se mira  
 Con luz tan artificiosa,  
 Que las manchas desvanece,  
 Las imperfecciones borra,  
 Cambia en rosal el espino  
 Y el monstruo en ángel transforma.  
 Tiempo y distancia en sus cuadros  
 A las figuras históricas  
 De toda miseria humana  
 Purifican y despojan:  
 Y el hombre en mirar los cuadros  
 De la edad pasada goza,  
 Porque en ellos ve tan solo  
 Poesía, luz y gloria.  
 He aquí por qué nuestra vida  
 Suele pasársenos toda  
 En anhelar esperanzas  
 Y en acariciar memorias.



El pasado engalanamos  
Del tiempo presente á costa,  
Y siempre mejor creemos  
El de entonces que el de ahora.  
He aquí por qué los poetas,  
Cuyas almas perezosas  
Las miserias de la vida  
Desesperadas soportan,  
La poesía en el campo  
De lo pasado colocan,  
Y en el de su tiempo sólo  
Las miserias y la prosa.  
Lo pasado es la querida  
Ausente, embelesadora,  
Como la flor perfumada,  
Como el ángel luminosa:  
Lo presente, por desdicha,  
Es como la mujer propia,  
Que nubla su poesía  
Con las miserias corpóreas.  
He aquí por qué los poetas  
Al tiempo pasado adoran  
Y hojean con tal deleite  
Del tiempo viejo las crónicas:

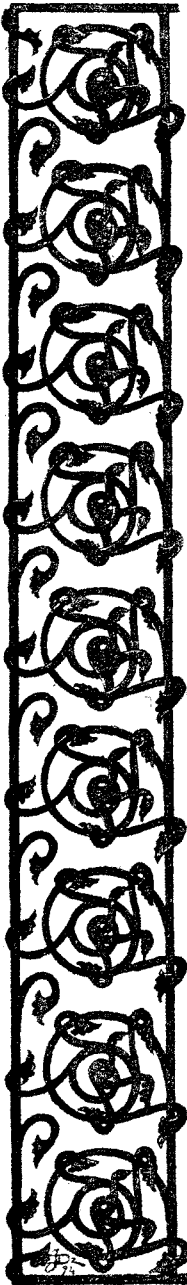


Porque las léen como cartas  
Que desde playas remotas  
Hacer llegar á sus manos  
La ausente querida logra;  
Porque hallan no más en ellas  
Que frases encantadoras  
Y deliciosos recuerdos  
Que poesía rebosan,  
En un papel con su cifra  
Que aun trasciende de su cómoda  
Al olor y al de la esencia  
Con que perfuma su ropa,  
Y en cuya haz se ve la huella  
De sus manos primorosas  
Y que aún viene tibia y húmeda  
Del aliento de su boca.  
He aquí por qué los poetas,  
Perdidos de su edad, vogan  
Por el golfo, relatando  
Las leyendas de las otras.  
Y hacen bien; porque los años  
Son lo mismo que las rosas:  
Que, frescas, tienen espinas,  
Y secas, no más que aroma.



Poesía omnipotente,  
Que con alas luminosas  
A través de las tinieblas  
De los tiempos te remontas,  
Que vas á cerner tu vuelo  
En la purísima atmósfera  
Del cielo en que las quimeras  
De la edad pasada flotan,  
Llévame á su edén poético  
Donde sin espinas brotan  
Sólo rosas con que hacernos  
Ramilletes y coronas.

Es el castillo de Waifro  
Una mole arquitectónica  
Que parece por titanes  
Asegurada en las rocas.  
Al mirarla desde el llano,  
No se concibe tal obra  
Consumada en tal altura  
Sino por arte diabólica.  
El lugar en que está puesta,  
La elevación prodigiosa  
De sus muros y sus torres  
Y el trecho en que se prolonga



Recuerdan los monumentos  
De aquella edad fabulosa  
En que escalar quiso el cielo  
La osadía babilónica.  
Fábrica de varias épocas  
Y de gente poderosa,  
De castillo y de palacio  
Al mismo tiempo blasona.  
Los anchos patios que abarca;  
Los aljibes que sus losas  
Ocultan, embovedando  
Sus cavidades recónditas;  
Los ventilados depósitos  
En que sus granos entroja;  
Los almacenes en donde  
Viveres y armas acopia;  
Las extensas galerías  
En que aposenta sus tropas  
Cuando el pabellón de guerra  
En sus torres se enarbola;  
Sus defensas formidables,  
La refinada y fastuosa  
Comodidad de las cámaras  
En que á sus dueños aloja,



Dan al castillo de Waifro  
No sé qué faz misteriosa  
Que le hace á la par objeto  
De admiración y zozobra.  
En paz, se le crée de una hada  
Pacífica y bienhechora  
El kiosco fresco en el cual  
No se concibe que se oigan  
En el silencio nocturno  
Más que arrullos de palomas,  
Sabroso rumor de besos,  
De brindis, arpas y trovas.  
En guerra, parece el cráter  
Del volcán en donde forja  
El genio de las batallas  
Sus máquinas destructoras.  
No se oyen en él más ecos  
Que los de la voz furiosa  
De la pelea, el incendio  
Y la venganza y la cólera.  
Castillo y palacio, al par  
En guerra y en paz asombra;  
Y de él da el vulgo noticias  
Tales, tan contradictorias,



Que á creer lo que se dice  
Del castillo en pro y en contra,  
Para infierno y paraíso  
Ni le falta, ni le sobra.  
Maravilloso edificio  
A cuya construcción sólida,  
A cuya grandeza regia  
Y á cuya esbeltez graciosa  
Contribuyeron á espacios  
La arquitectura de Roma,  
La de la muelle Bizancio  
Y la africana y la goda,  
Encierra cuantas ventajas  
A su construcción reporta  
De las cuatro arquitecturas  
La amalgama en una sola.  
Anchos fosos le rodean,  
Que de agua abundante colman  
Los manantiales que bajan  
De las cumbres nebulosas.  
Veinte aspilleradas torres  
A sus muros eslabonan  
Almenadas galerías  
Que en gruesos cubos se apoyan.



De su recinto en el centro  
Gallardean orgullosas  
Las torres del homenaje,  
Que edificio aparte forman.  
Capiteles las rematan,  
Cupulillas las coronan,  
Botareles las aíslan  
Y arabescos las adornan:  
Y en su pabellón soberbio  
Sus nobles señores moran  
En aposentos que el lujo  
Más espléndido decora.  
Sus salones de homenaje,  
Sus camarines y alcobas  
Cubren cúpulas y domos  
Cuyas atrevidas bóvedas  
Fustes caprichosos cintran,  
Dobles istrias acordonan,  
Suelos pilares sustentan,  
Caladas cornisas orlan.  
Entra el sol en sus estancias  
Por ventanas espaciosas  
Romanas y bizantinas,  
Cuyos limpios arcos doblan



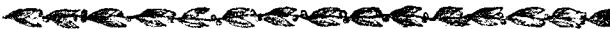
Y triplican las columnas  
Que sus cavidades cortan  
A manera de ajimeces  
Como los de Fez y Córdoba.  
Ricas vidrieras las cierran,  
Cuyo artífice geómetra  
Con líneas que el ojo pierde  
Trazó en ellas minuciosa,  
Laberíntica y prolija  
Combinación, tan armónica  
Que se admira, pero no  
Se detalla ni se copia.  
Los vidrios, que en estos múltiples  
Varillajes se encajonan  
En imperceptibles álveos  
Que por dentro les emploman,  
Están pintados de vivos  
Colores, que nunca borran  
Ni el sol que les achicharra,  
Ni la lluvia que les moja,  
Ni el hielo que les destempla,  
Ni el viento que les azota,  
Ni el polvo que les entrapa,  
Ni el tiempo que les perdona.

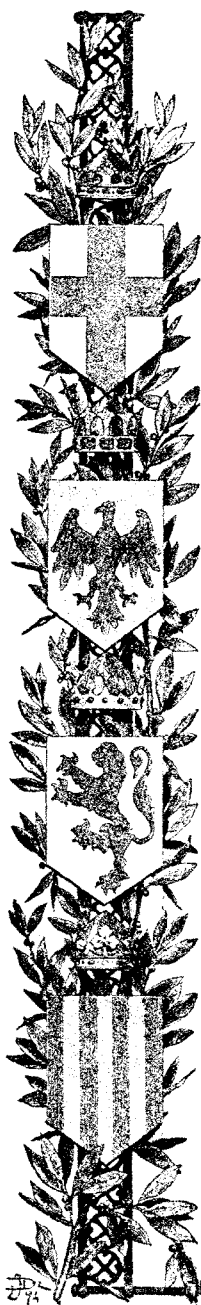


Cuando del sol por defuera  
Les hiere la luz, y arrojan  
En el interior los vívidos  
Resplandores que de él toman,  
Focos de incendio parecen,  
Cascadas de llamas rojas,  
Cataratas de oro y púrpura,  
De hornos encendidos bocas,  
Cuyas reverberaciones  
Los muebles y las alfombras  
Ciñen, lamen y acarician  
Con sus lenguas flameadoras.  
Sus fugitivos reflejos  
Van á perderse en las lóbregas  
Chimeneas, en los negros  
Rincones y en las redondas  
Líneas de los pasamanos  
De las escaleras combas,  
Cuyas espirales rápidas  
Se retuercen y se enrollan  
A manera de flexibles  
Y descomunales boas  
Que el pavimento, girando  
Sobre sí mismas, perforan.



Las terrazas de sus muros  
Y sus adarves festonan  
Marañas de enredaderas,  
Clemátides y gayombas.  
Incopiables perspectivas  
Alegran sus plataformas  
Con vistas, luz y aire tales  
Que los ojos enamoran,  
El alma triste recrean,  
Hacen más breves las horas  
Y hacen más larga la vida,  
Pues cuerpo y alma confortan.  
Este castillo titánico,  
Esta fábrica ostentosa,  
Baluarte y palacio á un tiempo,  
Propiedad á un tiempo y obra  
De una raza (que aún no hace  
En el que pasa esta historia  
Veinte años que se ceñía  
En la frente una corona),  
Está sentado en las cumbres  
De las montañas boscosas  
Del Pirineo, que parten  
Las fronteras españolas.

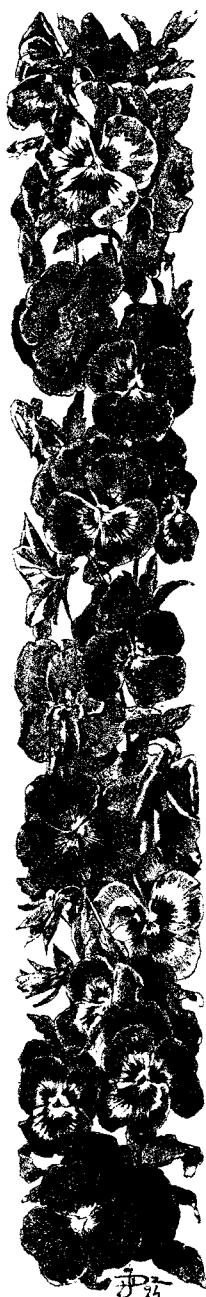




Su torreón de homenaje,  
 Que hay quien cree que al cielo toca,  
 Domina extensión tan vasta  
 De las dos naciones próximas,  
 Que alcanza en la Galia á ver  
 Las llanuras de Tolosa,  
 En España casi espía  
 Por sobre Urgel á Gerona,  
 Y por cima de la sierra  
 Que va á expirar en la costa  
 Divisa el gálico golfo  
 Como una niebla que flota.  
 Este castillo, tan vano  
 Como una coqueta hermosa,  
 Desde su altura se mira  
 De un lago azul en las ondas;  
 Y el agua, que siempre ha sido  
 Traviesa, falsa y burlona,  
 Al reproducir su imagen,  
 De su vanidad se mofa,  
 Porque al repetir sus líneas  
 De abajo arriba las toma,  
 Y su hermosura le muestra,  
 Pero su imagen trastorna.

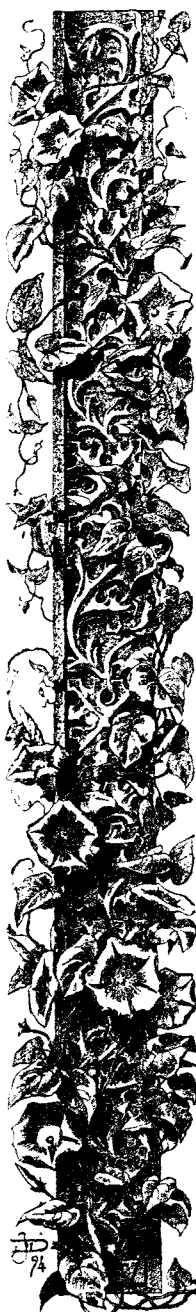


Este lago, que se ceba  
 Con los millares de gotas  
 Con que hace la nieve arroyos  
 De corrientes saltadoras,  
 Tiende en dos leguas de anchura,  
 Medidas á la redonda,  
 Sus riberas, á pedazos  
 Estériles ó frondosas.  
 Á trechos su agua profunda,  
 Muda é inmóvil, se agolpa  
 Sobre vertical peñasco  
 Que tenaz la amalecona;  
 A trechos en las raices  
 De las encinas añosas  
 Labra, sin cesar batiéndolas,  
 Espuma burbujadora;  
 Y á trechos, en fin, metiéndose  
 Entre juncos, algas y ovas,  
 Les mece inquieta y susurra  
 Salpicándoles de aljófár.  
 Después que en su inmensa taza  
 Murmura, salta, retoza,  
 Ondea ó duerme á capricho,  
 Sosegada ó juguetona,



Su agua azul se abre salida  
Por una rotura angosta  
Que la encauza sobre un álveo  
Que en un canal la transforma;  
Y por él, entre la doble  
Orilla que la aprisiona,  
De aquella opresión quejándose  
Como una niña mimosa,  
Camina haciendo recodos  
Por entre las peñas broncas,  
Con corriente imperceptible,  
Pero cada vez más honda.


Tal el castillo de Waifro  
Mil años ha que en las rocas  
Del Pirineo ostentaba  
Su grandeza faraónica.  
Tal, al despertar al mundo,  
Mil años ha que la aurora  
Su primer luz, como un beso  
Le mandaba cariñosa.  
Tal por la noche ha mil años  
Que en pabellones de sombra  
Le encerraba la montaña  
Como su madre á una novia.



Par no tuvo en hermosura  
Ni en fortaleza: mi tosca  
Poesía no ha podido  
En estas rimas monótonas  
Dar de él la más pobre idea,  
Porque es una idea loca  
Basar sobre versos fábricas  
Que los siglos desmoronan.  
Bella fué la del castillo  
De Waifro: mas ¡ay! no hay cosa  
Bella en la tierra sin mancha,  
Y su mancha era su historia.

## II

Hay razas sobre las cuales  
La maldición de Dios pesa,  
Y donde ponen la planta  
Desaparece la hierba.  
En vano á sus individuos  
Fortuna y naturaleza  
Dan amigos, poder, oro,  
Fe, valor, genio y prudencia:  
No hay prudencia que les baste,



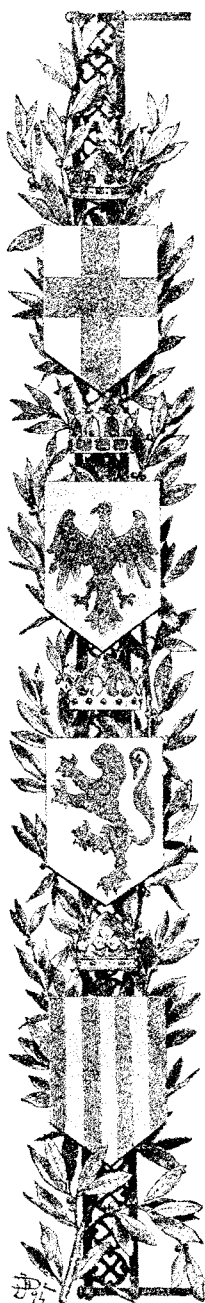


Genio que á su sino venza,  
Valor que les dé victoria,  
Ni fe que se les mantenga,  
Ni oro que empleen con fruto,  
Ni poder que les dé fuerza,  
Ni amigos que les sean fieles,  
Ni sol que á mirar se vuelvan,  
Ni pan que les dé alimento,  
Ni suelo que les sostenga,  
Ni tierra que les dé tumba,  
Ni ojos que lloren sobre ella,  
Ni almas que sobre ella recen,  
Ni manos, en fin, ni lenguas  
Que de la calumnia póstuma  
Su fama y honor defiendan.

Esas razas por el mundo  
Cruzan como los cometas,  
Dejando tras sí como éstos  
Su cauda roja, una huella  
Negra en su patria, en la historia  
Una figura siniestra,  
Y en la estirpe de que nacen  
Baldón, deshonra y vergüenza.  
La memoria de estas razas



Las historias adulteran,  
La tradición la enmaraña,  
La torna el vulgo en conseja;  
Y si un poeta la exhuma  
Y saca á luz su leyenda,  
Es un testimonio falso  
Sin firmas, sellos ni fecha:  
Un cuento que á nadie importa,  
Una voz que á nadie llega,  
Un eco que el aire apaga,  
Un fanal que ahoga la niebla,  
Un alminar sin mucines,  
Un instrumento sin cuerdas,  
Una aguja sin imán,  
Un barquichuelo sin vela,  
Una rosa sin perfume,  
Una carta sin respuesta,  
Un cantar sin estribillo  
Y un ave sin compañera.  
Porque esas razas malditas  
Que, cuando el campo atraviesan  
De la vida, ni un ruin árbol  
Para sombrearse encuentran,  
No hallan después de extinguidas



Ni quien evocarlas sepa  
Tras el cendal de una fábula,  
Como unas sombras chinescas;  
Porque esas razas sombrías  
Tan mala sombra proyectan,  
Que dan mala sombra á un libro...  
La de Waifro es una de ellas.

## III

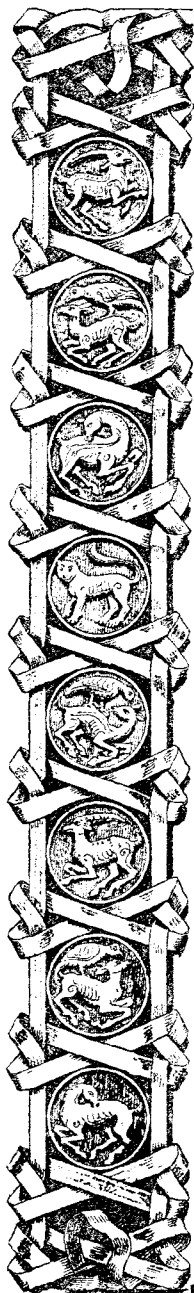
Roma sentía escapársele  
De las manos la cadena  
Con que amarraba los pueblos  
Al carro de su soberbia:  
Sus provincias se trocaban  
De esclavas suyas en reinas,  
Y las que sus pies besaron  
Se erguían en su presencia.  
Los francos, como manada  
De lobos, hicieron presa,  
Al abandonarlas Roma,  
En las Galias indefensas;  
Y Eudes, duque soberano  
De Aquitania y de Provenza,



Que las tenía por Roma  
Para él y su descendencia,  
Vió al franco, dragón naciente  
Enroscado en sus fronteras,  
Empezar á abrir sus alas  
Y á desenroscar sus vueltas.  
La Francia, dragón que á Eudes  
Creyó oruga y vió culebra,  
Avanzó sobre Aquitania  
Amenazando comérsela;  
Y Eudes, viéndole venir  
Sobre él las fauces abiertas,  
Le echó atrevido en la boca  
Nutridos haces de flechas.  
El aguijón de la oruga  
Sintió el dragón con sorpresa;  
Mas resuelto á devorarla,  
Se preparó á la pelea.  
El dragón era más fuerte,  
La serpiente más mañera;  
Fué larga y tenaz la lucha  
Entre la maña y la fuerza.  
Eudes tenía á su espalda  
Del Pirineo en las selvas



Su castillo, inexpugnable  
En su salvaje aspereza.  
Vencido, mas no rendido,  
Dos veces dejó sus tierras  
De Carlos Martel en manos,  
Acogiéndose á las breñas.  
Repuesto en ellas dos veces,  
Bajó al campo la tercera:  
Pero por fin la corona  
Compró con su independencía.  
Hizo homenaje á los francos,  
Y fué en su fortuna adversa  
Á encerrarse en las murallas  
De su oculta fortaleza.  
Gastó en ella sus tesoros  
Para asegurarse en ella,  
Y á su muerte su hijo Hunaldo  
La recibió con su herencia.  
Eudes murió en su castillo  
Tremolando su bandera,  
León que herido de muerte  
Va á expirar á su caverna.  
¡Tal es nuestra raza humana!  
Los odios de raza dejan



En el alma de los hijos  
Los padres que les engendran.

Hunaldo ofreció tres veces  
Al rey Carlos obediencia,  
Y otras tres como su padre  
Se alzó en rebelión abierta.  
Como él se acogió en su fuga  
Del Pirineo á las crestas,  
Como él en aquel castillo  
Enterrando sus riquezas;  
Llegando superstición  
Á ser de esta raza inquieta  
Creer que estaba adherida  
Su fortuna á aquellas piedras.  
Hunaldo, el más firme apoyo  
De la dinastía vieja  
De los reyes merovingios,  
Gastó en él sumas inmensas:  
Y cuando, después de ocho años  
De encarnizada contienda,  
Derrotado por los hijos  
De Carlos Martel en Neustria,  
Renunció al poder y al mundo  
Metiéndose en una celda,



Su hijo Waifro en el castillo  
Vió la joya de su hacienda.

Waifro sucedió á su padre,  
Mas á la doble cadena  
Amarrado que el rey franco  
Le dejó en el cuello puesta.  
Su padre Hunaldo en el claustro  
Y su hijo Lupo en la regia  
Servidumbre respondían  
De su fe con sus cabezas:  
Y Waifro á estas dos argollas  
Amarrado, en la impotencia  
De rebelarse, tascaba  
Su freno en calma colérica;  
Y estos dos recios anillos  
Que las manos le sujetan  
Para romper, confiaba  
De la fortuna en las vueltas.  
Para ocultar su coraje  
Y distraer su impaciencia,  
Volvió al castillo los ojos  
Como á la luz de su estrella:  
Y el oro del padre Hunaldo  
Y la mitad de sus rentas



Empleó en hacerse de él  
La más faustosa vivienda.  
Waifro, en las vicisitudes  
De su vida romancesca,  
Corrió con su inquieto padre  
Desde niño adondequiera  
Que alzaron contra los francos  
Una lanza ó una enseña,  
Ya el longobardo en Italiá,  
Ya Taxilón en Baviera,  
Ya en España los alarbes;  
En suma, por donde opuesta  
A Francia quedó en Europa  
La comarca más pequeña.  
Waifro, observador curioso,  
Engrandeció sus ideas  
En sus peregrinaciones;  
Y en sus montañas de vuelta,  
Recordó cuanto vió bello  
En las marcas extranjeras,  
Y echó menos la hermosura  
Donde halló de más la fuerza.  
Recordó aquellos alcázares,  
Castillos, puentes, iglesias,



Obeliscos y acueductos  
De Italia, Bizancio, Iberia  
Y Alemania; los detalles  
Recordó de sus diversas  
Arquitecturas: tan noble  
La romana, tan esbelta  
La gótica, tan suntuosa  
La bizantina, tan fresca  
La árabe, tan extremada  
En primores, tan aérea...  
Y dar de su alcázar quiso  
Solidez á la belleza,  
De los primores de todas  
Los detalles añadiéndola.  
Estucó sus camarines;  
Balaustró sus escaleras,  
Cintró sus embovedados,  
Labró sus macizas verjas,  
Apilaró las crujías,  
Apretiló las mesetas,  
Transformó en fin su castillo  
En la mansión más risueña,  
De ligereza y de gracia  
Dándole tal apariencia

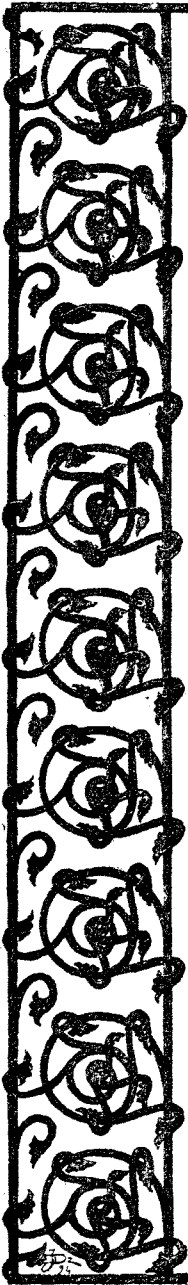


Que, dejándole castillo  
Sólido, hizo en él que fueran  
Miradores las ventanas,  
Rosetones las lucernas,  
Botareles los estribos,  
Belvederes las almenas,  
Chales colgados los puentes,  
Galerías las poternas,  
Y las torres alminares,  
Y peristilos las puertas,  
Y los adarves pensiles,  
Y las explanadas huertas,  
Y tapices las murallas,  
Y juguetes las defensas.  
Mas Waifro morar no pudo  
En mansión tan opulenta;  
Porque, al ascender al trono  
Pepino el Breve, en las fiestas  
De su advenimiento Lupo  
Huyó, y como una tormenta,  
Del castillo de su padre  
Llegó una noche á las puertas.  
Lupo y Waifro de venganza  
Teniendo el alma sedienta,



Libres al verse, soltaron  
A su coraje las riendas.  
Lupo de su padre Waifro  
Puso á la cólera espuelas,  
La ocasión ante el deseo  
Pintándole como buena  
Para cobrar la perdida  
Soberana independencia,  
De los Estados del Norte  
A favor de las revueltas.

Waifro el cuerpo entumecido  
Desarrolló á tales nuevas,  
Como al balido del corzo  
Sus anillos la culebra.  
Sacudió al aire los brazos  
Como el león la melena,  
Y á su torre de homenaje  
Como aparición siniestra  
Asomándose, á los labios  
Llevó su trompa, y en ella  
Con todo el pulmón soplando,  
Lanzó su señal de guerra.  
Los ecos de las montañas  
Le echaron en las praderas,



Y en la Aquitania un soldado  
Evocó tras cada piedra.  
Todo el odio de su raza,  
Amasado en la vergüenza  
De su antiguo vencimiento,  
Hizo de ellos dos panteras.  
Lupo, duque de los vascos,  
Les hizo cruzar por sendas  
Salvajes el Pirineo;  
Y de ellos á la cabeza  
El padre y el hijo ocho años  
Sostuvieron la pelea  
Sin vencer ni ser vencidos  
Y con encono de hienas.  
Al fin ¡ay! su sino infausto  
Dió de la fortuna ciega  
Una vuelta repentina  
Á la revoltosa rueda.  
Los francos les incendiaron  
El Berry, entraron la Auvernia,  
Talaron del Lemosín  
Los viñedos y las vegas;  
Y Waifro, rendido no,  
Mas agotadas sus fuerzas,



Desmanteló sus ciudades  
Desde el Bearn á Angulema;  
Envió á Lupo con sus vascos  
Más allá de sus fronteras,  
Y se metió en sus montañas  
Como el león en su cueva.  
Los francos no osaron nunca  
Seguirle por las veredas  
De las montañas; y Waifro  
Con soberana fiereza  
Siguió izando en su castillo  
Su independiente bandera,  
Rey libre de la montaña  
Cuyos lugares le pechan.  
Waifro, del triunfo del franco  
Como viviente protesta,  
Cazaba por los breñales  
Y andaba en su fortaleza  
Con caballo encubertado,  
Blasonada sobrevesta,  
Manto ducal en los hombros  
Y corona en la **cabeza**.  
Pero Waifro salió un día  
De su castillo, y la tierra

Debió tragarle, pues nunca  
Dió á su castillo la vuelta.

## IV

Un año después, subiendo  
De un cerro la áspera loma,  
Que el solitario recodo  
De un brazo del lago acota,  
Adelantaba un jinete  
Por la soledad recóndita,  
Tal vez buscando una senda  
Borrada, perdida ó rota.  
Alumbra el país inculto  
Con tibia luz melancólica  
Que va desgarrando á espacios  
Los celajes que la entoldan,  
Un plenilunio de mayo,  
Que en la tierra pedregosa  
Del silencioso jinete  
Dibuja la móvil sombra.  
Este es, vigoroso y ágil,  
Un hombre que su persona  
De pies á cabeza envuelve





En las mallas de una cota.  
Toca su erguida cabeza  
Con una ducal corona,  
Bajo cuyo guardacuello  
Grisos cabellos asoman.  
No más de espada y merced  
Va armado, y caparazona  
De malla no más las ancas  
Del tordo corcel que monta:  
Cual si fiando de frente  
En sus manos poderosas,  
Tan sólo se recelara  
De acometida traidora.  
La luna, que sus contornos  
De espléndidas líneas orla  
Rielando de sus mallas  
En las bruñidas argollas,  
Le presenta circundado  
De una especie de aureola  
Que parece desde lejos  
Luz de su figura propia;  
Figura de acero, dura,  
Siniestra, amenazadora,  
Digna del agreste cuadro



En donde campea sola.  
A sus pies se extiende estéril  
Una cuesta rocallosa,  
Que accidentan sólo peñas  
De aridez desoladora.  
A su frente empañá el lago  
Con sus vapores la atmósfera,  
Donde incansables se ciernen  
Las cenicientas gaviotas.  
A su derecha el castillo,  
Entre la niebla brumosa,  
Con líneas negras y rudas  
El azul del cielo corta;  
Y en su torre del vigía,  
Y en la de aquella más próxima,  
Dos luces que arden anuncian  
Que velan los que en él moran.  
El caballo, cuyas riendas  
El caballero abandona,  
No sintiéndose regido,  
Va con marcha perezosa  
Avanzando cuesta arriba;  
Pero no bien la trasmonta,  
Enarca rígido el cuello,



Los firmes jarretes dobla,  
Sobre las manos se planta,  
Las orejas encapota,  
Ventea, y fija en un punto  
La pupila recelosa.  
El jinete, enderezándose,  
En los estribos se apoya  
Y en rededor suyo tiende  
Mirada escudriñadora.  
Allá, al pie de los peñascos,  
Cerca del agua, le chocan  
Informes bultos, que son  
Los que á su caballo asombran.  
Los temerosos objetos  
De que aún no alcanza la forma,  
Mientras su caballo esquiva,  
Él con la vista devora.  
De pronto una idea súbita  
Le asalta: al corcel acosa;  
Resiste el bruto; le clava  
Los dos acicates; bota  
El animal, no avezado  
A ayuda tan rigurosa,  
Y entre los bultos de un brinco



Bufando á su amo coloca.  
Los bultos son dos cadáveres  
Que aún tienen de carne y ropa  
Restos y harapos asidos  
A la osamenta asquerosa.  
Las de dos caballos yacen  
Con ellos, lo cual denota  
Que allí les dejaron muertos  
Manos y almas alevosas.  
Los buitres han devorado  
Las bestias y la persona  
Del uno, á quien mal guardaban  
Vestiduras poco sólidas.  
El otro conserva encima  
Del busto su carne momia,  
Merced á una recia malla  
Que aún se le adhiere mohosa.  
Llegóse á aquél el jinete:  
Mas como se le avizora,  
Medroso de él, su caballo  
Y le obliga á que se ponga  
Junto al cadáver, el bruto  
Al encabritarse toca  
Con el casco herrado y mueve

CASTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujó.

Al golpe y al movimiento...




La seca osamenta cóncava.  
Al golpe y al movimiento,  
La calavera redonda  
Dejó de sí desprenderse  
El aro de una corona.  
Vióle rodar el jinete  
Con tan profunda congoja  
Como si viera á sus plantas  
Una sierpe venenosa.  
Rodaba el aro hacia el lago;  
Mas él, que á tierra se arroja,  
Antes que en el agua caiga  
Con ambas manos le toma.  
Examinóle, y frotóle  
Con la piel de sus manoplas:  
De una corona ducal  
Era el círculo; las hojas  
Le faltaban, mas tenia  
Las nueve perlas valiosas  
Que para la de Aquitania  
Regaló á sus duques Roma.  
Al conocerla el incógnito,  
Rugió como una leona  
Que halla su cachorro muerto



Cuando á su caverna torna.  
«¡Waifro!,» exclamó con un grito  
De ira y angustia tan hondas  
Que debió oírle el cadáver  
Por quien le lanzó su boca:  
«¡Waifro!... ¡hijo mío!.., añadió,  
¡Maldita sea la hora  
En que me volví en el claustro  
Al Dios que nos abandona!  
¡Alma de Waifro insepulto,  
La de tu padre te evoca!  
¡Ven conmigo por la tierra  
De tu raza vengadora!  
¡No perdonemos jamás  
Á quien nos mata y deshonra!  
¡No perdonemos nosotros  
Á quienes Dios no perdona!»  
Dijo, y su corona echando  
Del lago obscuro en las ondas,  
Se encajó la del cadáver,  
Montó y se perdió en la sombra.

## V



Hay razas que condenadas  
Vienen á la tierra ya  
Á ser tragadas por otra  
Que de ellas marcha detrás;  
Y por más que ellas caminen  
Con rauda velocidad,  
La que camina tras ellas  
Siempre avanza mucho más.  
Su fe, poder y constancia  
Huella su fatalidad  
Y se pierden como el polvo  
Al soplo del vendaval.

Hunaldo y Lupo, modelos  
De constancia y fe tenaz,  
Atletas vencidos siempre,  
Pero rendidos jamás,  
Tornaron por la vez última  
La Europa á insurreccionar  
Contra los francos, con fiera  
Y heroica terquedad.



Palanca de su venganza  
Hacer supo perspicaz  
Su astucia de cuanto puede  
Las pasiones exaltar;  
Y con firme pertinacia,  
Con cauta sagacidad  
Y diabólica doblez  
La lograron combinar.  
Tras largas noches de insomnios,  
Tras largos días de afán,  
De azarosísimos viajes  
Hechos de extraño disfraz  
Á favor, de obscuras tramas  
Próximas siempre á abortar,  
Nudo á nudo aseguraron  
La espesa red de su plan.  
Poco con él importábales  
El porvenir arriesgar  
Del cristianismo, encender  
La discordia universal  
Y degollar sin escrúpulo  
De la Europa la mitad,  
Con tal de vengar á Waifro  
Y á los francos de humillar.



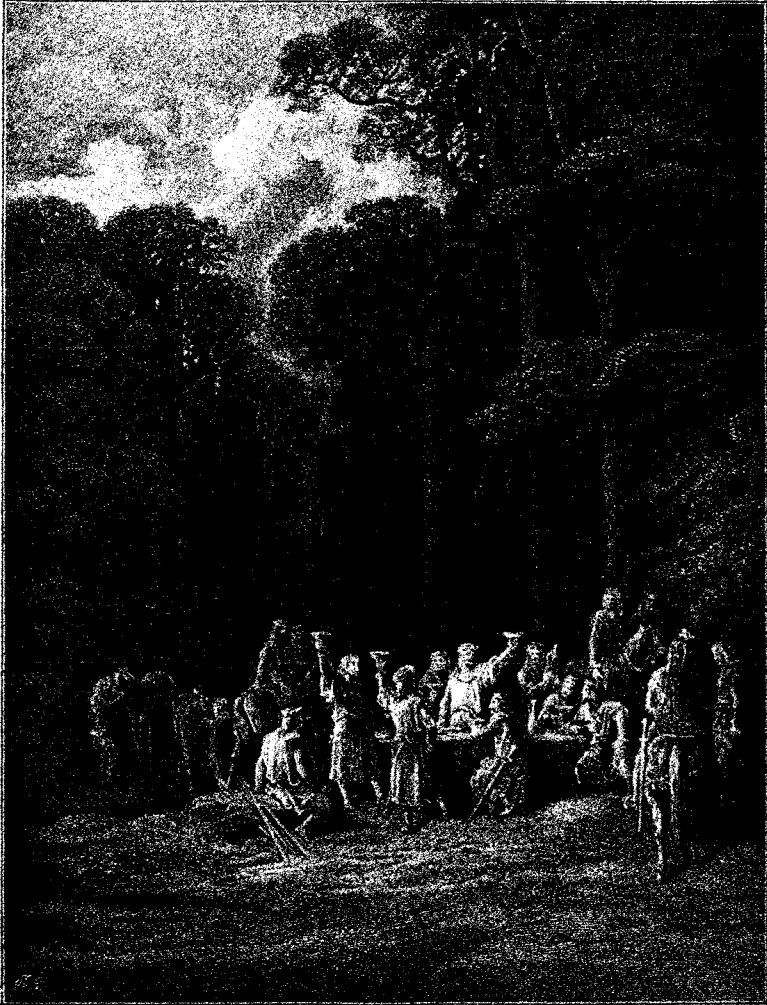
No quedó príncipe, duque,  
Ni conde, ni capitán  
Que de los francos tuviera  
Qué temer ó qué vengar,  
Cuya chispa de odio ó miedo  
No supieran en volcán  
Convertir Hunaldo y Lupo  
Con su destreza infernal.

Una tarde en la espesura  
De una selva secular,  
Á cuyo centro recóndito  
Pinos resinosos dan  
Toldo, rumores, aroma,  
Secreto y seguridad,  
Hunaldo y Lupo juntaron  
Diez jefes de sangre real,  
Un pacto de odio y venganza  
En sus manos á jurar  
Con que alcanzar de una vez  
Sepultura ó libertad.  
Solo acudió cada uno,  
Por su senda cada cual,  
Con sed de sangre en el alma,  
Bajo atavíos de paz.



Dejando cada uno oculta  
Escasa escolta leal,  
Entró en el bosque mostrando  
De su estirpe y dignidad  
Las insignias francamente,  
Como quien resuelto va  
Á arriesgar todo por todo,  
Prevenido á todo azar.  
Y fué una escena diabólica,  
En cuyo éxito quizá  
Tomó parte por Hunaldo  
El poder de Satanás;  
Porque Hunaldo conspiraba,  
Con Francia por acabar,  
Hasta en pro del paganismo  
Y contra el poder papal.  
Y Hunaldo con la vehemencia,  
Que solamente es capaz  
Un odio á muerte en un alma  
Cual la suya de inspirar,  
Y Lupo con la elocuencia  
Doble, insidiosa y sagaz  
De su lengua de sirena  
Y su intención de chacal,

**CASTILLO DE WAIFRO**



G. Doré dibujó

**Y de oro y licor vertieron...**

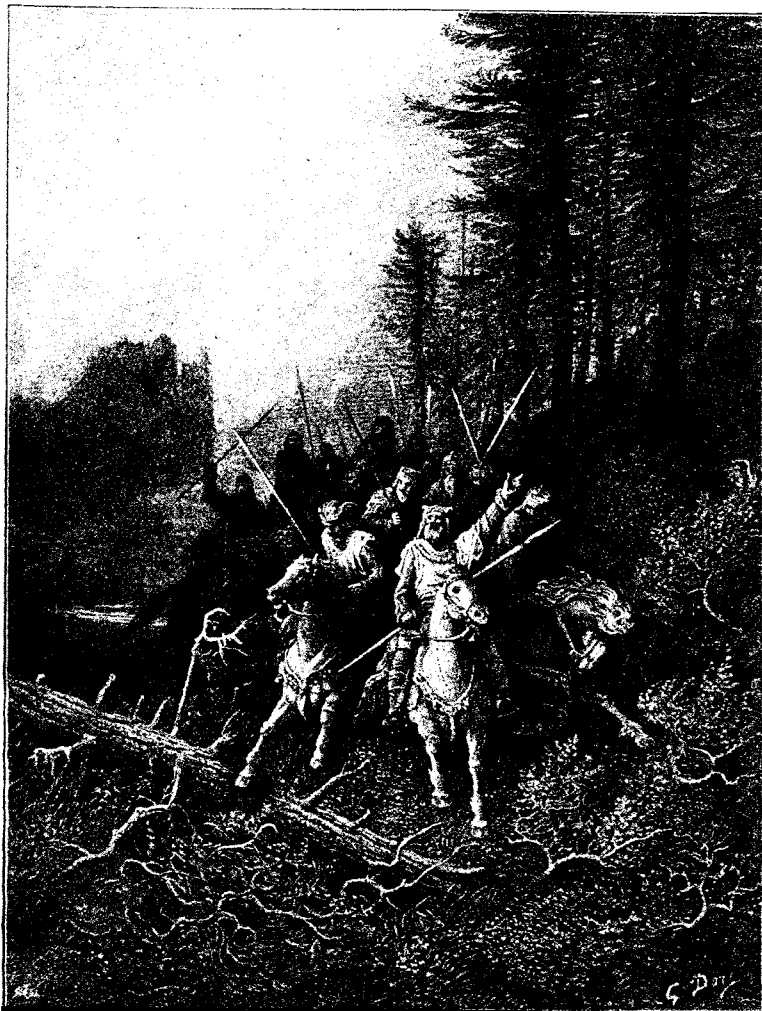


En la alma de sus aliados  
Acertaron á infiltrar  
De su odio feroz de raza  
La acre ponzoña letal.  
La impresión de aquella escena  
Romántica al calcular,  
Contaron con la del vino  
Generosa calidad;  
Y de oro y licor vertieron  
Tan generoso raudal,  
Entre brindis y cantares  
De venganza y libertad,  
Que al poner fin con la tarde  
A su regia bacanal  
Pudieron Hunaldo y Lupo  
Con ejércitos contar.  
A izar iban otra vez  
Su bandera señorial:  
Ya eran jefes; ya eran fuertes  
Otra vez en tierra y mar.  
Sobre su tordo fogoso,  
Lanzando otra vez audaz  
Su grito de guerra al viento  
De un himno báquico á par,



Hunaldo, á la luz ya incierta  
Del crepúsculo fugaz,  
De sus aliados al frente  
Volvió el bosque á atravesar.  
Ellos, tras él arrastrados,  
Repetían de él detrás  
Sus pasos descompasados  
Y sus cantos sin compás;  
Y lanza en mano, en las crines  
Asegurándose mal,  
Y con carcajadas de ebrios  
Y de ebrios con ademán,  
Con el ruido de un pedrisco  
Que lanza la tempestad,  
Como remolino de hojas  
Que arrebatara el huracán,  
Saltando matas y troncos,  
A la luz crepuscular  
Van, torbellino de Hunaldo,  
Larvas de su odio voraz,  
Sin recordar lo pasado,  
Su porvenir sin sondar,  
Sin mirar adónde pisan,  
Sin saber adónde van.

CASTILLO DE WAIFRO

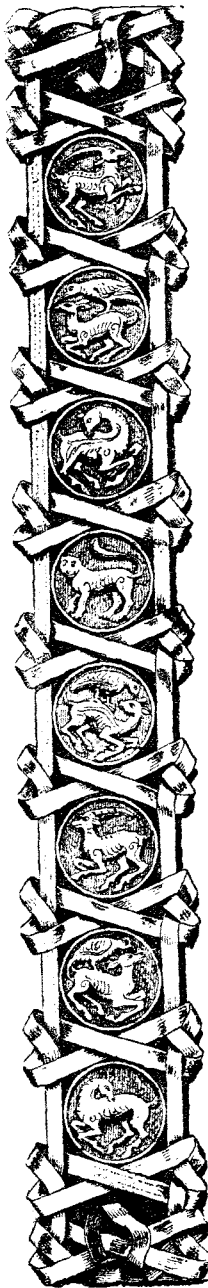


G. Doré dibujó

Sin recordar lo pasado. .

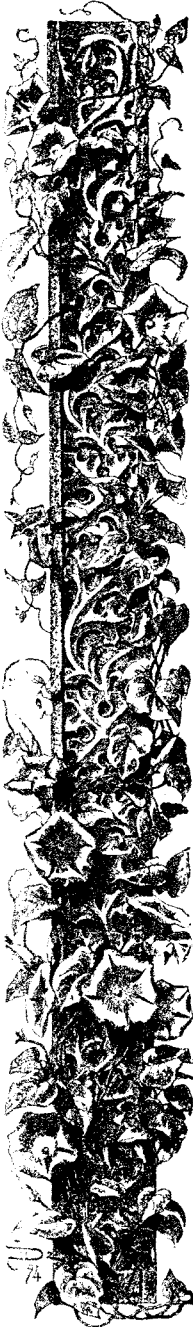


Y Hunaldo llegó con ellos  
A la Iglesia á amedrentar,  
Y vaciló Carlomagno,  
Pero un momento no más.  
En Germania, Italia, España,  
Francia, por tierra y por mar,  
De Hunaldo y Lupo sobre ellos  
Cayó la fatalidad.  
Los que una muerte no osaron  
Desesperada arrostrar,  
De Carlomagno cayeron  
Bajo la planta imperial.  
Hunaldo, con la increíble  
Y larga virilidad  
De su voluntad de bronce  
Y sus fuerzas de titán,  
Murió apedreado en Pavía  
Por la furia popular,  
Excomulgado y cargado  
Con la maldición papal:  
Y la raza carlovingia  
Su trono al asegurar  
Le acuñó con los pedazos  
De su corona ducal.



En el castillo de Waifro,  
 Lupo, después de encerrar  
 A su mujer y á una niña  
 A quien ésta el pecho da,  
 Fué á tender á Carlomagno  
 Emboscada en un breñal,  
 Y le mató en Roncesvalles  
 De sus doce el mejor Par.  
 Carlomagno, despechado  
 Por la muerte de Roldán,  
 Entrampó á Lupo y le hizo  
 Cual lobo rabioso ahorcar.


Raza infeliz en quien rudo  
 Pesó el castigo de Adán  
 Y en quien se cebó implacable  
 La injusta fatalidad:  
 Raza á quien hizo la historia  
 Por vencida criminal,  
 Aunque sucumbió en defensa  
 De su tierra y libertad:  
 Raza á quien ni los romances  
 Quisieron patrocinar,  
 Pues otros nombres y origen  
 A su casa y gentes dan,




---

Dejó tras sí una azucena  
Cuyo aroma virginal  
Quisiera que en estas hojas  
Se pudiera respirar.  
Una doncella... no, un ángel  
De amor que en cuerpo mortal  
Vino al castillo de Waifro  
A amar, sufrir y expirar.  
Una hurf cuya poética  
Leyenda tradicional  
Los ECOS DE LAS MONTAÑAS  
Me han venido á mí á contar.  
¡Feliz yo si su relato  
De estas hojas por el haz  
Lograra extender, por ellas  
Haciéndole resbalar  
Como un arroyuelo límpido  
Cuyo sonoro raudal  
Lame la arena y el césped  
Que lecho y sombra le dan!

---







## CAPÍTULO II

Buscad hoy por las rocas y breñales  
Del Pirineo catalán los restos  
Del castillo de Waifro: las señales  
En el aire buscad de sus enhiestos  
Torreones y muros colosales  
Tras de sus puentes levadizos puestos...  
Sobre ellos han pasado como furias  
Las razas sin piedad de diez centurias.

Allí do los macizos torreones  
Se burlaban del ímpetu del viento  
Y á través de huracanes y turbiones  
Miraron sin temblar al firmamento,  
Hoy anidan las águilas y halcones,  
Vegeta apenas musgo amarillento  
Y un invierno glacial lo que halla en sombra  
Con eternos carámbanos alfombra.






Rastro no hay ya de su feudal grandeza:  
La estirpe real que la habitó en los días  
En que la acción de mi relato empieza  
Dejó sus restos en las algas frías  
De un lago seco ya y en la maleza  
Que enmarañan punzantes y bravías  
Húmedas tobas y carrascos secos  
Do va el viento á exhalar lúgubres ecos.

Aquellos fieros duques aquitanos  
Que allí alzaron audaces los postreros  
Su voz y su pendón de soberanos;  
La princesa gentil de ojos parleros,  
Cabellos de oro y nacarinas manos,  
Que en el césped dejó de sus senderos  
La casta huella de sus pies enanos  
Y en el aire sus ayes lastimeros;

La última grey de servidores fieles  
Que la guardaba en su postrer asilo;  
Los azores, neblíes y lebreles  
Con que cazaba en torno del tranquilo  
Lago, que de sus cañas y reteles  
Pesca á su vez suministraba al hilo:



Todo aquel resto de ducal grandeza  
Que rodeó su virginal belleza

¿Qué son? Polvo no más que esparce el viento;  
Rumores de la atmósfera vacía;  
Sombras que se dibujan un momento  
En las hojas de un libro; poesía  
Del tiempo que pasó; germen de un cuento  
Hilvanado á la historia por la mía:  
Son, poesía, sombras, polvo y germen  
Que en las tinieblas del pasado duermen.





## CAPÍTULO III

### GENOVEVA DE AQUITANIA

#### I

Veinte años después regía  
Luis el Piadoso el imperio,  
Y el más profundo misterio  
El castillo guarecía.

Guardábanle las montañas  
En su virgen espesura,  
Cual madre á la criatura  
Pedazo de sus entrañas.

Las selvas que de maleza  
Salvaje se enmarañaron,  
De la tierra segregaron  
De Waifro la fortaleza.

Enhierbados sus senderos,  
No hallaron ya á él caminos  
Ermitaños, peregrinos,  
Juglares ni aventureros.



Y como á dar no volvió  
De la tierra al poder guerra,  
De su raza y de él la tierra  
Sin miedo ya, le olvidó.

¿Qué era de él? ¿Quién le vivía?  
¿Quién alzaba aquel son vago  
Que despertaba del lago  
Ecos en la aura vacía?

¿De quién era aquel acento  
Que oyó algún pastor tal vez  
La nocturna lobreguez  
Rasgar en alas del viento?

¿Por patios y corredores,  
Echadas de tierra y cielo,  
Lloran su eterno desvelo  
Las almas de sus señores?

¿Arrastran por sus incultos  
Bosques y obscuras crujías  
Tras sí sus almas impías  
Sus espectros insepultos?

¡Quién sabe! El aire á intervalos  
Exhala sonos de vida  
Detrás de aquella extendida  
Cortina espesa de palos.





Mas lo que interrumpe á veces  
De su silencio la calma  
No son lamentos de un alma  
Que pide póstumas preces;


No es el temeroso son  
De la voz de las leyendas  
Con que puebla las viviendas  
Precitas la tradición:

Es el rumor halagüeño  
De un tierno cantar de amores,  
Como el de los ruiseñores  
Que guardan á la hembra el sueño.

Es la voz de un alma henchida  
De tiernísima pasión,  
Que demanda un corazón  
Que abra el suyo á nueva vida.

Es la voz que á todo ser  
Infunde naturaleza  
En cuanto el amor empieza  
A sentir en sí nacer.

Es la frase no aprendida  
Que instintivamente sabe  
La alma á quien la pena cabe  
De querer y ser querida.



Es la voz de una mujer  
Que, su amor cantando, acata  
La ley imperiosa y grata  
De ser querida y querer.


¿Quién será la que á intervalos  
Canta, así de amor herida,  
Detrás de aquella extendida  
Muralla espesa de palos?

## II

Un día, al mediar el sol,  
Penetrando en la montaña  
Por el lado que da á España  
Del Pirineo español,

A través de las malezas  
Se abría á hachazos sendero  
Un robusto caballero  
Armado de todas piezas:

Y á juzgar por el afán  
Que en enmarañarse tiene,  
Ó huyendo de un riesgo viene  
Ó á los alcances le van.





Dejado crecer acaso  
Para que se cierre á expreso,  
No hay en el breñal espeso  
Rotura, brecha ni paso:

Y se ve que en muchos años  
No han buscado en él caminos  
Pastores ni peregrinos,  
Bandoleros ni ermitaños.

El caballero que explora  
Tal montaña, y que acomete  
Tal paso, en el que se mete  
Práctico tal vez no ignora.

Su vigoroso caballo,  
Que en secundarle no duda,  
El bosque á romper le ayuda  
Con el bien herrado callo;

Y de pechero y frontal  
Fiando en planchas y puntas,  
Con todas sus fuerzas juntas  
Trabaja el noble animal.

Con hacha, brazos y pecho  
El jinete, y el caballo  
Con frontal, pechero y callo,  
Se abren paso y ganan trecho;



Hasta que, entre la hojarasca  
Sumidos, sólo el rumor  
Muestra que ni su labor  
Cesa, ni su pie se atasca.

Y ya porque él no ignorase  
El fin de la zona espesa,  
Ó porque, loca, en su empresa  
La fortuna le ayudase,

Tras larga y penosa brega  
Consiguió salir á dar  
Al linde de un encinar  
Que acota un borde y que riega

Un arroyo, el cual parece  
Que le circunda y le zanja:  
Coto de heredad ó granja  
A que el bosque pertenece.

Saltó el arroyo, y metiéndose  
Resuelto por la arboleda,  
Topó con una vereda  
Que poco á poco fué haciéndose


Calle de árboles umbría  
Que, aunque inculta y enhierbada,  
Paseo llano ó calzada  
Muestra que ha sido algún día.

CASTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujó

Por ella echando, y al brillo...



Hoy corta su césped fresco  
Senda que sobre él se pinta,  
Como una greca de cinta  
Que parte un tapiz chinesco.


Por ella echando, y al brillo  
De los últimos reflejos  
Del sol, alcanzó á lo lejos  
Por sobre el bosque un castillo;

Y avanzando por la calle  
De árboles hacia él de frente,  
Desembocó de repente  
En un pintoresco valle.

El caballero podría  
La espesura conocer,  
Mas de seguro, á mi ver,  
El valle no conocía;

Pues púsose á contemplar  
Con arrobamiento vago  
De valle, castillo y lago  
El panorama sin par.

Verdeguean por las lomas  
Las mieses y las legumbres;  
Se vuelven desde las cumbres  
Al palomar las palomas;





Recogen por los oteros  
Sus rebaños los pastores,  
Y tornan los labradores  
Cargados con sus aperos.

Allá viñedos ocupan  
Lo que ayer broncos breñales:  
Aquí en huertos los frutales  
Ya florecidos se agrupan.

Allá donde al alma arredra  
El abismo de un barranco,  
Con solo un ojo, de un tranco  
Le salta un puente de piedra.

Por bajo de él con estruendo  
Se precipita un torrente  
Que le está continuamente,  
Aunque en vano, sacudiendo:

Y su honda barranca estrecha  
Bordea un ancho camino  
Que baja el trigo á un molino  
Que sus aguas aprovecha.

Todo acusa movimiento,  
Labor, cuidado, abundancia:  
La montesina fragancia  
Perfuma el salubre viento,



Y el lago undoso le entibia  
 Del estío en los calores,  
 Y con sus frescos vapores  
 El pulmón cansado alivia.

El caballero creyó  
 Que allí moraba alguna hada  
 Que, del edén desterrada,  
 Allí un edén se labró;

Y estuvo espacio no corto,  
 Contemplando en su belleza  
 Valle, lago y fortaleza,  
 Embebecido y absorto.

Y no pudo comprender  
 Quién, cómo y para qué quiso  
 Tan risueño paraíso  
 En tal desierto esconder.

«¿Quién será la hada dichosa,  
 Se dijo, que este edén more?  
 ¡Dichoso quién la enamore,  
 Si es como su edén hermosa!

Yo la veré.» Cual si un mago  
 Realizara complaciente  
 Su anhelo, vió de repente  
 Salir del bosque, y del lago



Avanzar por la ribera,  
Una dama coronada,  
Sobre una yegua montada  
Como una corza ligera.

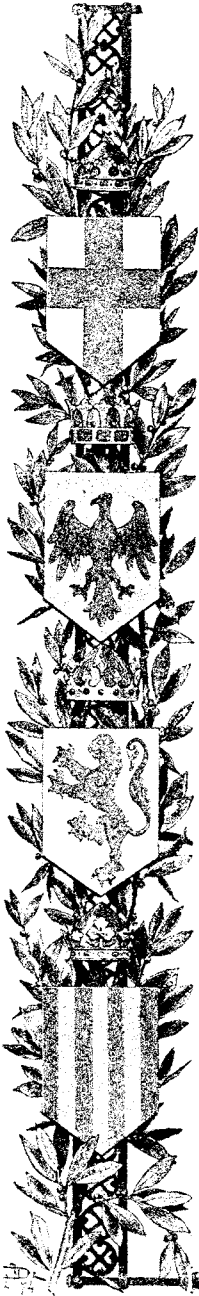
Traía encapirotado  
En su diestra un alcotán,  
Y el cuerpo en aire galán  
En la silla colocado:

Y traía en pos, en traje  
De caza, un viejo sombrero,  
Dos mancebos de buen brío,  
Dos halconeros y un paje.

Quedó un punto el caballero  
Encantado contemplándola,  
La agría subida mirándola  
Emprender por un sendero:

Y como que era entendió  
La dueña de aquel castillo,  
Otra senda, que al rastrillo  
Vió que guiaba, tomó.

Y de él la dama subía  
Sin apercibirse acaso,  
Mientras de intento su paso  
Él por los suyos medía:



De manera que al pisar  
La plataforma ella y él,  
Del postigo ante el cancel  
Se vinieron á encontrar.

Contemplóle ella gran pieza  
Silenciosa, mas no esquivá,  
Y los de su comitiva  
Con acusada extrañeza.

Él á su vez contemplóla  
Con admiración tan franca,  
Que ella tornó su piel blanca  
De azucena en amapola.

Mas como la situación  
Comenzase á ser violenta,  
Él de sí dándola cuenta  
Trabó así conversación:

– «Dama hermosa, perdonad  
Si un desconocido errante,  
De vuestra puerta delante  
Os pide hospitalidad.»

La dama permaneció  
Aún un momento indecisa;  
Y luego, como con prisa  
De excusarse, respondió:



– «Servíos vos de excusar  
El silencio en que vacilo,  
Porque hospedaje ni asilo  
No estoy hecha en ella á dar.»

Y aquí el caballero fué  
Quien á su vez vaciló,  
De la razón que ella dió  
No comprendiendo el porqué;

Y siendo él quien es, y en sí  
Derecho habiendo sobrado  
Para ser bien hospedado,  
El diálogo anudó así:

– «Creed que aunque solo vengo  
Y asendereado, tal soy  
Que á par con príncipes voy,  
Pendón alzo y hueste tengo;

Mas no os enoje ni asombre  
Que mi nombre aquí no os diga,  
Porque en público me obliga  
Un voto á callar mi nombre.

– Calladle: que aunque no entiendo.  
Cómo habéis llegado aquí,  
Lo que ignoráis vos de mí  
Saber de vos no pretendo.



– Hasta vos para llegar  
Bregué el bosque hasta romper;  
Mas por llegaros á ver  
Volvería á comenzar.

Y desde el punto en que he visto  
Vuestra beldad soberana,  
De vos, noble castellana,  
Quién soy en velar no insisto.

Dar puedo mi nombre á quien  
Me dé un nombre al mío igual.

– Entrad: yo os daré uno tal  
Que esté junto al vuestro bien.

Y aunque es la primera vez  
Que mi nombre doy á un hombre,  
Dársele puedo á quien nombre  
Me pueda dar de igual prez.

– Si es mi demanda, señora  
Importuna ó temeraria,  
La retiro. – Solitaria  
He vivido aquí hasta ahora:

Y como hospitalidad  
Nadie á pedir vino aquí,  
El primero que de mí  
La obtenga seréis: entrad.»





Picó, esto dicho, su yegua  
Que ya escarbaba impaciente,  
Y cruzó á galope el puente  
Poniendo al coloquio tregua.

Picó á su vez su corcel  
El caballero tras ella:  
Y su séquito, tras él  
Picando, sobre su huella  
Marchó en sonoro tropel.

Tras ellos cayó el rastrillo  
Y alzóse crugiendo el puente;  
Y el crepúsculo amarillo  
Sumió en sombra lentamente  
Valle, laguna y castillo.

Y unos por otros después  
De mis personajes tres,  
La dama y el caballero  
Y otro á quien nombrar no quiero,  
Pensaban al par: «¿Quién es?»

¿Quién es la que nunca dió  
Á nadie hospitalidad?  
¿Quién es quien se la pidió?  
¿Quién el viejo que guardó  
Tan muda severidad?

Mientras sueña el caballero  
En su lecho con la dama,  
Y ella en el audaz viajero  
Inquieta piensa en su cama,  
Vamos al viejo severo.

## III

Un poco antes que la luna  
Del horizonte saltase,  
Que era la del primer día  
De un primer cuarto menguante,  
Por una poterna al foso  
Salió el viejo personaje  
Con dos lebreles, que pegan  
El morro á sus calcañares.  
Desató una balsa oculta  
Debajo de los sillares  
Que el umbral de la poterna  
Prolongan, quedando al aire,  
Y atravesó el foso en ella:  
Tras él los perros entrándose,  
Como bestias avezadas  
A transporte semejante.





Ató la barca á otra argolla  
Aferrada á la otra parte:  
Tomó tierra allende el foso,  
Y echó hacia los encinares,  
Descendiendo por la senda  
Que lleva á la calle de árboles  
Por donde fué el caballero  
A desembocar al valle.

Es un hombre alto y robusto,  
De resueltos ademanes,  
De barba gris, aguileña  
Nariz y ojos perspicaces.  
Pisa firme, mira fijo,  
Lleva el cuerpo con buen aire,  
La cabeza alta, y con garbo  
De caballero su traje.  
Este es un jubón de paño,  
Sobre el cual ajusta al talle  
Una túnica sin mangas  
Con un ancho talabarte.  
De él un puñal *de merced*  
Pende en un doble tirante,  
Y va una linterna sorda  
Presas en un gancho de encaje.



Un pantalón frigio viste  
 Sus piernas correctas y ágiles,  
 Que á la pantorrilla ajusta  
 Con finas correas de ante.  
 Lleva sobre el hombro izquierdo,  
 Haciendo extraño contraste  
 Con las demás, una prenda  
 Que va mal con su talante:  
 Que es la manta ó sudadero  
 Que los de á caballo traen  
 Bajo la silla de guerra  
 Para que no le maltrate.  
 Un gorro de piel sin pluma  
 Y unos borceguíes árabes  
 De este viejo de mi cuento  
 Completan el equipaje.

Y el llamarle viejo no es  
 Porque en realidad le cuadre  
 Tal adjetivo: no sólo  
 No hay en él aún señales  
 De decrepitud, sino  
 Que ostenta aún cualidades  
 De robustez vigorosa  
 Y virilidad pujante.



Le llamo viejo, primero  
 Por once lustros que le hacen  
 Blanquear cabellos y barba;  
 Pero las canas se sabe  
 Que aunque madurez acusan,  
 No enfermiza ó débil carne,  
 Pues más pronto que los años  
 Encanecen los pesares.  
 Lé llamo viejo además  
 Porque, al ir á presentársele  
 Al lector, de un modo ú otro  
 Es necesario nombrarle:  
 Y el interés de la historia  
 No permite á este romance  
 Dar de sus héroes los nombres,  
 Sino señas personales.  
 Por eso á éste llamo el viejo:  
 Y á quien no le contentare,  
 Que le bautice á su gusto;  
 Yo voy con él adelante.  
 Él, pues, con planta segura,  
 Sin dudar y sin pararse,  
 Siguió hasta donde el arroyo  
 Sirve al encinar de margen:



Mas al comenzar lo espeso  
De los silvestres breñales,  
Cual si se desorientara  
Detúvose vacilante.  
Silbó á sus perros, y á oler  
La manta que lleva dándoles,  
«¡Hus!» dijo: y sin vacilar  
Partieron los animales.  
Tras ellos bordeó el lindero  
Del embreñado ramaje,  
Hasta el sitio en que de muestra  
Vió á sus lebreles plantarse.  
Fiado en su instinto, al punto  
Luz con la linterna dándose,  
Empezó á hacer del lugar  
El más detenido examen.  
Las huellas del caballero  
Y del caballo palpables  
Halló en la brecha por ambos  
Abierta en los matorrales.  
Sobre tal rastro podía  
Sólo un ciego descarriarse:  
El paso del caballero  
Era por allí indudable.



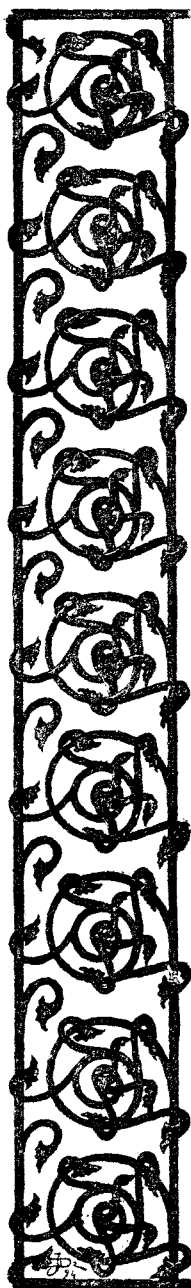
Su brazo era poderoso,  
 Su hacha pesada y cortante  
 Y el corcel de grande empuje,  
 Conque el destrozo era grande.  
 Del examen satisfecho  
 Y seguro del paraje,  
 Cerró el viejo su linterna  
 Con intención de tornarse.  
 Silbó á sus perros, mas ellos  
 Callaron: volvió á silbarles,  
 Y aullaron desde su puesto,  
 Pero sin abandonarle.

«¡Hola!, dijo el viejo, hay caza;»  
 Y á los perros acercándose,  
 «¡Hus! ¡hus!» les dijo, y los perros  
 En el matorral lanzáronse.  
 A poco oyó en la maleza  
 Ladridos descomunales,  
 Y luego rumor de lucha  
 Cual si á una res acosasen.

«Diablos, ¡qué alimaña es esa!,»  
 Dijo, á luchar preparándose,  
 El viejo, tirando al punto  
 Del puñal que al cinto trae.



Mas de pronto y con asombro  
 Oyó juramentos y ayes  
 De alguno que con sus perros  
 En la obscuridad combate.  
 Lanzóse al lugar de donde  
 El ruido y las voces salen,  
 Y á la luz de la linterna  
 Vió á un hombre que, revolcándose,  
 No impide, aunque se defiende,  
 Que los perros le ataracen,  
 Y que ya apenas rebulle  
 Entre los dos que de él asen.  
 Contúvoles, y poniendo  
 La luz y el puñal delante  
 De los ojos del caído,  
 Le dijo resuelto: — «¡Date!  
 — Me doy, respondió el que en tierra  
 Mohino y mordido yace;  
 Me doy: tened vuestras bestias,  
 Y á levantar ayudadme.  
 — No te menees: espera  
 Que pies y manos te amarre.  
 — ¡Eso no! — Pues cenarán  
 Carne mis perros. — ...Atadme.»



Dejó el del castillo en tierra  
La luz: bufó de coraje  
El derribado entre aquel  
Y sus lebreles mirándose.  
Con un cordón del justillo  
Le ató el viejo los pulgares  
A la espalda, y con el cinto  
Le dijo los piés atándole:

– «Por amor sólo ó por odio  
Lo que tú hacías se hace:  
Tú sigues la pista á un hombre;  
Pues le buscas, quién es sabes.»

Calló el atado; y el viejo  
De hito en hito contemplándole  
Volvió á decir, así diálogo  
Entre los dos entablándose:

– «Ó me respondes, ó dejo  
Que mis lebreles te masquen  
El corazón. – ¡Más valiera!

– ¡No bravees! – No amenace:  
Dar carne cristiana á perros  
Es un pensamiento infame.

– Y será un hecho. ¿Respondes?  
– ¡Maldígaos Dios!.. Preguntadme.



— ¿Quién es el hombre á quien sigues?

— Un varón de alto linaje.

— ¿Cómo viene solo? — Huyendo.

— ¿De quién? — De los catalanes.

— ¿Es su enemigo? — Es quien lleva  
De un partido el estandarte.

— ¿De cuál? — Del que en él tremola  
Los blasones imperiales.

— ¿Y á cuál sirves? — A ninguno.

— No rodees ni dilates

Tu relación: necesito

Saberlo todo; despáchate.

— Oid, pues. — Habla más bajo.

— ¿Hay quien nos oiga? — ¡Quién sabe!

Dicen que oyen las paredes,

Bien pueden oír los árboles.»

Puso el viejo sus lebreles

Del caído por guardianes;

Mató la luz, y á su lado,

Desnudo el puñal, sentándose,

Colocó su atento oído

Tan cerca del relatante,

Que su relación no estuvo

Más que del viejo al alcance.



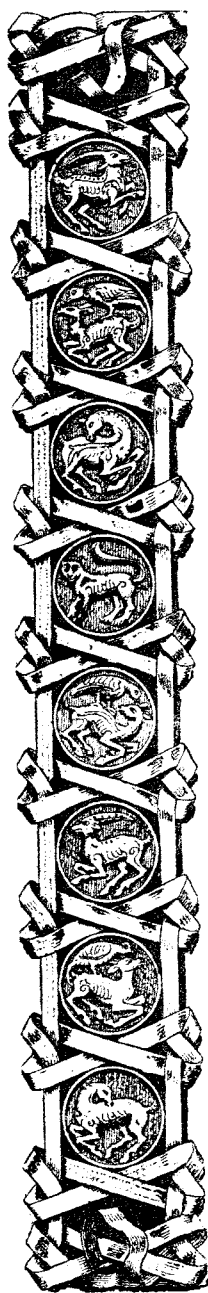
Sobre ella se extendió el ruido  
Misterioso, indescifrable,  
Fantástico y melancólico  
Que exhala de noche el aire.  
Ese son, conjunto vago  
De esos rumores errantes,  
De esos gérmenes de ruido,  
Cuyos miles de millares  
Componen la voz de Dios  
Que en las tinieblas se esparce:  
Y la llamamos silencio  
Por no comprender sus frases.

Alguna vez husmearon  
Y ventearon los canes  
Algo que en la obscuridad  
Debió acaso avizorarles:  
Mas se engañaron sin duda,  
Pues tornando á adormilarse,  
Tornó á envolver el silencio  
La escena y los personajes.



## IV

Al mediodía siguiente,  
Del castillo en una cámara  
Que alumbran con luz espléndida  
Dos bizantinas ventanas,  
Ponen fin á la primera  
Comida de la mañana  
Los comensales y el huésped  
De la misteriosa dama.  
Alrededor de la mesa  
Y del caballero se halla  
Cuanto forma su familia  
Y la encadena á la humana.  
Entre ella y el caballero  
Los dos mancebos que, á caza  
Yendo con ella, volvían  
Con ella cuando él llegaba,  
Con muda atención están  
Pendientes de sus palabras,  
Sin perder una siguiendo  
Las aventuras que narra.



Entre estos mancebos y ella  
 Y dando al huésped la cara  
 Está el misterioso viejo  
 Que escucha, medita y calla:  
 Y no lejos sus lebreles,  
 Que obtienen la confianza  
 Y derechos de familia  
 Por la ley con que la guardan.  
 Mientras los pajes retiran  
 El servicio y las viandas,  
 En su lugar colocando  
 Los picheles y las ánforas;  
 Mientras que los ministriles,  
 Guzlas, chirimías y arpas  
 Recogiendo, el aposento  
 A abandonar se preparan:  
 Y mientras los comensales  
 Oyen y el huésped relata,  
 En pie le escucha y contempla  
 La graciosa castellana.  
 Ésta que, aún niña, atropella  
 La cortesanía falsa  
 Que á las conveniencias y usos  
 De la sociedad se adapta,

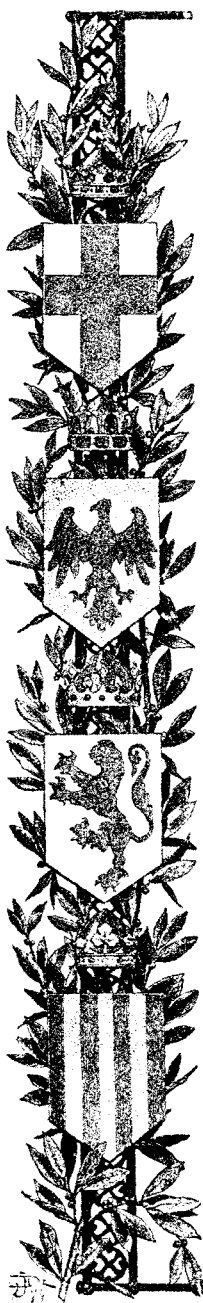


Aún hace como una niña  
Los honores de su casa;  
Y como obsequiosa, inquieta,  
Da, pide, dispone y manda  
A los pajes los objetos,  
Que á la bizantina sala  
Desde la repostería  
Por un caracol la bajan.  
Benévola, como amigos  
A sus servidores trata,  
Porque todos ellos siervos  
Ó hijos de los de su raza,  
Ó la han, viejos hoy, en brazos  
Mecido cuando mamaba,  
Ó han sido, niños cuando ella,  
Sus compañeros de infancia.

Y ahora que están todos juntos  
En buen lugar y á luz clara,  
Mientras que la servidumbre  
Va despejando la estancia,  
Vamos de mis personajes  
Las figuras y las caras  
A detallar, dibujándoles  
En cuatro líneas muy rápidas.



Ella... (y fuera del lector  
Injuriar la perspicacia  
Decirle que de mi cuento  
Es la heroína fantástica)  
Es, sin ser como heroína  
De cuento beldad sin tacha,  
Un modelo primoroso  
De donosura y de gracia.  
Quiebran la luz sus cabellos  
Castaños de oro con ráfagas  
Que orlan su cabeza á veces  
Como una aureola santa.  
La paz va escrita en su frente,  
El pudor en sus miradas,  
Y conserva en su sonrisa  
La candidez de la infancia.  
Esta es tan franca y alegre  
Que torna en cielo su cara;  
Cielo que alumbran sus ojos  
Como luceros del alba.  
Su piel, cual de la azucena  
La hoja, aterciopelada,  
Unida, tersa y sin pecas,  
Es intensamente blanca.



Bajo ella, como los juncos  
Se ven á través del agua,  
La red sutil se percibe  
De sus venas azuladas:  
Y en la modesta caída  
De sus párpados de nácar  
Las niñas transparentándose,  
Parece que se la manchan.  
Sus facciones son tan móviles  
Y su expresión es tan varia,  
Que de semblante parece  
Que con cada afecto cambia.  
Su cabeza va en su cuello  
Con gentileza gallarda,  
Y sus hombros se derriban  
Airosamente en su espalda.  
Su estatura, sin exceso,  
Mide más que la mediana,  
Y el conjunto de sus miembros  
La proporción más exacta.  
Su talle ondea y se cimbra  
Como la mies y las palmas,  
Y al ponerse en movimiento  
Se duda si flota ó anda.



Un ampo como á la nieve  
La circunda, y la acompaña  
Un aroma propio suyo  
Como á las marinas auras.  
Todo en ella emanaciones  
De virginidad irradia:  
Todo en ella es puro y virgen,  
Y lo más virgen es su alma.  
No ha amado nunca: ha vivido,  
Paloma nunca apareada,  
Como en claustral aislamiento,  
Ignorante, libre, cándida:  
Y todo es inmaculado,  
Puro cuanto de ella emana;  
Son castos sus pensamientos,  
Su fe y su lengua son castas.  
Sus ideas en períodos  
Tan sin artificio vacia,  
Que hablar con ella es sentir  
Correr una fuente mansa,  
Y al brotar la melodía  
De su voz en su garganta,  
Su boca parece nido  
De ruiseñores que cantan.





El caballero es un hombre  
Que en los siete lustros raya,  
Y cuya belleza es tipo  
De varonil elegancia.  
El movimiento á sus miembros  
Lo fácilmente que manda,  
La agilidad y la fuerza  
Que hay en su cuerpo señala.  
Su cabeza desdeñosa,  
Naturalmente elevada,  
Revela que ante muy pocos  
Y pocas veces la baja:  
Pero la benevolencia  
De que procura impregnarla  
Quita á su faz lo antipático  
De una cerviz engallada.  
Sus modales algo lánguidos  
Y su tez un poco pálida,  
De vigiliass ó pasiones  
La historia en su rostro marcan.  
Por cortesano sus aires  
Señoriles le delatan,  
Y todo en él por sus hábitos  
Cortesaniiles agrada;



Y alegre su compañía,  
Su conversación encanta,  
Con sus frases favorece  
Y las voluntades gana.  
En el trovar es maestro;  
De cetrería y de caza  
Sabe secretos que sólo  
Príncipes tal vez alcanzan:  
Y en sus pláticas sus raros  
Conocimientos engarza  
Con tal discreción, que instruyen  
Sin pretenderlo sus pláticas.  
Noble sin altanería,  
Franco sin bajeza llana,  
De todos igual parece  
Cuando sobre todos se alza.  
Aún no ha hecho en el castillo  
Mas que unas horas de estancia,  
Y en él más que como huésped  
Como familiar se instala:  
La conversación dirige,  
Y del mundo con gran práctica  
Sin preguntar averigua,  
Sin inspeccionar repara.

CASTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujó

La conversación dirige...



Dos horas ha ya que tiene  
A la linda castellana  
Y á sus gentes de sus labios  
Pendientes y embelesadas;  
Y á pesar de haberles dado  
Detalles de una batalla  
En que han sido él y sus huestes  
Derrotado y dispersadas,  
Tras de dos horas, en suma,  
Aún de sí no ha dicho nada,  
Ni ha revelado su nombre,  
Ni su empresa, ni su patria.  
Noble, sagaz, poderoso,  
Versado en letras y en armas,  
Maestro en amor acaso  
Como en guerra y diplomacia,  
Tal vez cae en el castillo  
Como entre alondras el águila.  
Tal vez su venida pese  
A la hermosa castellana;  
Porque ella es noble, sencilla,  
Flor silvestre, niña cándida,  
Y él tal vez sus intenciones  
Con sus discursos disfrazá;



Tal vez las espinas cubre  
Con las flores que derrama,  
Y trae la miel en la boca  
Y la ponzoña en el alma.  
¿Quién sabe? – Con placer ella  
Sus ojos mantuvo incauta  
Sobre su faz escuchándole:  
Muchas veces la mirada  
Del narrador con la suya  
Se encontró mientras narraba:  
Muchas veces en su mente  
Evocó ideas extrañas  
Con frases cuyo sentido  
Su sencillez aún no alcanza,  
Y en su corazón vibraron  
Latidos que nunca daba.  
¿Quién sabe? – Poder extraño  
Ejerce la voz humana  
Sobre el corazón: la lengua  
Por el oído le habla, .  
Y él por el oído escucha  
La voz que al corazón pasa  
Por él; y en el corazón  
La espera y comprende el alma.



Y la voz del caballero  
Escuchó la castellana;  
Y aquella voz que su oído  
Halagó, como si un arpa  
De sus frases cadenciosas  
La música acompañara,  
Puesto detrás de su oído  
El corazón escuchaba.  
¿Quién sabe? – Del caballero  
Las maneras cortesanas,  
De las gentes del castillo  
Las simpatías le captan.  
Y aprender de él sus secretos  
Los cazadores aguardan,  
El trovador nuevos motes,  
Novedades las muchachas,  
Los dos mozos pasos nuevos  
En equitación y en armas,  
Y todos con él esperan  
En el castillo mudanzas.  
Tan sólo el viejo sombrío  
Le escucha, contempla y calla;  
Mas no es hombre el caballero  
Que sondar no sepa el agua



Donde se echa, ni apartar  
De su camino las zarzas,  
Lo mismo que supo abrírsele  
Por la selva con el hacha.

Mientras verbosa, voluble,  
Versátil y calculada  
Su plática á sus oyentes  
Distraía y fascinaba;  
Mientras que de sus modales  
Y sus formas la elegancia  
Manténía embebecidos  
A los que le contemplaban,  
Él, observador profundo,  
Recogió al vuelo, excitándolas,  
De todos las impresiones  
Para leer en sus almas.  
En la faz de los dos mozos,  
Con el placer dilatándolas,  
Con el terror contrayéndolas  
Para mejor estudiarlas  
En todas sus expresiones,  
Vió claro que eran dos ramas  
Del tronco viejo, dos vástagos  
Que nutre la misma savia.





Francos, leales, sinceros  
Todavía, si prepara  
Sus corazones el viejo,  
Algún legado de raza  
Para recibir, ó un cargo  
Ya de amor, ya de venganza,  
Su alma aún no le ha recibido  
Aunque á él esté preparada.  
Los mozos, pues, no le inquietan:  
Para una danza de espadas  
Buenos, la materia bruta,  
Son de inteligencia escasa.  
Mas en la sangre del viejo  
Percibe la perspicacia  
Del caballero un ruin átomo  
Bullir de desconfianza.  
Consumado cazador,  
Al ver la excelente casta  
De sus lebreles, con ellos  
Levantó sagaz la caza.  
Los perros no se han llegado  
A husmearle, y siempre en guardia  
Pendientes del viejo, están  
De su persona á distancia.



Lebreles que no olfatean  
A un extraño ni le ladran,  
Ó ya han venteado su rastro  
Ó mala intención le guardan.  
Él, cazador, sabe bien  
Que un buen perro no se planta  
Huraño ante las caricias  
De cazadores sin causa;  
Y él la mano á los lebreles  
Como en acción impensada  
Tendió, sin que ellos mostrasen  
De corresponderle traza.  
Luego han venteado su rastro:  
Y pues no les son simpáticas  
Sus emanaciones, dieron  
Sobre él á sus huellas caza.  
Luego hay de él recelos y hay  
Prevenciones á él contrarias,  
Por el instinto del perro  
Al cazador reveladas.  
Conque ha sido un imprudencia  
En un cazador de práctica  
Dejar que el hombre rastreado  
A los lebreles rastreara.



Y así, viendo el caballero  
 Que ha despejado la estancia  
 La servidumbre doméstica,  
 Y que el porvenir le empañan  
 De desconfianza nieblas  
 Que acaso un nublado cuajan,  
 Sagaz determinó á tiempo  
 Desvanecerlas soplándolas;  
 Y despistando del viejo  
 La sagacidad taimada,  
 De la red que teje á obscuras  
 Inutilizar la trama.

Interrumpiéndose, pues,  
 Y abandonando su silla,  
 Hincó en tierra una rodilla  
 De la doncella á los pies:

Y así, con la gentileza  
 De quien la hinca solamente  
 Galán y no reverente  
 A los pies de la belleza,

La dijo, depositando  
 Un beso en la mano bella,  
 Que besar le dejó ella  
 Confusa y casi temblando:



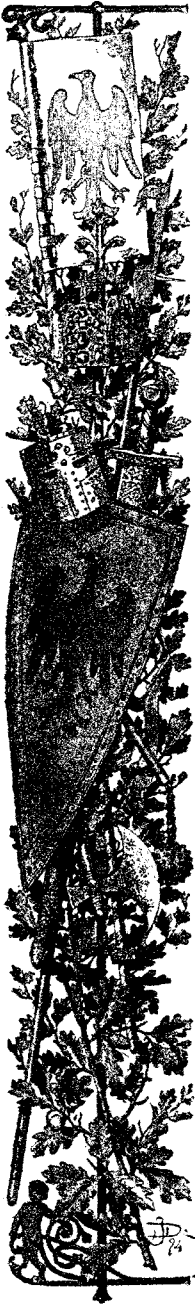
– «Castellana misteriosa,  
Que en vuestro blanco castillo  
Parecéis en canastillo  
De jazmines una rosa,  
Para bien agradecer  
Vuestro hospedaje y favor,  
Debo nombrarme, y mi honor  
Debe un voto de romper.

Hícele de no llevar  
Mi nombre hasta no vengarle;  
Mas no es llevarle dejarle  
De un ángel en el altar.

Dignaos, señora, pues,  
Escucharle á solas vos;  
Y que me perdone Dios  
Si romper mi voto es.»

Dijo el cortesano: y viendo  
A dama y viejo indecisos,  
Continuó al punto, sin visos  
De repugnancia, diciendo:

– «Si escucharme en soledad  
Tuviereis por mal consejo,  
Un sacerdote ó un viejo  
Que me oiga con vos mandad.



– Recordad que ayer os dije,  
Respondió la castellana,  
Que aquí ninguno se afana  
Por saberle, ni os le exige.

– Dignaos vos recordar  
Que darne ofrecisteis uno  
Par al mío: aunque hombre alguno  
Con vos merezca ir al par.

Y pues de este caballero  
Y de estos mancebos fiáis,  
La fe que les otorgáis  
También otorgarles quiero.

Aunque mi doble corona  
Debo al poder de Alemania,  
Soy duque de Septimania  
Y conde de Barcelona.

Las montañas que habitáis  
Están en mi señorío,  
Y nunca soñé en el mío  
Edén como el que moráis.

– Hasta hoy jamás creí ser  
En tierra ajena vasalla:  
Mis bosques fueron la valla  
De todo humano poder.



Paloma mansa, heredera  
De una audaz raza de halcones,  
Jamás de mis torreones  
He quitado su bandera.

Libre viví en el retiro  
Que heredé de mis abuelos,  
Y no cuento propios duelos  
Que me cuesten un suspiro:

Pues aunque os parezca insania  
Que maravillaros pueda,  
En su alcázar os hospeda  
Genoveva de Aquitania.»

De su nombre al escuchar  
Los dos la revelación,  
Su nombre en el corazón  
Quisieron tal vez grabar:

Pues quedaron un momento  
Uno á otro contemplándose,  
Comó en pintar ocupándose  
Su faz en el pensamiento.

Y acaso en aquel instante  
Sintieron cruzar por él  
De recuerdos un tropel  
Confuso, vago y errante;



Y puede tal vez el viejo  
Ver cómo los de ambos giran,  
Según sus ojos les miran  
Por bajo de su entrecejo.

Los dos mancebos... quizás  
Ven y oyen sin comprender,  
Alcanzando por no haber  
Los turbios tiempos de atrás.

El conde, empero, que explora  
Pronto la tierra que pisa,  
Dijo al fin con la sonrisa  
Más falsa y fascinadora:

– «Excusadme que me asombre:  
Borrado habían del mapa  
El Emperador y el Papa  
Los Estados que os dan nombre.

– Los han borrado: es un hecho;  
Mas no hay humano poder  
Que de otros padres nacer  
Me haga ya sin mi derecho.

– Ni seré yo quien pretenda  
Disputárosle jamás;  
Quien le mantenga de hoy más  
Por vos seré, aunque os sorprenda.

Yo soy, porque Dios lo quiso  
Y de la guerra un azar,  
Quien ha venido á turbar  
La paz de este paraíso.

Vuestra raza está proscrita,  
Vuestra existencia se ignora;  
La guerra civil que ahora  
Nuestro territorio agita

Yo no sé á quién recordar  
Hizo que en esta aspereza  
Había una fortaleza  
Que importaba utilizar;

Y he aquí cómo, imprudente,  
Vencido en esta campaña,  
En torno de esta montaña  
He dado cita á mi gente.

El misterio delicioso  
Que os ha cercado hasta hoy  
A romper sin culpa voy  
Y á turbar vuestro reposo.

El aislamiento profundo,  
Poético, dulce, santo,  
Que cual por obra de encanto  
Tal cielo os labró en el mundo,



Vengo, insensato, á romper;  
Y os vais á tener que echar  
Del mundo al revuelto mar,  
Sus aguas sin conocer.

Y por fatal consecuencia  
De mi error involuntario,  
Profané vuestro santuario  
É inquieté vuestra existencia;

Mas como manchar no quiero  
Con este baldón mi fama,  
Si me aceptáis, noble dama,  
Seré vuestro caballero.

Tengo en la corte favor  
Y oro en la tierra y poder:  
Yo sostendré á la mujer  
Contra el mismo emperador.

— Caballero, pues por tal  
Os dan tan nobles ofertas,  
Aunque un evento á mis puertas  
Os trae para ambos fatal,

Si un emperador tener  
Puede á una mujer encono,  
Su causa contra su trono  
Os fiará la mujer.





Yo iré, á la merced de Dios,  
 Amparo en el soberano  
 A buscar: si obra villano  
 Conmigo, cuento con vos.

– Y si su favor no alcanza  
 Vuestro nombre en Aquisgrán,  
 Mis huestes le llevarán  
 En el pendón de mi lanza.


– Huésped sois en mi castillo:  
 Sólo á vuestra voluntad  
 Puede mi hospitalidad  
 Cerrar ó abrir su rastrillo.

Obrad, pues, como os importe.  
 – Un servidor mío espero,  
 Y un seguro mensajero  
 Deseo enviar á la corte.

Aquel debe de seguir  
 Mi rastro como un sabueso,  
 Y éste, si llega á ser preso,  
 Sin hablar debe morir.

– Al esperado aguardad,  
 Dijo la dama al anciano,  
 Y á la corte del germano  
 Al que ha de partir buscad.»





---

Firme el viejo en su papel,  
Oyó esta orden impasible,  
Mientras echó imperceptible  
Mirada el conde sobre él.

Así, por su propia insania  
Ó su tenaz fatalismo,  
Su edén convirtió en abismo  
Genoveva de Aquitania.

¡Raza de Waifro precita!  
¡Ni los ángeles que nacen  
De ti, tornar á Dios hacen  
Hacia ti su faz bendita!

---



## CAPÍTULO V

### I

Antes de expirar el día  
Se halló y partió el mensajero:  
Mas el que seguir debía  
El rastro del caballero,  
Ya era noche y no venía.

Y he aquí la situación:  
Demostrando cada cual  
Serena satisfacción,  
Ocultá en su corazón  
Algo que en él sienta mal.

Teme el conde haber sin fruto  
Soltado ante el viejo prenda:  
Teme el viejo al conde astuto  
Que, al descuido de un minuto,  
Pondrá el pie sobre su senda.





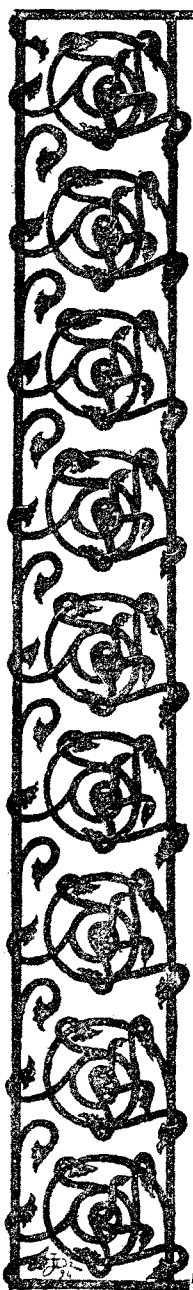
Teme uno y otro mancebo,  
Al galán conde admirando,  
Que un mundo al abrirles nuevo  
Torne en sombras del Erebo  
La luz de que están gozando.

Siente y teme Genoveva  
Una insólita inquietud  
Que en su corazón se eleva:  
Mas la acaricia y la ceba  
Con ciega solicitud.

Teme algo desconocido  
Que en su interior se despierta,  
Y que jamás ha sentido,  
Y que en su alma del oído  
Se introdujo por la puerta.

Y el secreto al deletrear  
Del alma de la mujer  
El conde y el viejo al par,  
Lée el viejo con gran pesar  
Y el conde con gran placer.

Por eso á su habitación  
Al volverse cada cual,  
Llevaba en su corazón  
Algo que le hacía mal:



Tal era la situación.

La dama y el conde el día  
Pasaron juntos: empero  
Aquel que seguir debía  
La pista del caballero,  
Anocheció y no venía.

El conde de Barcelona,  
Que al doble afán avezado  
De la guerra y la corona,  
Nunca olvida ni abandona  
Sus afanes de soldado,

Antes de ir en su aposento  
Comodidad para él  
A buscar, procuró atento  
Comodidad y alimento  
Para su noble corcel.

Mas por él al procurar,  
Le halló limpio, en buen lugar  
Y sobrado de forraje;  
Y á su aposento al tornar  
Halló á su servicio un paje.

Pero no hay por qué se asombre  
De esmero y cuidado tal;  
Desde que ha dicho su nombre



Le han de tratar como á hombre  
De rango tan principal.

Así el paje que le espera  
De su puerta junto al quicio,  
Mancebo al parecer era  
Que estar nada más pudiera  
De príncipes á servicio.

De los dos pajes gentiles  
De Genoveva el más mozo  
Es, y en sus diez y ocho abriles  
Aún no descontorna el bozo  
Sus facciones juveniles.

Su tez de frescura llena,  
Sus risueños labios rojos,  
Y la mirada serena  
De sus dos azules ojos,  
Y su abundosa melena

Que hace cuadro á su semblante,  
Y la gallarda apostura  
Que da á su cuerpo elegante  
Los contornos y el talante  
De un modelo de escultura,

Abogan en su favor  
Tan francamente, que el conde,



Experto concedor,  
 Le acogió con el favor  
 Que á gracia tal corresponde.

Con él, pues, con rostro ledó  
 Así diálogo entabló:

– «¿Qué nombre lleváis? – Wifredo.

– ¿Y en qué aquí serviros puedo?

– Quien va á serviros soy yo.

– ¿Vos á mí? – Y de buena gana.

– ¿Pláceos, pues, mi compañía?

– Desde que oí esta mañana

Quién sois. – ¿Y quién os envía

Ahora aquí? – La castellana.

– ¿Venís por su orden expresa?

– No hay quien órdenes me dé

Aquí más que la duquesa:

Mas si, como temo, os pesa

De mi venida... – ¡No, á fel

Ni sé paje tan gentil

Cómo de admitir me excuse,

Ni siendo orden mujeril,

Cómo, sin ser incivil,

Obedecerla rehusé.»

Y así hablando, en él tenía



Fija el conde su mirada,  
Que él tranquilo sostenía  
Aunque el rubor encendía  
Su tez aterciopelada.

Siguió el conde de hito en hito  
Mirando un trecho al doncel:  
Y con su tacto exquisito  
Vió en su faz el sobrescrito  
De un alma sincera y fiel.

Mas como jamás se fia  
De solo un buen parecer  
Ni de amistades de un día,  
No osó en su cuarto un espía  
La primer noche meter.

Con gracia, pues, soberana  
De soberano artificio,  
Le dijo: — «A la castellana  
Decid que vuestro servicio  
Acepto... para mañana.

Que hoy, errante aventurero,  
No irá bien á mi persona  
Un tan apuesto escudero:  
Mas que os acepto y os quiero  
Paje mío en Barcelona.





Y como en ella que entrar  
Tendremos con lanza en ristre,  
Buena ocasión de ganar  
En mi campo buen lugar  
Podrá ser que os suministre.»

Y con el más cortesano  
Ademán y lisonjera  
Sonrisa le dió la mano,  
Y de tal repulsa ufano  
Tomó el mozo la escalera.

Cerró, y en su pensamiento  
Se dijo el conde: — «No hay dolo  
En él: mas en mi aposento  
Quiero de noche estar solo.  
Veamos mi alojamiento.»

Del de la noche anterior  
Era su cuarto distinto:  
Mas le da, con ser mejor,  
Muestra de estima mayor  
Quien le hospeda en su recinto.

Abrió armarios y alacenas;  
Las alacenas y armarios  
Halló provistos y llenas;  
Y aun más de los necesarios



Trastos ricos, ropas buenas;  
     Cuantos útiles de lujo  
 La moda ideaba ya;  
 Con los que Europa produjo,  
 Cuantos el moro introdujo  
 Desde que en España está.  
     Respira luz, alegría,  
 Todo en aquella mansión,  
 Frescura y coquetería:  
 Chinesca tapicería  
 En lecho, puerta y balcón.  
     Porcelana, argentería  
 Y flores en profusión;  
 Alguna hada parecía  
 Que de pasar concluía  
 Por aquella habitación.  
     La armadura colocada  
 En su percha en un rincón,  
 Pulida y encubertada;  
 Nueva y recién encordada  
 Un arpa junto al balcón;  
     Reclinatorio á cincel  
 Trabajado junto al lecho,  
 Y un gótico orario en él,



Donde primores ha hecho  
De miniatura el pincel;  
    La lámpara perfumada,  
El espléndido bordado  
Que orla la colcha y almohada...  
Todo muestra de aquella hada  
Invisible los cuidados.

    Todo lo repara el conde  
Y á todo su precio da,  
Puesto que no se le esconde  
De dónde viene y adónde  
Esmero tan nimio va.

    Mas por si de su balcón  
Hay otro balcón enfrente  
Desde el cual una atención  
Curiosa tenga ocasión  
De acecharle ocultamente,  
    Se acordó á su barandaje,  
Distraído al parecer,  
Mas registrando el paraje  
Sobre el cual de su hospedaje  
Van las luces á caer.

    Es una torre cuadrada  
De aquella fábrica inmensa,



Por dos lienzos flanqueada  
De una galería arqueada  
Que corona el muro extenso.


De un adarve, convertido  
De la torre al pie en jardín,  
En rachas de aire perdido  
Le envían su olor subido  
La retama y el jazmín.

Al cabo de ambas arcadas,  
Dos torres como la suya  
Se ven á otras enlazadas,  
Cuya hilera sus miradas  
No alcanzan dónde concluya.

Al frente tender podía  
La vista por sobre el lago,  
A través de la sombría  
Caligine que tupía  
El azul del aire vago.

La luna, que ya puntea  
Al horizonte, allá... lejos,  
La cresta calva platea  
Del monte en que titubea  
Con luz pobre de reflejos.

La vista en el valle acota




Sobre el lago allá en la hondura  
Masa de niebla que flota,  
A trechos del bosque rota  
Entre la informe espesura.

Todo es calma en derredor:  
No hay voz ni son que devuelva  
El eco remedador:  
Sólo trina allá en la selva  
Muy lejano un ruiseñor.

Mas cada torre vecina  
Luz tiene en una ventana:  
Y de una tras la cortina,  
No la ve, mas adivina  
El conde á la castellana.

Y por si su voz llegar  
Hasta la en que vela puede,  
Su voz se resuelve á enviar  
A entrambas en un cantar,  
Aunque en el aire se quede.

Diciéndose, pues: «Es llano  
Que no han de haber puesto aquí  
Tan buen instrumento en vano,»  
Puso en el arpa la mano,  
Floreó el tono y cantó así:



## MOTE

*Sal á ser sol, estrellita;  
reina á ser, zagala, sal;  
sé magnolia, bellorita;  
fuentecita, sé raudal.*

No preguntes á mi acento  
Por el viento dónde va:  
Si tu alma no halla abierta,  
¿A qué puerta llamará?

Azucena  
De ámbar llena,  
Cuyo aroma  
Vida da,  
Mi existencia  
De la esencia  
Que en ti toma  
Llena está.

Mi existencia en adelante  
De tu esencia vivirá;  
Y en tu ausencia mi alma amante  
A presencia tuya irá.





Tu fe sola  
 La sostiene,  
 La acrisola,  
 La mantiene  
 Como lluvia de maná;  
 Y en ti mi alma  
 Su luz tiene,  
 Mariposa  
 Revoltosa  
 Que en tu llama se entretiene,  
 Y afanosa  
 Vuela, girá,  
 Se detiene,  
 Se retira,  
 Y á ti viene  
 Y á ti va.

Blanca rosa, nacarina  
 Y aromosa, que se inclina  
 De la móvil agua undosa  
 Sobre el líquido fugaz,  
 Cuya grata, peregrina,  
 Pudorosa, casta faz,  
 De su plata cristalina  
 Se retrata sobre el haz;

Y á quien brisas  
Y auras suaves  
Van sumisas  
A arrullar,  
Y ondas, hierbas,  
Algas y aves  
Como siervas  
A besar:

Sal, señora, á tu ventana  
Mis acentos á escuchar,  
Y abre tu alma, castellana,  
A mi amor y á mi cantar.

Sal, aurora  
De mi cielo,  
Fe y consuelo  
Venme á dar:  
Sal, señuelo  
De esperanza,  
Do mi anhelo  
Sólo alcanza

Luz y puerto desde el mar.

Sal, estrella rutilante,  
Y en el aura matinal  
De tu amor manda á tu amante



El rocío celestial.

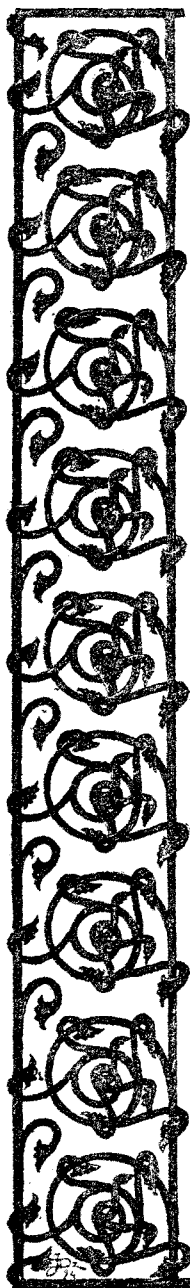
Transfigúrate á mi acento,  
Colibrí primaveral,  
Y bajo otro firmamento  
Ven á ser neblí condal,  
Ven: verás que da mi aliento  
A tu vuelo viento tal,  
Que podrás cortar el viento  
Al del águila imperial.

MOTE

*Sal á ser sol, estrellita;  
reina á ser, zagala, sal;  
sé magnolia, bellorita;  
fuentecita, sé raudal.*

No preguntes á quién llama  
Ni reclama mi cantar:  
Si á él tu alma no está abierta,  
A tu puerta va á expirar.

Filomena  
De amor llena,  
Que suspiros  
De amor da





Y anchos giros  
Tras de otra ave,  
Y aún no sabe  
Dónde está:

Ya no ples sin reposo,  
Que tu esposo ya á ti va:  
No le envíes por el viento  
Un lamento inútil ya.

Tu fe sola  
Se sostiene,  
Se acrisola,  
Se mantiene

De esperanzas con maná:

Pero tu alma  
Luz ya tiene,  
Y amorosa  
Mariposa

Que en su llama se entretiene,

Afanosa  
Torna, gira,  
Se detiene,  
Se retira,  
De ella viene  
Y á ella va.



Vagarosa golondrina  
De sedosa pluma fina,  
Que la móvil agua undosa  
Rasas rápida y fugaz;  
Silfo vago que haces nido  
De florido rosal fresco  
Que de un lago pintoresco  
Te columpia sobre el haz;

Y á quien brisas

Y auras suaves

Van sumisas

A arrullar,

Y ondas, hierbas,

Algas y aves

Como siervas

A besar:

Desde el cáliz de tu rosa,  
Nido, tienda y barco al par...  
Abre tu alma, ¡oh hada hermosa!,  
A mi amor y á mi cantar.

Sal, paloma,

De tu nido;

Sal sin ruido,

Sin luz sal:





Y atrevido  
 Vuelo toma,  
 Y el tendido  
 Viento doma  
 Como el águila caudal.

Sal, y en brazos que te cierna  
 El deshecho vendaval,  
 Cuando le hace la ira eterna  
 De sus rayos arsenal.

Transfigúrate á mi acento,  
 Ruiseñor primaveral,  
 Y bajo otro firmamento  
 Ven á ser águila real:  
 Y verás que da mi aliento  
 A tu vuelo viento tal,  
 Que tu vuelo corta el viento  
 Al del águila imperial.

## MOTE

*Sal á ser sol, estrellita;  
 reina á ser, zagala, sal;  
 sé magnolia, bellorita;  
 fuentecita, sé raudal.*





Así el cantar concluído,  
Sostuvo el último son  
Del mote en él repetido,  
Mientras, atentos oído  
Y ojo, salía al balcón.

Miró á las torres: no había  
Luz en sus ventanas ya;  
Pero su voz todavía  
Vibrar por el viento oía

Donde apagándose va,  
Cuando á lo lejos el hueco  
De la atmósfera rasgó,  
Agudo, rápido, seco,  
De su cantar como un eco,  
Un grito que le asombró.

En el barandal de pecho,  
Como dos carbunclos rojos  
Los ojos, y un arco hecho,  
Miró y escuchó buen trecho,  
Todo oídos, todo ojos.

Irguiéndose de repente  
Y aspirando fuertemente,  
Pujante, seco, bravío,  
Lanzó un grito en el vacío



A modo de una serpiente.

Desgarró el viento su agudo,  
 Salvaje y extraño acento:  
 Y tras un instante mudo,  
 Le devolvió agreste y rudo  
 Su voz de serpiente el viento.

«¡Él es!» exclamó: y calándose  
 Sobre el birrete el capuz  
 De la malla, apoderándose  
 Del hacha, salió llevándose  
 Del aposento la luz.

## II

Y alumbrándose los pasos  
 Con su móvil resplandor,  
 Bajaba por el estrecho  
 Y empinado caracol,  
 Cuando como ecos del suyo  
 Los de otro paso sintió  
 Que, á su descenso, emprendía  
 De la espiral la ascensión.  
 – «¿Quién sube?, dijo. – ¿Quién baja?,  
 Repuso abajo otra voz.



– El conde de Barcelona:  
 Y vos que subís, ¿quién sois?  
 – Iba á buscaros: mas vuélvome  
 Y abajo espero. – Allá voy.»  
 É hicieron lo que decían  
 Al mismo tiempo los dos.  
 Percibió, pues, del de abajo  
 El conde la evolución,  
 Y sus pasos ascendentes  
 Que descendían sintió.  
 Oyó al par el que subía,  
 Tornando á bajar, el son  
 De las pisadas del conde  
 Que bajaba de él en pos:  
 Y al salir de la escalera  
 Por el postigo inferior,  
 Vió el conde al viejo esperándole  
 Con sus perros y un farol.  
     Al ver al conde, dejaron  
 Oír amenazador  
 Los perros sordo gruñido,  
 Que el viejo imperioso ahogó:  
 Y el conde, sin dar señales  
 De apercibirse del son



Del gruñido hostil, el diálogo

Así con su amo entabló:

– «¿Ibais á buscarme? – Sí,  
Señor. – ¿Qué es lo que ocasión  
A vuestra visita daba?

– Pues bajáis armado vos,  
La ocasión de mi subida

Debe de ser la razón

De vuestra bajada. – Iba

También á buscaros yo

Para que abrirme mandarais

Un postigo: al campo voy.

– Para ir al campo os buscaba;

Oí que á vuestra canción

Contestaba un grito extraño.

– El de una serpiente. Dios

Me dió esa gracia: las bestias

Alzan su voz á mi voz.

– Es don raro. – Vuestros perros

La prueba evidente son

De que le tengo: cuando hablo,

Gruñen. – Extraño les sois.

– ¿Extraño? ¡Bah!, haber demuestran

Recibido educación,



Y no pueden extrañarme  
Después de un día que estoy  
Aquí con vosotros: conque,  
Si de mis huellas en pos  
No han corrido, es positivo  
Que tengo ese extraño don.»

Y esto dicho, al parecer  
Con la candidez mayor  
Del mundo, clavó en el viejo  
El conde su ojo de halcón:  
Y á su vez con aire cándido  
El viejo no pestañeó,  
Como si nada entendiera  
De semejante alusión.  
— «¿Vamos?, dijo el conde. — Vamos,»  
Respondió el viejo: y en pos  
Echando el uno del otro,  
Uno y otro corredor  
En silencio atravesaron,  
Y uno y otro caracol  
Descendieron, hasta dar  
De la muralla exterior  
En el cubo embovedado  
Del macizo torreón,



En donde mora el vigía  
Del rastrillo guardador.

A la voz del viejo el aspa  
Aquél desapalancó,  
Y el rastrillo con el puente  
Moviendo en combinación,  
El paso por sobre el foso  
Puso franco ante los dos.  
Mas en el opuesto encaje  
No bien el puente tocó,  
Un hombre que allá esperaba  
Metióse por él veloz,  
Y el conde y él se dijeron:  
– «¿Todo está? – Todo, señor.»

Antes que sobre él pudieran  
Los perros abalanzarse,  
El conde con brazo hercúleo  
Les asió por los collares:  
Y el viejo, en sus manos viéndoles,  
Acudió al punto á amansarles,  
Comprendiendo bien que el conde  
Es capaz de estrangulárseles.

– «He aquí el hombre que esperaba,  
Dijo éste al viejo soltándoles:



Acostumbrad vuestros perros  
 A que á mis gentes no ladren,  
 Porque hay cerca huestes mías,  
 Y hombres en ellas capaces  
 De soltarles una flecha,  
 Con lobos equivocándoles.

— Los perros tienen su instinto,  
 Dijo el viejo sin turbarse,  
 Y ladran al forastero,  
 De su amo y casa guardianes:  
 Pero si tienen palabra  
 Los varones de linaje,  
 Yo espero que vuestras huestes  
 No entrarán en nuestro valle.

— En cuanto sepa las nuevas  
 Que este escudero me trae,  
 Yo veré á la castellana  
 Y se hará lo que ella mande.  
 Cuidad vos de vuestros perros,  
 Que yo hallaré por mi parte  
 Modo de que mis palabras  
 Vayan con mis hechos pares.»

Tal diciendo al viejo el conde  
 Y las espaldas tornándole,



Tomó á su torre la vuelta  
 De su escudero delante:  
 Y tal escuchando el viejo,  
 Libre del conde mirándose,  
 Salió aprisa del castillo,  
 Que tras él volvió á cerrarse.

Y de su aposento el conde  
 Dando una vuelta á la llave,  
 A solas con su escudero  
 Cambió estas rápidas frases:

— «¿El emperador? — Da á su hijo  
 Pepino sus facultades;  
 Y éste cruza la Provenza  
 Con vos y Ayzón á abocarse.

— ¿Y Ayzón? — Les llamó en su ayuda  
 Y es víctima de los árabes:  
 Riñeron por el botín  
 Y le abandonan robándole.

— ¿Se le han vuelto? — Ya está solo.

— ¿No podrá, pues, presentarse  
 Conmigo al rey? — No. — ¿Tampoco  
 Podrá esperar nuestro ataque  
 Con ventaja en Barcelona?

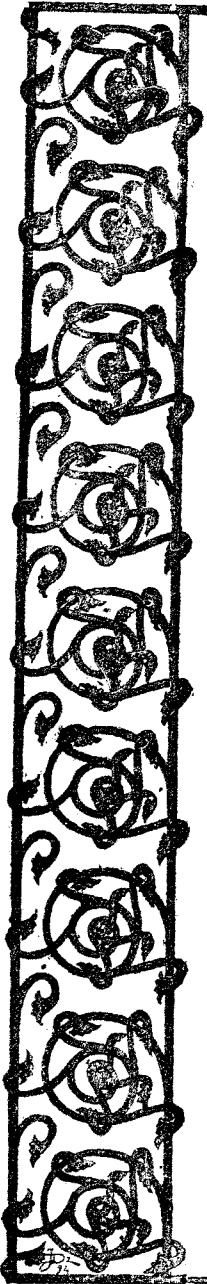
— Imposible: sus parciales



Engruesan ya vuestras huestes  
 A nuestro campo pasándose.  
 – Nuestra derrota es un triunfo.  
 – Si sabéis aprovecharle.  
 – ¿Cuántos somos? – Cinco mil  
 Acampan en los breñales  
 Al pie del monte, y seiscientos  
 Jinetes, con vuestros pajes  
 Y escuderos, con la cerca  
 De maleza tocan cuasi.  
 – Que no la pasen. – Ninguno  
 Lo que hay detrás de ella sabe.  
 – ¿La emperatriz? – En el claustro.  
 Y dispensad: su mensaje  
 Vió Ayzón primero que vos.  
 – Yo no le he visto. – A enseñársele  
 Fué Laimo, y vino escoltado  
 Por él hasta estos parajes.  
 – ¡Traidor! – Él por vuestro rastro  
 Vino, y yo vine espiándole.  
 – ¿Por qué no le diste muerte?  
 – Porque cuando á los alcances  
 Le iba, le dió otro caza  
 Como á una bestia salvaje.




— ¿Quién? — Ese que quedó abajo  
Con sus lebreles. Los árboles  
Me libraron á mí de ellos.  
— ¿Cómo? — Tiempo sin dejarles  
Para ventear mi rastro,  
Con Laimo en lucha dejándoles,  
Pude en salvo, como un pájaro  
A una encina encaramándome,  
Sentir oculto en las ramas  
Cómo sobre Laimo echándose,  
Se le entregaron rendido:  
Y á su gusto maniatándole  
Ese viejo, que es un hércules,  
Cargó, tras de confesarle,  
Con él en hombros. — ¿Por qué  
Entonces no les lanzaste  
Un dardo que les cruzara  
A los dos? — Porque el ramaje  
Y la obscuridad hacían  
Mi tiro incierto, y matándoles  
No podríais sus secretos  
Arrancar á sus cadáveres.  
Volví sobre vuestro rastro  
De nuestra gente á ampararme,




Para hallaros á la fuerza  
Si la astucia no bastase.  
La aposté, y otra vez solo  
Al castillo aproximándome,  
Os oí, con mi silbido  
Hice eco á vuestros cantares,  
Oí el vuestro y llegué al puente  
Al caer éste en sus pilares.  
— Ahora comprendo de ese hombre  
El aplomo inexplicable:  
Todo lo sabe por Laimo,  
Mas que yo lo sé no sabe.  
Paulo, á partir volverás  
Antes de que el día raye.»


## III


Dulces afanes del amor primero,  
Vírgenes y sabrosas sensaciones  
Que, al invadir el corazón sincero  
De una doncella casta, de ilusiones  
Santas henchís su corazón entero,  
¿Cómo entráis en su alma? ¿Cómo de ella






Señores os hacéis, y desde el punto  
En que el alma asaltáis de una doncella,  
Toda su vida entera es un conjunto  
De esperanzas, recuerdos y temores,  
Que del primer amor la imagen bella  
Doquier la muestran entre luz y flores?  
Por dondequiera que sus ojos vuelva,  
Con el vago poder del pensamiento,  
En la sombra, en la luz, como elemento  
Único de su ser, la trae el viento  
Con el rumor del mar ó de la selva  
La bella imagen, el sonoro nombre,  
La fe leal del corazón de un hombre.  
Su ansioso corazón, su oído atento,  
Su mirada voraz, tan solamente  
Con afán delirante  
En cuanto abarca en el azul ambiente  
Su enamorado pensamiento errante,  
La faz contempla de su amor ausente,  
Las frases oye de su voz amante  
Y el son lejano de sus pasos siente.  
¿Por qué impregnan de amor el mundo entero  
Las sensaciones del amor primero?  
Dios lo sabe no más, que el amor hizo





Para el alma del hombre, y que absoluto  
Le da para él inexplicable hechizo,  
Deleite espiritual que niega al bruto.  
Porque el amor del corazón humano,  
Chispa encendida en el amor divino,  
No es el instinto irracional, villano,  
Ciego, torpe, brutal, loco y sin tino  
Que á un placer material sólo conduce,  
Instinto que las razas reproduce.  
Dios inspira otro amor al alma humana:  
Germen de mutua fe, que en dos encierra  
Para que encuentren dos un alma hermana  
Que acompañe su viaje por la tierra,  
Dejan de la existencia en el camino  
Con sus besos de amor alimentados  
Y en la agua de sus lágrimas bañados,  
Hijos de su alma, que en su ser divino  
El germen puro de su amor reciben  
Y en la que fueron engendrados viven.  
Por eso es siempre nuestro amor primero  
Casto, infantil, poético y sincero.

La sociedad hipócrita, mundana,  
Es quien de esta pasión santa y serena  
El germen vicia y el altar profana





Y del amor los frutos envenena.  
Siempre el primer amor, rosa temprana  
De fe y aroma de inocencia llena,  
Marchita á poco de nacer se inclina  
Y en el alma no más deja una espina.  
Nunca primer amor fué bien logrado  
Para esas nobles almas, cuya esencia  
Es ese amor por Dios inoculado  
En el germen vital de su existencia.  
Los que ese único amor sólo conciben,  
Los que para ese amor único viven  
En la tierra, al sentir su flor marchita,  
Vuelven de esa pasión la fe infinita  
A Dios, de cuyas manos la reciben:  
Siempre es fin de este amor, de fe misterio,  
La desesperación ó el monasterio.  
Genoveva en su espíritu sentía  
Brotar ese amor único, exclusivo:  
Cuadro de flores, luz y poesía  
De irresistible y mágico atractivo;  
Panorama de flores sin abrojos  
Puesto por vez primera ante sus ojos.  
En ese estado plácido, halagüeño  
En que entregada el ánima tranquila



De la vigilia á la merced y el sueño,  
Suspensa en brazos de los dos oscila,  
Veía al conde por él, sola figura  
Animada del cuadro, atravesando  
Su fantástico edén, de una ventura  
Imaginaria un porvenir labrando:  
Y risueña, gentil, aérea, errante,  
Cambiaba, por la atmósfera flotando,  
De forma y de lugar á cada instante.

A través de los párpados cerrados  
De la amante doncella las pupilas,  
De sus futuros días enlazados  
Sólo con horas de placer tranquilas,  
Veían al conde por el campo ameno  
Adelantarse rápido y sereno,  
Como maná de bendición vertiéndolas  
Por la tierra feliz de sus estados,  
Que en los deleites de la paz perdiéndolas  
Convertíanse en huertos encantados  
En cuyos frescos árboles floridos  
Colgaban, columpiándose, sus nidos  
Colibrís, cardenales y oropéndolas.  
Y la imagen del conde vagarosa,  
Mil veces por doquier reproducida,





Iba con hebras tenues de oro y rosa  
Tejiendo el hilo de su doble vida;  
Porque ella iba tras él entre las flores  
En la sonora vibración medida  
Del dulce son de un cántico de amores  
Que el conde, reclamándola, entonaba  
Y un ángel con un arpa acompañaba.  
Y de delirio tal en el empeño,  
Y con el sueño y la vigilia en lucha,  
Cediendo un punto á la vigilia el sueño,  
Los sentidos cobrando, crée que escucha  
De lejano cantar son halagüeño;  
Y según de su ser va siendo dueña,  
Convenciéndose va de que no sueña.  
Salta del lecho, el pabellón descorre  
Que la ventana gótica tapiza,  
Y al divisar desde su enhiesta torre  
La torre fronteriza  
Donde su huésped mora,  
Siente venir desde ella á su aposento  
El son de su arpa y de su voz sonora,  
Que la trae una ráfaga incolora,  
Suave suspiro del dormido viento.  
Aura que aroma y que refresca el lago,



Y que á la par que de su faz orea  
 La fina piel con cariñoso halago  
 Y en sus revueltos rizos juguetea,  
 A sus oídos la canción conduce,  
 Y el corazón amante la recrea,  
 Y el veneno en el alma la introduce  
 De ese primer amor jamás dichoso:  
 Poética pasión, de fe misterio,  
 A la que sólo dan paz y reposo  
 En la tierra el panteón ó el monasterio.  
 De ese primer amor la savia nueva  
 Que dentro de su ser circular siente,  
 Deja que se introduzca Genoveva  
 Y que en su amante corazón fermente.  
 No ve que se le brinda, como á Eva  
 El pecado primero, una serpiente;  
 Que amor cuando en el alma se introduce  
 Locura en ella y ceguedad produce.

¡Raza infeliz de Waifro, que se olvida  
 De que Dios de sus madres en el seno  
 A sus hijos maldice, y que su vida  
 Con su leche al nutrir les dan veneno,  
 Y que su odio y su amor deben lo mismo




Abrir bajo sus pasos un abismo!  
¡Raza infeliz de Waifro! Genoveva,  
La última flor que das en tus montañas,  
El fatalismo de tu sino lleva  
Con su primer amor en sus entrañas.  
    Aquella noche por la vez primera  
De la dama turbaron el reposo,  
Pasando en larga y silenciosa hilera  
Y en giro interminable y vagaroso  
Por su imaginación, las mil visiones,  
Quimeras, esperanzas é ilusiones  
Con que de una pasión el primer día  
Llena el alma dejándola vacía:  
Que al hacerse el amor del alma dueño  
Engendra la inquietud, ahuyenta el sueño.  
Las palabras del cántico amoroso,  
A las cuales hizo eco la bravía  
Y única nota del salvaje acento  
Que introdujo en su cámara sombría  
Desgarrada una ráfaga de viento,  
Exaltaron después su fantasía  
Con el vago temor de algún evento,  
A cuya indagación en horas tales  
Su decoro entregarse la impedía.





Así fué que leyendo y relejendo  
 Y volviendo á leer las desiguales  
 Páginas, y en su afán las hojas sueltas  
 De aquel poema de su amor uniendo  
 Y rompiendo una y cien, mil y mil veces,  
 Con su amor en su lecho anduvo á vueltas  
 Y olvidó acaso sus nocturnas preces:  
 Cuando en un corazón amor se anida,  
 De sí mismo y de Dios por él se olvida.


Febril, inquieta, insomne y anhelosa,  
 Y sin darse razón de la impaciencia  
 Que así la agita el pecho,  
 Pálida, fatigada y ojerosa,  
 Con estrellas aún saltó del lecho.  
 Despertó á su nodriza  
 Que duerme en una cámara inmediata;  
 Y como muchachuela antojadiza  
 Que de su humor excéntrico desata  
 El raudal, y con hechos y con dichos  
 Muestra que obra, víctima insensata,  
 A impulso y á merced de sus caprichos,  
 Mandó por primer vez con aspereza  
 Enjaezar su yegua aún fatigada,  
 Desvelar á sus pajes aún dormidos;




Se quejó de la inercia y la pereza  
De los de quien, por ella preferidos,  
Debería de ser más contemplada,  
Extrañando que duerman todavía:  
Aunque, por más que esté muy avanzada  
La noche y por la luna iluminada,  
Aún está lejos y á clarear no empieza  
La ansiada luz del venidero día.

Por la primera vez de su existencia  
Tal vez, mientras á solas se vestía  
Dió señales de insólita impaciencia,  
Casi sintiendo impulsos de coraje  
Mientras, equivocadas, se vestía  
Las conocidas prendas de su traje.  
Acciones y propósitos extraños,  
Que la nodriza ve y oye espantada  
También por vez primera en tantos años;  
Y de los cuales viendo el sesgo serio,  
El intérprete á ser mustia y callada  
Partió, sin darse cuenta del misterio  
De esta acritud y desusado imperio.

Genoveva salió tras de su huella  
Y á aguardar en el patio fué impaciente  
Su yegua enjaezada: montó en ella,






Y sola y en silencio cruzó el puente;  
Mientras su servidumbre soñolienta  
Buscaba al conde y al sombrío viejo,  
De tal salida para darles cuenta  
Y demandarles orden y consejo.  
Mas el viejo y el conde habían partido,  
Con sus perros aquél, y acompañado  
Éste del escudero que á un silbido  
Suyo se apareció como evocado.


## IV

¿Qué busca, qué desea y adónde va? ¡Quién sabe!  
En torno de su jaula girando sin cesar,  
Dó hacer el primer nido se ve buscar á un ave  
A quien, aislada, agita su instinto de anidar:

¿Qué busca, qué desea y adónde va? La clave  
De la inquietud de un alma que necesita amar  
La tiene Dios, que guarda del corazón la llave  
Y á la mujer y al ave crió para anidar.

Y lágrimas sin causa, temor sin fundamento,  
Irritación injusta, voluble voluntad,  
Afán inexplicable de cambio y movimiento,  
Han sido y serán siempre de amor necesidad.





Por eso una barranca, que su corriente lleva  
Al lago que la ofrece su seno de cristal,  
Bordeando distraída recibe Genoveva  
Sobre su faz los besos del aura matinal.


La luna, que el espacio cruzando va tardía,  
Con un afán inútil de oposición tenaz  
Luchar intenta en vano con el albor del día,  
Que absorbe la luz débil de su amarilla faz.


Tal vez desarraigados los árboles parece  
Que flotan de hoja ricos y secos á la par:  
A veces que el castillo se aclara, se ennegrece  
Y cambia de contornos y muda de lugar.

A veces los vapores con sus movibles brazos  
Pedazos cubren y orlan de su extensión total,  
É informes é incompletos, parecen sus pedazos  
En ruina los escombros de la mansión feudal.

Platea aún la luna la superficie tersa  
De las peladas rocas y el agua del raudal;  
Mas, aunque lucha, la alta calígine dispersa  
Encima de los montes la luz matutinal.

En medio de esta doble, fantástica, dudosa,  
Crepuscular y móvil y parda claridad,  
Avanza Genoveva, como ella vagarosa,  
Sin movimiento propio, ni propia voluntad.





Las riendas sobre el cuello del animal paciente  
Y el cuerpo abandonado sobre la silla va,  
Sin verlas, contemplando las aguas del torrente  
Que riegan el desierto donde perdida está.


¿Adónde va, qué busca, qué anhela? No lo sabe.  
En torno de sí misma da vueltas sin cesar:  
Así en redor de un árbol revolotea un ave  
A quien, aislada, agita su instinto de anidar.

Absorta, ensimismada, su yegua la conduce:  
Y sin tensión la brida sintiendo el animal,  
Al conocido bosque torciendo, se introduce  
En él, la cerca virgen bordeando del breñal.

A un lado, rudo, agreste, tupido y espinoso  
El círculo se extiende del áspero zarzal;  
Al otro, verde, fresco, balsámico y umbroso  
El bosque con su nuevo verdor primaveral.

Los lirios campesinos, las leves amapolas,  
Las margaritas frescas, los nardos de San Juan,  
Las mil silvestres flores que nacen por sí solas  
Y al campo mejor manto que el de los reyes dan

Los sotos entapizan que Genoveva cruza  
Sin percibir su aroma, su vista sin gozar,  
Sin ver los miles de ellas que aplasta ó desmenuza  
Su yegua, los retoños al paso al despuntar.



CASTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujó

Las riendas sobre el cuello del animal paciente...

Y á antojo de la bestia mohina ó indolente  
La dama descuidada sobre la silla va,  
Cuando encarcando el cuello plantóse de repente  
La yegua, rehusando pasar de donde está.

Del cielo de sus sueños de amor la castellana  
Cayendo, con asombro reconoció el lugar:  
Y hallóse en el remate de la alameda llana  
Que corta como cinta de felpa el encinar.

Enfrente, á pocos pasos, los densos matorrales  
Comienzan con que aísla la selva artificial,  
En red de nopaleras y recios enebrales  
Tejidos con espinos, su valle señorial.

Y en ella, por un brazo de brío hercúleo hecha  
Y que el prestigio ha roto del círculo guardián  
Del misterioso valle de Waifro, está la brecha  
Asombro de la yegua y de la dama afán.

Detrás de sus chaparros hay algo que avizora  
El receloso instinto del dócil animal,  
Y que el afán aviva de ver en su señora  
Lo que á la bestia asombra detrás del matorral.

Allí, tras los chaparros moviéndose, se esconde  
Alguno á quien la dama interpeló: «¿Quién va?»  
Y por la brecha al soto desembocando el conde,  
La dijo: «Un siervo vuestro que á vuestros pies está.»

«¡Vos!» dijo Genoveva sintiendo á su semblante  
Del corazón la sangre subírsele en tropel:

«¡Vos!» dijo el conde, de ella llegándose delante,  
Trayendo de las riendas en pos á su corcel.

«¡Vos! ¡Vos!» dijeron ambos, un punto de hito en hito  
Absortos del encuentro mirándose los dos:

Y el «¡vos!» en él de triunfo se asimilaba á un grito  
Y en ella á una plegaria de protección á Dios.

No que ella nunca osara dudar del caballero,  
Ni que él saltar osara por su deber de tal:  
Siente ella que la vende su corazón sincero,  
Y él lee lo que en él pasa sobre su faz leal.

Mas con la ingenua virgen el conde generoso,  
La situación para ella difícil allanó;  
É interrumpiendo el breve silencio embarazoso,  
Así con ella fácil la plática entabló:

– «Hallaros es augurio de venturoso día.  
¡Bien haya la fortuna que me depara Dios!  
– ¿Fundáis buenos agüeros en la presencia mía?  
– ¡Pues no, si habéis llegado cuando pensaba en vos!

Mirad: de margaritas tejía una corona,  
Pensando de ella haceros en el castillo don:  
Salido habéis sin toca: ceñíosla: me abona  
Vuestro descuido: flores de buen agüero son.

CASTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujo

Tomaron del castillo la vuelta...

Yo os la pondré: inclinaos. Si rehusáis la ofrenda  
En que mi buena suerte simbolizó mi fe,  
Haréis que se convierta de desventura en prenda,  
Y por divisa infausta desde hoy la adoptaré.»

Y él diestro y persuasivo cuanto inexperta ella,  
Sus frescas margaritas en alto levantó:  
Que su rubor mirara no quiso la doncella,  
Y su gentil cabeza de querubín dobló.

El conde puso en ella las campesinas flores  
Que, símbolos paganos de oráculos de amor,  
Son aún entre cristianos horóscopo de amores  
Para quien da ó acepta la misteriosa flor.

Y al recobrar su cuerpo la grácil gentileza  
Con que en la silla cae cuando á caballo va,  
La dama ya á caballo, sin toca en la cabeza,  
Vió al conde que aguardando sus órdenes está.

Le envió la castellana, partiendo, una sonrisa,  
Y el conde al lado suyo, galán, se colocó:  
Y el sol, ante sí enviando la matutina brisa,  
Tras el combado lomo del monte despuntó.

Tomaron del castillo la vuelta: ¿de qué hablaban?  
Crecido estaba el césped, los árboles en flor,  
Y en ellos, ya apareados, los pájaros cantaban  
Los no aprendidos himnos de su primer amor.

La creación henchía de amor la primavera  
Y en nuestro globo todo se preparaba á amar:  
Temblaba estremecida de amor la tierra entera  
Del uno al otro polo, del uno al otro mar.

## V

¿Qué pudo, pues, el conde decir á Genoveva  
De ese cantar de amores universal al son?  
¿Qué pudo oír de él ella, que en sus entrañas lleva  
El germen del incendio de su primer pasión?

De amor hablaron ambos. ¿Hay alguien que se atreva  
Ni á imaginar que tengo la absurda pretensión  
De traducir la lengua que celestial y nueva  
Inspira á un labio virgen un virgen corazón?

De amor hablaron ambos: el corazón baldío  
De la amorosa virgen voraz se abrió al amor,  
Como la tierra seca recibe en el estío  
De la primera lluvia el jugo bienhechor.

De amor hablaron... basta. Cuando al castillo entraron  
Sus lenguas de palabras no habían menester:  
Se hablaban sus dos almas, el corazón cambiaron,  
Y así el amor primero se expresa, y así hablaron  
De amor el primer hombre y la primer mujer.

Mas quien con brasas juega por abrasarse acaba,  
Y es presa de las ondas quien juega con el mar.  
El del mayor incendio, el de la mar más brava,  
No es del amor primero con el peligro par.

De la pasión de virgen de la gentil doncella  
Irresistible el fuego prendió en su corazón,  
Y el cortesano experto cayó á las plantas de ella.  
Amor es dios, y un monstruo muy torpe la ambición.

La poesía virgen de aquel amor primero,  
El celestial hechizo de su virgínea fe  
Del conde embelesaron el corazón artero.  
Amor es dios, y aplasta los monstruos con el pie.

El cazador tendía su red á la paloma  
Y con su pico débil el ave la rompió:  
Él queda en su red preso y el ave vuelo toma.  
Amor es dios: él prende, ninguno le prendió.

A la inexperta virgen adora el cortesano,  
É idólatra en su alma la levantó un altar:  
Jugaba con las ascuas y se abrasó la mano,  
Jugaba con las ondas y se perdió en el mar.



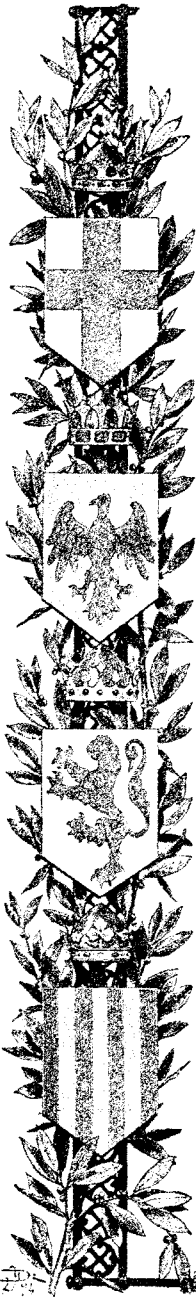
## IV

Y yendo días y viniendo días  
Pasan los veinte, y descuidado el conde  
Con Genoveva en el castillo pasa  
Las horas que no cuenta, mas que corren:  
Y ella con él las pierde recorriendo  
El soto, el lago, el predegal y el bosque:  
Con él corre las liebres por el soto,  
Con él sigue las corzas por el monte,  
Con él tiende las redes en el lago,  
Con él suelta en el viento los azores,  
Con él vuelve al castillo, y con él habla  
De los lances del día por la noche.  
Y uno del otro en el amor se embriagan  
Con las volubles mil conversaciones  
Con que el veneno del amor, hablando,  
Con la palabra el corazón absorbe.  
Y él la canta baladas mientras borda,  
Y la narra leyendas mientras come,  
Y la envía en la noche cantilenas  
Cual trovador galán de torre á torre;



Y el viejo torvo y silencioso escucha  
Y los dos mozos encantados oyen  
Las trovas, las leyendas, las historias  
Que canta y cuenta á Genoveva el conde.  
Y él y ella de ellos á la vista cruzan  
El firmamento azul de sus amores,  
Que alumbra un sol perenne y sin ocaso,  
Cuya luz no se quiebra en horizontes.  
Corre así el tiempo, y para el conde astuto  
Aunque parece que sin cuenta corre,  
Enamorado y capitán, atiende  
Del amor y la guerra al juego doble.

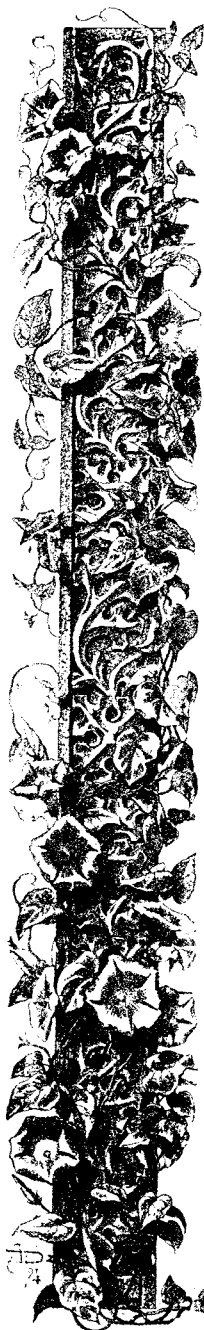
Poco á poco ha alojado en el castillo  
De sus huestes de guerra algunos hombres  
Que, como él, con leyendas y cantares  
Se atraen á sus sencillos moradores:  
Se captan su amistad, sondan mañeros  
El fondo de sus francos corazones,  
No inquieren nada y lo averiguan todo,  
Sin pedirlos les dan de todo informes:  
A cambio de sus cuentos, del castillo  
Se hacen contar la historia y tradiciones,  
Estudian de su gente las costumbres,  
Del servicio interior las horas y orden,




Su estado militar como castillo,  
 Como finca su renta y producciones,  
 Y en fin la noble fábrica de Waifro  
 Con vista inteligente reconocen.  
 De modo que postigos y poternas,  
 Silos, cuevas, depósitos, prisiones,  
 Aljibes, escaleras, subterráneos,  
 Crujías, pasadizos, caracoles,  
 Distancias, vientos, espesor, alturas,  
 Cuanto desee del castillo el conde  
 Saber, no tiene más que preguntárselo  
 Y á ciegas podrá andar por sus rincones.

A más, la brecha que hizo en la maleza  
 Es ya sendero fácil que recorren  
 Los mensajeros ágiles y fieles  
 De su correspondencia portadores:  
 Y á abrigo de las rocas embreñadas  
 Va de los Pirineos españoles  
 Volviéndose á acampar bajo su enseña  
 El disperso tropel de sus cohortes.

Mientras él de la dama del castillo  
 Conquista el corazón en sus salones,  
 En sus patios y campos le conquistan  
 Su gente sus astutos servidores:




Y el hijo del piadoso Ludovico,  
Cuando rey de Aquitania se corone,  
En el conde galán de Barcelona  
Tal vez de Waifro al heredero tope.  
Hoy la vergüenza del vencido arrostra:  
Pero mientras se van sus vencedores  
Haciendo en Cataluña impopulares,  
Degenerando en bandas de ladrones,  
Él en el aislamiento misterioso  
Del castillo de Waifro se repone;  
Y tan alto desde él volar espera,  
Que su vuelo á las águilas asombre.  
Corre así el tiempo: mas para él los días,  
Aunque parece que sin cuenta corren,  
De su fortuna van uno tras otro  
Afirmando al pasar los escalones.  
¡Oh! Y si logra anudar todos los hilos  
Cuyos perdidos cabos busca y coge,  
Tal trama hará con ellos, que su tela  
Cuando el bajel de su fortuna enlone  
Le podrá conducir á mar tan alta,  
Que seguirle las águilas no osen;  
Mas á aire y mar para lanzarse espera  
No más que viento favorable sople.



Y sopló al fin la deseada brisa,  
Brisa pujante y rápida del Norte,  
Que rompiendo á su barco las amarras  
Le impele al centro de la mar salobre.

Paulo trajo esa brisa, al fin tornando  
Después de un mes de ausencia: venir vióle  
El conde: bajó al puente á recibirle,  
Y con él en su cámara encerróse.  
Los escritos leyó que le traía,  
Las nuevas que traía le escuchóle:  
Y de unas y otros inquiriendo y dando  
A su vez necesarias ampliaciones,  
Quedaron, lo escuchado y lo leído  
En su memoria colocando en orden,  
Pensativo el señor, y en pie aguardando  
El fatigado servidor sus órdenes.  
El caballero, al fin, exclamó irguiéndose:

«Paulo, tiempo es de que otra vez se tornen  
Las palomas que huían en milanos,  
Los fugitivos corzos en leones.  
La victoria es hoy fácil: mas quedemos  
Del castillo de Waifro poseedores;  
Que pues crean un reino de Aquitania,  
Su derecho ducal tal vez no estorbe.»





Dijo, y mientras que Paulo los detalles  
 De la partida próxima dispone,  
 Él bajó al camarín donde la dama  
 Ya le aguardaba inquieta. Los dos jóvenes,  
 Con el viejo sombrío, de la mesa  
 Ya alrededor estaban, pues de noche  
 A las veladas de la dama asisten  
 Y oyen del adalid las relaciones.

Cuando él apareció, los dos mancebos  
 Y el viejo levantáronse: acusóles  
 Con leve inclinación de la cabeza  
 Su cortesía él, y dirigióse  
 A Genoveva, cuya tez de rosa  
 Se tiñó de carmín, y los dos soles  
 Que puso Dios por ojos en su cara  
 Le enviaron á la faz un rayo doble.  
 Él recibió la luz de sus luceros  
 Como reciben la del sol las flores  
 Cuando el rayo primero que las manda  
 La niebla azul que las enfría rompe.  
 Los pliegues de su falda recogiendo  
 Para que cerca de ella se coloque,  
 Le hizo sitio la dama, y á su lado  
 Él como igual y familiar sentóse.

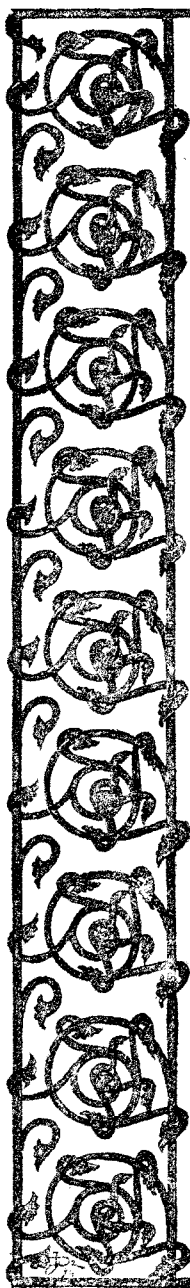


Mas en lugar de la atención curiosa  
 Que solía excitarles otras noches  
 Algún cuento anunciándoles, así esta  
 Con desusada gravedad hablóles:


«Llegó por fin el día en que debemos  
 Acudir á supremas atenciones:  
 Oidme, pues, señora, y mis propuestas  
 Pesad aunque os extrañen ú os enojen.  
 El viejo emperador parte su imperio  
 Entre sus hijos: mas en vez del orden  
 Que anhela establecer, va la anarquía  
 A atizar: crecerán las ambiciones:  
 Los que hoy reciben de su imperio parte  
 Al todo aspirarán: Roma á la postre  
 Será contra él, y librárá con suerte  
 Si del trono imperial no le deponen.  
 Aceptado me habéis por caballero:  
 Y si no logro hacer que se revoque  
 Por el emperador de vuestra raza  
 La inútil proscripción, yo vuestro nombre  
 Bordaré en mi tabardo, de mi escudo  
 Sobre la empresa le pondré por mote,  
 Y á la luz á salir volverá escrito  
 Por INRI de su cruz en mis pendones.




Mas no hay ya que pensar en presentaros  
Al viejo emperador; porque el más joven  
De sus hijos, Pepino, está en Provenza  
Ya por rey de Aquitania, la que en lote  
Le cupo en el reparto. Yo le debo  
Amistad y obediencia, y él me impone  
La ley de que la suya ó mi bandera  
De Waifro en el castillo se enarbole.  
Enarbolar la mía, sin derecho  
Mejor que su mandato que me abone  
Me deshonrara: enarbolar la suya,  
Os ultrajara. Es fuerza que se adopte  
Medio mejor de izar una bandera  
Que ni os ultraje á vos ni me deshonre,  
Que sea vuestra aunque distinta fuere,  
Y la misma aunque cambie de colores.  
No os propongo, señora, una alianza  
Que en interés político se apoye,  
Sino un nudo más sólido que pueda  
Con el derecho atar los corazones.  
Vuestro blasón doblad: ceñid á un tiempo  
La corona ducal y la de conde:  
Sed mi mujer en fin, y en el castillo  
Que sin rival vuestra bandera flote;




Y pues se erige la Aquitania en reino,  
Que el primer rey en ella se corone  
Dejad: crear un reino es más difícil  
Que del difunto rey ser sucesores.  
El castillo de Waifro está muy alto,  
Desde muy lejos se divisa, y ponen  
Hoy sus ojos en él cuantos monarcas  
Tienen en esta marca dos terrones.  
No hagamos cara al tiempo, que atropellá  
A quien su paso á detener se pone.  
El castillo de Waifro ha de ser presa  
Del odio ó del amor: á los rencores  
De raza demos fin: que el tiempo nuevo  
Como viejas memorias los devore:  
En el amor de una mujer el odio  
Se sofoca de diez generaciones.  
Yo soy de raza franca, y por las vueltas  
Del tiempo, que nada hay que no trastorne,  
Salgo á lid por campeón de la Aquitania  
Y unir quiero á los suyos mis blasones.  
El castillo de Waifro á amparo mío  
Parecerá del rey; en vuestros montes  
Todo el estío acampará una hueste  
Mía sujeta á vos: tenéis un hombre



En quien fiado habéis desde muy niña  
(Y esto decía por el viejo el conde):  
Que él gobierne el castillo: de mi hueste  
Que tome la porción que le acomode:  
Y si el riesgo se acerca, en el castillo  
Que todo el resto de su gente aloje.  
Yo con el grueso partiré: ya importa  
Que á Barcelona mi poder recobre.  
Nuestro enlace nupcial, si es aceptado,  
Se hará cuando os pluguiere, y hasta entonces  
Wifredo, paje mío, sus primeras  
Armas hará en mi ejército: á las cortes  
De Aquisgrán ó Aquitania irá conmigo;  
Yo atenderé á los riesgos exteriores;  
Y si la guerra universal estalla,  
Si el equilibrio universal se rompe,  
Si tienen con las plumas de las flechas  
Los reyes que volar y emperadores,  
El castillo de Waifro está muy alto:  
Y ni hay viento que tanto las remonte,  
Ni cuando el hielo del invierno crudo  
Sus peñas de carámbanos alfombre,  
Podrán llegar á él más que las águilas  
Y toparán en él con los halcones.






---

De la raza de Waifro acepto el sino;  
Cuando Dios por ser de ella me abandone,  
Si muero á vuestros pies, siempre habrá un ángel  
Que por mí ruegue á Dios y por mí llore.»

Este discurso artificioso, hecho  
Para halagar de todos las pasiones,  
Para excitar en todos confianza,  
Hizo el efecto, al parecer, que el conde  
De él esperaba. Genoveva, ingenua  
Y enamorada, el plan que la propone  
Tuvo por el mejor: el viejo torvo  
Objeción no le opuso: los dos jóvenes  
Vieron el porvenir que en él les cabe  
A su carácter y afición conforme.  
Se aceptó: y convenidos, estas frases  
Con sequedad el viejo dirigióle:

«Cuanto sanciona mi señora debo  
Sin reparo aceptar, mas en la hipótesis  
De que estén hoy vuestra alma y vuestro brazo  
Libres de otros empeños anteriores.  
Si algún lazo os ligó, que esté ya roto;  
Que no sean dogales que os ahoguen  
Palabras empeñadas ni deberes  
Que cumplir con los nuevos os estorben.



CASTILLO DE WAIFRO




G. Doré dibujó


Dice la tradición que el viejo Hunaldo...



La situación es crítica; aceptables  
Vuestras ofertas son, y vos sois hombre  
De llevar á buen puerto vuestro barco  
Por mucho que la mar se os alborote:  
Mas la raza de Waifro, condenada  
Peleando á morir con todo el orbe,  
Con su espíritu audaz tiene bastante  
Contra reyes al par y emperadores.  
Dice la tradición que el viejo Hunaldo  
Llamaba á las ondinas desde el monte,  
Y que á su voz trazaban sobre el lago  
Los diabólicos círculos veloces  
De su ronda infernal: Waifro el misántropo  
Hablabá con los silfos de los bosques,  
Cuando van á la luna á columpiarse  
Ó nido á hacer en las silvestres flores:  
Y yo sé que su espíritu ha quedado  
Entre esas impalpables creaciones  
De la pagana edad, y que protege  
A su última heredera de traidores.  
Haced, pues, que en el lóbrego pasado  
De vuestra vida mis preguntas sonden;  
Porque, á más de que creo en los espíritus,  
Derechos hay en mí que me lo abonen.»



A estas frases osadas sonreía  
Con su sonrisa más graciosa el conde,  
Callaban los mancebos, y la dama  
Sentía sus mejillas sin colores.  
Pero aquél, á quien nunca desconciertan  
Las más comprometidas situaciones,  
Le contestó cortés como quien goza  
En que á cuestión difícil le provoquen:  
«Quienquier que fuereis, cualesquier que sean  
Aquí vuestro derecho y pretensiones  
Sobre la última dama que los tiene  
Al trono de Aquitania: ya que os toque  
Derecho tal por sangre, ya que os le hayan  
Legalmente acordado sus mayores  
Al expirar, yo los respeto y nada  
Hay en vuestra demanda que me enoje.  
Mas tales cuales son, vuestros derechos  
Ir de hoy más deben con el mío acordes:  
Porque unidas desde hoy nuestras fortunas,  
En un mismo bajel fuerza es que boguen,  
Fuerza es que juntas á la orilla arriben  
Ó que en las ondas á la par zozobren:  
Conque yo os voy á abrir el panorama  
Que ansiáis ver de mis años anteriores.



CASTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujó

Waifro el misántropo...



Oidme, pues, vos y esos mozos: ellos  
Para que sobre mí no se equivoquen;  
Vos para que al contar con mi pasado  
Podáis sacar la cuenta sin errores.  
A más, ya he adquirido la costumbre  
De abreviaros la noche con canciones  
Y relatos, y debo hasta la última  
Ser vuestro trovador, aunque hoy evoque  
Recuerdos tristes para mí. Mi historia  
Oid, pues. Hoy milito de la corte  
Fuera, bajo el poder de una calumnia  
Que no pudo encontrar mantenedores.  
Viudo el emperador, volvió á casarse:  
Pero, viejo, eligió mujer muy joven,  
Instruída y hermosa: yo fuí el ayo  
Del hijo de estos ímpares consortes.  
La calumnia de aquí. De mi privanza  
Se encelaron los clérigos, los nobles  
Y los que lucro y medras esperaban  
Del favor de los príncipes mayores,  
Los hijos de Hermengarda. Creció Carlos,  
El hijo de Judith: su padre dióle  
Parte en la sucesión con sus hermanos,  
Lo que de ellos menguó las particiones.



Viejo el emperador, Judith hermosa;  
Yo, como ayo del príncipe, en honores,  
Rentas y dignidad más avanzado  
Que ellos, continuo y familiar mi roce  
Con la imperial familia y sobre todo  
Con la madre del príncipe... en menores  
Apariencias basáronse calumnias  
Que acarrearón tan grandes turbaciones.  
Pronto fueron supuestos atrevidos  
Los que empezaron tímidos rumores;  
Y, creándose atmósfera, tomaron  
Del escándalo al fin las proporciones.  
El hijo de Judith desheredado,  
Los hijos de Hermengarda de su lote  
Harían partición: era preciso  
Dar incremento á la calumnia torpe.  
La emperatriz, desde que hacer osaron  
Villanos á su honor imputaciones  
Tales, con esa audacia de que sólo  
Es capaz la mujer, adelantóse  
Sintiendo el trueno á provocar el rayo,  
Aunque el nublado en su cerviz le arroje.  
Adoptó por emblema un lirio blanco;  
Le mandó cuartelar en sus blasones

CASTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujó

A afrenta tal sobrecogida ella...



Y grabar en su sello; de sus cámaras  
Desterró en su favor todas las flores,  
É hizo de lirios blancos y azucenas  
Colmar sus semilleros y jarrones:  
Tomó por cetro en fin un lirio de oro,  
Y con él en la mano presentóse  
En los saraos y fiestas de palacio  
Y en todas las solemnes recepciones,  
Llegando á ser sentirle entre sus dedos  
Necesidad é indispensable goce.  
¡Nada exaspera más á la calumnia  
Como que su ira el calumniado arrostre!  
El viejo emperador recibió un día  
Un infame cartel; en sus renglones  
A Judith acusaban de adulterio  
Tres nobles, del cartel sustentadores.  
Exaltóse el monarca, y de su esposa  
Fuese airado á la cámara; siguióle  
Su servidumbre atónita; atajámosles  
Los de la emperatriz; á los rumores  
De pasos acudió ella, y encontrándola  
El ciego emperador en los salones,  
Sin más explicación empezó á leerla  
Del libelo las cláusulas atroces.



A afrenta tal sobrecogida ella,  
 A las primeras líneas desmayóse:  
 Sentámosla; mas él siguió leyendo,  
 Dando al viento su honor hecho jirones.  
 Yo le escuché dispuesto á protegerla,  
 Mas al leer del escrito los tres nombres  
 Que le osaron firmar, campo cerrado  
 Pedí contra mis tres acusadores.  
 Eran el godo Ayzón y otros dos bávaros  
 Turbulentos: creí que el mejor corte  
 Del escándalo era el de los filos  
 Del hierro de mi lanza y mi mandoble,  
 Y apelé sólo á Dios, fiando sólo  
 En su amparo, en mi brío y en los botes  
 De mi lanza. Acordóseme el palenque:  
 Nombráronse los jueces; preparóse  
 La lid; mas aguardéles en la arena  
 Desde que el sol saltó del horizonte  
 Hasta que tramontó, y ninguno de ellos  
 A la liza bajó. Por quito dióme  
 La ley del crimen que me fué imputado:  
 Dió á la par por infames y felones  
 A los calumniadores fugitivos;  
 Por el juicio de Dios libres é incólumes

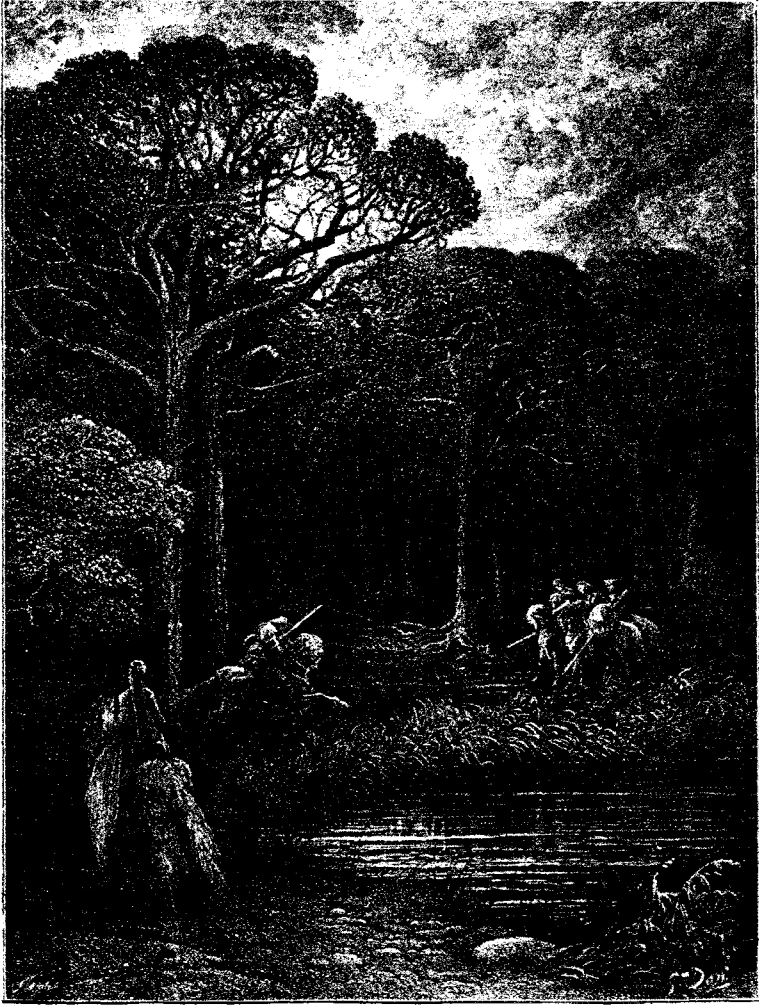


La emperatriz y yo de culpa y pena  
Quedamos; mas era otro el primer móvil  
De la calumnia ruin: sembrar la duda  
Y germen perennal de agitaciones.  
Y así fué: dudó Roma; entró en escrúpulos  
El crédulo marido; dividióse  
En banderías la opinión, é hicieron  
Del palacio un infierno los traidores,  
Los príncipes, los teólogos y todos  
Los que invocan á Dios y á Satán oyen,  
Y agitan las pasiones y el escándalo  
Clamando contra el vicio y las pasiones.  
Judith resolvió, airada y ofendida,  
Huir á un monasterio, desde donde,  
Creando nueva situación, pudiera  
Poner para su vuelta condiciones.  
Yo debía volver á mis Estados,  
De los cuales no hay ley que me despoje,  
Y de palacio y de la corte á un tiempo  
Partimos disfrazados una noche.  
Yo con mi servidumbre la escoltaba:  
Un antifaz cubría sus facciones  
Y un tabardo sus formas envolvía;  
Conque no vió su rostro ni su porte



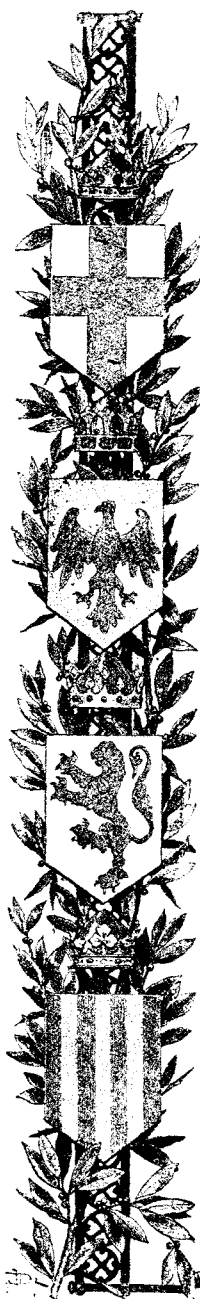
Ninguno. Al arribar del monasterio  
A la abacial jurisdicción, del bosque  
Dejamos en el límite la escolta,  
Y avanzábamos solos por el borde  
De una laguna pantanosa en busca  
De un atajo que oculto va á las trojes  
Del monasterio á dar, y ya sentíamos  
De sus campanas próximas el doble,  
Cuando del lado opuesto del pantano  
Vimos á tres jinetes que á galope  
Corrían á cortarnos del atajo  
La entrada. Perspicaz reconocíoles  
La emperatriz y díjome: — «¡Son ellos!  
— El convento ganad, la dije entonces;  
Yo os ganaré harto tiempo, venza ó muera,»  
Y me lancé al escape. Bien salióme;  
Porque ellos, deteniéndose á esperarme,  
Dieron tiempo á Judith, que huyó y salvóse,  
Y yo le tuve de parar en firme  
En su carrera mi caballo dócil.  
No se engañó Judith: sí que eran ellos:  
Ayzón y nuestros dos calumniadores.  
Ayzón ventía en medio y sonreía  
Creyendo en mi torpeza: imaginóse

CASTILLO DE WAIFRO




G. Doré dibujó

Y me lancé al escape...




Poder en mi carrera arrebatada  
 Cogirme entre los tres; pero burlóle  
 Mi astuto ardid y de mi buen caballo  
 La superioridad; así que á voces:  
 «¡Es el juicio de Dios!» les dije, asiendo  
 De mi trompa; y con todos mis pulmones  
 Soplando en ella, desgarré la atmósfera  
 Con la vibrante voz del hueco bronc e.  
 Logré mi fin; miráronse azorados  
 De mi seña, y partí: del primer bote  
 Tendí al que Ayzón tenía á su derecha;  
 El caballo del otro encabritóse  
 Rebelde al freno; revolvíme rápido,  
 Y en el hocico al animal tal golpe  
 Di, que de espalda en el pantano dieron  
 La indócil bestia y el jinete torpe:  
 Y á dos pasos de Ayzón quebré en redondo,  
 Le gané tierra y esperé su choque.  
 Mas, ó el juicio de Dios tentar no quiso,  
 Ó de mi escolta, que acudía, el trote  
 Tal vez sintió y me dijo: «En Barcelona  
 Me hallarás;» con el puño amenazóme,  
 Y poniendo el pantano de por medio  
 Partió como un relámpago y perdióse.



Mi gente asió del muerto y del caído;  
Yo eché por el atajo, y ya en las trojes  
No la vi; rodeé el claustro, y en el pórtico  
Hallé á la emperatriz. Aseguróse  
De mi fortuna en el combate, y díjome:  
«Que no hallen aquí rastro de estos hombres;  
Entierra al muerto lejos: suelta al vivo,  
Y que Dios le castigue ó le perdone.»  
Y sacando del seno el lirio de oro  
Que le sirvió de cetro, añadió: «Tómale;  
Si vuelvo al trono, llevaré en la mano,  
En vez del lirio, un látigo.» Tendióme  
La flor; me despidió: besé su mano:  
Partí: la oí llamar, y oí, en sus goznes  
Rechinando al girar, ante ella abrirse  
Y sobre ella cerrarse los portones.  
Y he aquí el lirio: por nupcial regalo  
Aceptadle, señora.» Dijo el conde,  
Y del pecho sacándole, en la mesa  
Delante de la dama colocóle.

Quedaron conmovidos contemplándole  
La castellana, el viejo y los dos jóvenes;  
Y en el silencio que siguió, el latido  
Se oía de sus cuatro corazones.




CÁSTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujo


Por cima del mancebo y el viejo, Genoveva..




Vió bien que en su favor se les ganaba  
Su historia el caballero: el viejo inmóvil  
Y grave como siempre, mas no hurraño,  
Cedía al parecer, y ó convencióse,  
Ó afectó convicción. De Genoveva  
Radiaba la alegría en las facciones;  
Y tras breve silencio reflexivo,  
El lirio recogiendo, dijo al conde:  
«Acepto vuestra ofrenda: desde ahora  
Será la única joya que me adorne:  
Y del panteón, del tálamo ó del trono  
Yo os le devolveré en los escalones.»

## VII

Blanquea el cielo apenas la luz del nuevo día,  
Los pájaros apenas comienzan á piar:  
Las flores, de rocío cargadas, todavía  
No empieza con sus alas el céfiro á agitar.  
La atmósfera encapota calligine sombría  
Que va tal vez en lluvia las nieblas á cambiar:  
Un alba cenicienta sin sol, sin alegría,  
Parece auguradora de un día de pesar.





El conde con Wifredo se parte del castillo,  
Y fuera de sus muros á los que de él se van  
Su último adiós con franco ceremonial sencillo  
Los que en su hogar se quedan apesarados dan.


Por cima del mancebo y el viejo, Genoveva  
Y el conde se contemplan con silencioso afán,  
Y de ella, de quien la alma y el corazón se lleva,  
Los ojos anublado las lágrimas están.

Sus almas oprimía fatídica tristeza:  
Del porvenir obscuro pronóstico fatal,  
Hasta en las mismas bestias les dió naturaleza  
Augurador aviso del venidero mal.

Ni un punto á Genoveva dejaron sus lebreles  
Mientras á vista fueron de su mansión feudal,  
Y el potro de Wifredo no quiso á los corceles  
De guerra de Bernardo seguir por el breñal.

Que un paje de sus riendas asiera fué preciso  
Del valle hasta sacarle que le miró nacer,  
Y en tanto que sus hierbas olfateó no quiso  
A látigo ni espuela rebelde obedecer.

El conde caminaba callado y cejijunto,  
Cual si tras sí dejara la vida de su ser;  
Y no dejó la dama de contemplarle un punto  
Mientras de lejos pudo la cabalgata ver.




CASTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujó

Y sola, inquieta, absorta, cual tórtola sin nido...



Hundióse en la espesura por fin: desvanecióse  
De la ondulante selva detrás del pabellón:  
En vano es que su vista tenaz y avara pose  
En el lugar do acaba de hundirse su visión.


Furtiva una mirada el viejo al paso echóla:  
Al ángulo apoyada del grueso murallón,  
En medio se creía del universo sola,  
Porque quedaba solo sin él su corazón.

Pasábanse los días: por cima de las peñas,  
Barrancos y breñales del bosque secular,  
En son lejano y vago los toques y las señas  
Oía Genoveva del campo militar.

Y sola, inquieta, absorta, cual tórtola sin nido,  
Salía con sus tristes recuerdos á vagar  
Por entre aquellos troncos que cuando había partido  
Le vieron en su marcha los últimos pasar.

Los pasos de la amante tristísima doncella  
De lejos su nodriza seguía por do quier,  
Y fuera de su vista, mas sin perder su huella,  
Dejábala los sitios queridos recorrer.

Mas cuando el sol poniente los montes transponía,  
Como se va una corza doméstica á coger,  
Como á la corza dócil al paso la salía  
Y á casa de la mano tornábala á traer.





Al cabo de diez días, trepar por el sendero  
Que del torreado puente remata en el cancel  
Se vió al gallardo paje, del conde mensajero,  
Montado gentilmente sobre árabe corcel.

Traíala un mensaje: y una hora y una seña  
Y un sitio la marcaba su enamorado en él:  
Leyó, y su faz sombría tornábase risueña  
Según iba leyendo lo escrito en el papel.

Y una hora después en la ribera  
Solitaria del lago se encontraban,  
Y se veían por la vez postrera  
Y por la vez postrera se abrazaban.  
Mientras en tal abrazo el alma entera  
Consagrarse uno á otro se juraban,  
Cual la gaviota que á su voz huía,  
Su fortuna la espalda les volvía.



**CASTILLO DE WAIFRO**



G. Doré dibujó

**Mas cuando el sol poniente los montes transponía...**



## CAPÍTULO VI

### I

Once meses después hechos extraños,  
Por fábulas tomados si la historia  
De ellos no diera incontestables pruebas,  
La faz cambiaron de la inquieta Europa.  
En su arremolinado torbellino  
Nuestra leyenda humilde desarrolla  
Su poética acción, que con él rueda  
Cual en un huracán rueda una hoja.  
Por eso en derredor de las figuras  
De sus cuadros fantásticos coloca  
La poesía pláticas, escenas,  
Imágenes y fábricas históricas.  
Confundido lo cierto y lo inventado  
En la corriente va de sus estrofas,  
Cual la de un río dulce y cristalino  
Con la del mar salobre en que se arroja.

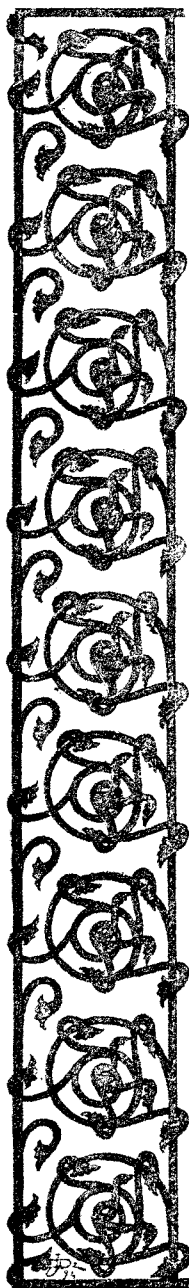
## II

Expiraba una noche de febrero:  
La claridad de la vecina aurora  
Lograba apenas de las altas cimas  
Pardear entre la niebla nebulosa.  
Los valles todavía encapotaba  
La densidad de las nocturnas sombras,  
Y el frío del invierno entumecía  
En su sueño á la tierra perezosa.  
Sustituyendo al césped festonaban  
Crestonados carámbanos las rocas,  
Y bajaban por ella los arroyos  
De cuajado cristal entre dos orlas.  
Crecida con las lluvias invernales,  
Más extensa, más móvil y más honda,  
El agua, que del lago desbordaba,  
Se deslizaba entre las peñas broncas.  
Y lamiendo los pies de los peñascos  
De su álveo al seguir las líneas combas,  
Se quebraba corriendo y se torcía  
Como en virgen breñal flexible boa.




De este canal por la corriente turbia,  
Aunque rápida no, sí peligrosa,  
En una barca frágil y sin quilla  
Navega un hombre con audacia loca.  
A través de la niebla densa y húmeda  
Que el cauce estrecho del canal entolda,  
De su bulto se ve la mancha móvil  
Que tras el velo de la niebla flota.  
Cuando la helada brisa matutina  
Sobre sus pliegues ondulantes sopla,  
Y desgarrar los débiles cendales  
Que sus aéreos pabellones forman,  
Avanzar se le ve mudo y tranquilo,  
Guiando su bajel con asombrosa  
Destreza, el centro del canal guardando,  
Aunque á merced de la corriente boga.  
De un largo palo de virar se sirve  
De doble garfio y regatón, que apoya  
Ó engancha á voluntad de ambas orillas  
En las peñas y troncos que las bordan.  
Sus formas y su faz su traje oculta;  
Su parte superior cubre una gorra  
De nutria, la inferior espesa barba,  
Y ancho gabán sin cinto su persona.







Ni se puede juzgar si es viejo ó joven,  
Pues las hebras de plata que se notan  
En su barba, lo mismo puede dárselas  
El hielo de la edad que el de la atmósfera.  
Sus ojos centellean cuando giran  
Bajo de sus pestañas en sus órbitas;  
Y si espejos del alma son los ojos,  
Alma debe tener muy vigorosa.  
Sobre su plano esquife conducido  
A la merced del agua juguetona,  
Que ya se arremolina en un remanso,  
Ya de un liso peñón la base azota,  
Ya se arrastra en zizás entre colinas  
Que se pisan la falda unas á otras,  
Ya por los trechos de nivel perfecto  
Recta como una cinta se prolonga,  
Va el navegante audaz atravesando  
Por estas solitarias y recónditas  
Cavidades, del agrio Pirineo  
Inhabitado la región ignota.  
Como uno de esos genios de las aguas  
De que habla la leyenda mitológica,  
Desembocó aquel hombre en otro lago  
Que de montes se abriga en una concha.




El lago era un excéntrico capricho  
De la naturaleza creadora,  
Que le colgó en el monte cual pudiera  
Su nido en los zarzales una alondra.  
¿Por qué le puso Dios en aquel sitio?  
¡Sus designios recónditos quién sonda!  
Dios hizo el mundo como quiso: acaso  
Se le labró á las águilas por copa;  
Acaso por espejo á la montaña  
Para que en él se mire vanidosa  
Se le puso á los pies, ó en sus entrañas  
Porque labre estaláctitas á gotas.

En cuanto entró aquel hombre de aquel agua  
En la sábana tersa y silenciosa,  
Con dos remos que puso en los escálamos  
Lanzó su barca y despertó las ondas.  
El agua que dormía bajo el vidrio  
Sutil sobre que el hielo se elabora  
Rompió al ondear sus histrias mal soldadas  
Y alegre el barco salpicó de aljófár.  
Crujieron los cristales sutillísimos  
Al romperse y dejar sus hebras rotas  
Flotando sobre el agua, que mil círculos  
Empezó á abrir ante ellas revoltosa.





De aquella agreste soledad los ecos,  
No hechos ya á hablar en sus moradas cóncavas,  
A través de la niebla contestaron  
Al extraño rumor que les evoca.  
Era la voz del que bogaba: acaso  
Se ayudaba en su afán con su monótona  
Ruda canción, ó su compás le hacía  
Dar regularidad á su maniobra.  
Tosca, salvaje, primitiva, estaba  
Su canción escasísima de notas  
Hecha sobre una frase monorrítmica  
De ocho palabras célticas ó godas.  
Un grito monosílabo servía  
De apoyo ó estribillo á cada estrofa,  
Que su voz sostenía mientras aire  
Transmitir el pulmón puede á la boca.  
Ya en el centro del lago, no podía  
Verse la barca ni el que en ella boga,  
Mas se oía brotar entre la niebla  
Su original y bárbara salmodia.  
Oyéndola, un espíritu cobarde  
Ó un ánima de fe supersticiosa  
Rezarian á Dios, por voz tomándola  
De aún invisible aparición diabólica.





Mientras el agua cruza protegido  
Por el velo de niebla que la entolda,  
Trepa un hombre á la altura donde el lago  
En su taza de mármoles reposa.  
Distinguirle la niebla no permite  
Tampoco; mas se siente poderosa  
Y uniforme su marcha en la maleza  
Que por la cuesta al avanzar no afloja.  
Es un hombre de guerra: le delatan  
Por tal las piezas de metal que chocan  
A cada paso que asegura en tierra  
Y de su marcha la igualdad sonora.  
Es un hombre de guerra: sube solo  
Y ya al borde del lago casi toca,  
Cuando el rumor del cántico y los remos  
Del de la barca percibiendo, acorta  
El paso; escucha, párase el monótono  
Canto á reconocer, y de una estrofa  
Al fin tomando el estribillo, vuelve  
Al de la barca su salvaje nota.  
Creyó aquel una vez que era del eco  
Repetición, y continuó la copla;  
Mas al grito al tornar del estribillo,  
Ve bien que es de otra voz que se le torna.



Se interrumpe, y percibe del que sube  
La voz que en su silencio se prolonga:  
Vuelve al cantar, y tornan á volvérselo:  
Fuerza el remo, y el otro el paso dobla.  
Tomó uno tierra, aproximóse al agua  
El otro, y por señal comprobadora  
De identidad en ambos se dijeron  
A la vez: «Aquitania. – Barcelona.»

El sol, cuyo esplendor había ahogado  
Hasta entonces calígine brumosa,  
Comenzó á desgarrar la niebla espesa  
Y á alumbrar el país y las personas.

Es el paisaje en que la escena pasa  
Incomparable, de esos que se gozan  
Sólo en el Mediodía. Es, á la altura  
Media del monte, una ancha plataforma  
Que da al Oriente: su mitad ocupa  
El agua perennal que el lago colma;  
De la otra en el suelo accidentado,  
Bizantinas mitad y mitad góticas,  
Se levantan las ruinas de un castillo  
Que en convento volvió fe religiosa  
Y que volvió á tornar en fortaleza  
La raza conservada en Covadonga.



Al Poniente la guarda de montañas  
Inaccesibles, ásperas, boscosas,  
Un triple cinturón, que ataja el paso  
A la vista por tierras españolas.  
En cambio por Oriente dilatarse  
Puede por la comarca encantadora  
Que cual lápiz de frutos y de flores  
Desde Foix tendió Dios hasta Narbona.  
Al Mediodía el golfo, que sus huertos  
Acaricia y arrulla con sus olas,  
Y al Norte las almenas y alminares  
Del castillo de Waifro se la acotan.  
Tal es la escena en que los dos incógnitos,  
Penetrando en las ruinas, van ahora  
A dar razón de sí, desenvolviendo  
La acción de esta leyenda artificiosa.  
De ellos uno era el viejo del castillo,  
El que bajó por agua; el que por la otra  
Parte subió del monte, Ayzón, el jefe  
De la hueste del conde vencedora.  
Ayzón, cual godo de progenie noble,  
Usa luenga melena, ancha tizona,  
Largo manto germano y calzón frigio,  
Con correas sujeto hasta la corba.




Como barón independiente, lleva  
 Casco con guardacuello y con corona,  
 Mas sin visera ni crestón: los godos  
 Tienen cubrirse el rostro por deshonra,  
 Y el crestón y las plumas en el casco  
 Cual vanidades de los francos odian:  
 Y Ayzón es godo y catalán, y ansía  
 Ver de su patria la coyunda rota.  
 Quiere que libre del dominio injusto  
 De las razas germana, franca y goda,  
 Gobernada por condes de su tierra,  
 Camine libre, independiente y sola.  
 Tales son los dos hombres que, metiéndose  
 Por las desiertas ruinas pavorosas,  
 Traban plática tal bajo los restos  
 De los hundidos arcos de sus bóvedas.  
 Y así á Ayzón le decía el viejo torvo,  
 Haciendo con su voz huir medrosas  
 A las aves salvajes guarecidas  
 En sus desiertas cavidades lóbregas:  
 «Esta fué la mansión de nuestros padres,  
 Ayzón: de aquella raza lidiadora  
 De independientes, que jamás el cuello  
 Dobló bajo coyunda ignominiosa.

**CASTILLO DE WAIFRO**




G. Doré dibujo

**Esta fué la mansión de nuestros padres..**



Aquí de los VARONES DE LA FAMA  
Los descendientes se acogieron; monjas,  
A quienes el estruendo de la guerra  
Ahuyentó como banda de palomas,  
Les dejaron su claustro abandonado,  
Que ellos cercaron de murallas sólidas.  
De gruesos cubos y almenadas torres...  
Escombros viles, como ves, ahora.  
Engendrados nosotros de su sangre,  
De su idea política y gloriosa  
Continuadores solos, trabajamos  
Con serio afán en rematar su obra.  
Los germanos, los árabes, los francos  
Usurpadores son: hasta las costas  
Del mar, desde estos montes, nuestros padres  
Conquistaron la tierra generosa  
Que es nuestra patria, de la cual no debe  
Una extranjera raza ser señora  
Ni protectora ya. ¡Fuera señores!  
Cataluña es mayor, puede andar sola.  
Sé que tal vez es pronto todavía;  
Mas debemos sembrar con mano pródiga  
De nuestra independenciam las semillas:  
Alguno habrá que su cosecha coja.



Nadie nos oye aquí, ni nos espía:  
Habla; de muertos héroes las sombras  
Escucharán no más nuestros proyectos,  
Y á ellos tal vez sonreirán gozosas.»

Dijo el viejo: y Ayzón, que le escuchaba  
Contemplando el lugar con vista absorta,  
Dijo: — «Si le hay, busquemos un abrigo  
Mejor y estancia para hablar más cómoda.  
El tiempo es frío, asendereado vengo:  
Lo que yo os tengo que decir no es cosa  
Para dicha de priesa, y meditarlo  
Con más sosiego y madurez importa.

— Olvidé que tus pies, ya acostumbrados  
Sólo pulidos mármoles y alfombras  
A pisar, y tu cuerpo, ya enervado  
Con el aire letal de los aromas  
Del imperial alcázar, se laceran  
Del monte con las piedras, y se dobla  
Bajo el arnés de guerra, más pesado  
Que la seda y tisú de vuestras ropas.  
Como giran los astros en la suya,  
Giran así los hombres en la órbita  
De acción en que en servicio de su patria  
Su valor ó la suerte les coloca.



Yo esperaba encontrar en estas ruinas  
Acogida mejor., á más suntuosa  
Morada paso, y ocasión propicia  
Presentado de ser á altas personas.

—Y eso hallarás, Ayzón: pero ser deben  
De tal paso y honor dignas tus obras:  
Si tu relato es tal que valga tanto,  
Realizarás tus esperanzas todas.  
Sígueme: en ese claustro hay una estancia  
Cuya maciza fábrica, hasta ahora  
Más fuerte que el pillaje y el incendio,  
La ira del tiempo destructor arrostra.  
Ven: allí encontrarás., si hallo yo digna  
De abrir tal paso á tu ambición tu historia,  
La puerta del edén que asaltar quieres  
Y la deidad á quien insano adoras.»

Dijo el viejo, y de Ayzón la diestra mano  
Asiendo con su mano vigorosa,  
Le hizo pasar del claustro derruido  
Las ojivales aberturas rotas.  
Al cruzar la desierta galería,  
El eco les volvió su hueca bóveda  
Del son descompasado de sus pasos  
Sobre las sueltas piedras que la escombran.



Allá en su fondo, en el macizo muro  
 Que las arañas y el hollín empolvan,  
 Al tacto más que con la vista, dieron  
 Con un portón que en la pared se empotra.  
 Metió á tientas el viejo del postigo  
 Una torcida llave en la mohosa  
 Cerradura: correrse su pestillo  
 Se oyó, y abrió empujándola su hoja.  
 Pasó él, siguióle Ayzón, y sobre entrambos  
 Cerrándose de golpe, de la gótica  
 Galería quedó vibrando el ruido  
 Por las vacías cavidades lóbregas.

## II

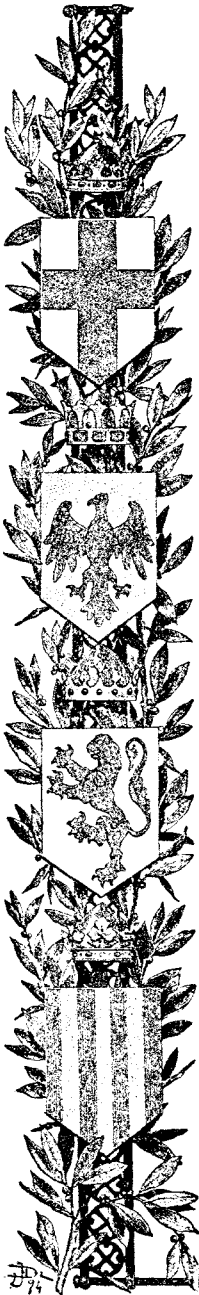
Media hora después, en el recinto  
 De bizantino camarín, donde arde  
 En un hogar inmenso de una encina  
 La mitad del selvático ramaje,  
 De una empezada historia continuaba  
 La relación el godo; y escuchábale  
 El viejo del castillo, dando claras  
 De atención profundísimas señales.



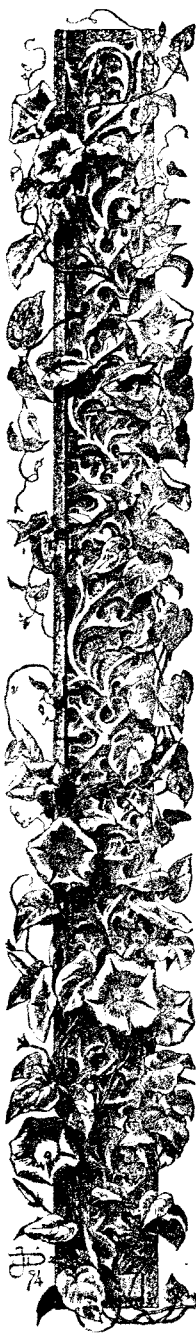
He aquí lo que decía Ayzón el godo:  
– «Lo que contar me resta es lamentable  
Prueba del poco sólido terreno  
En que se asientan hoy las sociedades.  
Es una triste historia: es un ejemplo  
Fatal para los hijos y los padres:  
La exhibición á par de dos poderes  
Que el mundo solos por mandar se baten.  
El viejo emperador, abandonado  
De Bernardo y Judith, por quienes antes  
Se hilvanaban las horas de su vida  
De doméstica paz en hilo frágil,  
Empezó el sentimiento de la ofensa  
A ahogar en los recuerdos agradables  
De los íntimos goces y cuidados  
De que su amor y su amistad colmábanle.  
Del hijo de Judith haciendo un ídolo,  
Adoróle en ausencia de su madre;  
Y entre Lotario y él partió el imperio,  
De sus demás hermanos olvidándose.  
Lotario imaginó que aquel derecho  
Del hijo de Judith era muy fácil  
De romper: y mostrándose sumiso,  
En el trono esperó solo sentarse.




Los hijos de Hermengarda interesaron  
En pro suyo al Pontífice y los grandes  
Del imperio, y dijeron de demencia  
Que daba el viejo emperador señales.  
Lotario, que les vió crecer, unióseles  
Prefiriendo á luchar el engañarles,  
Y arrojaron al padre de su trono,  
Preso Lotario mismo custodiándole.  
Por él en vano al campo se lanzaron  
Bravas huestes de fieles arimanes:  
Gregorio cuarto, que llegó de Italia,  
Excomulgó á los fieles imperiales.  
A Compiègne por Lotario conducido,  
Para que una asamblea le juzgase,  
Fué Luis; y fué acusado por los clérigos  
De perjuro, sacrílego é infame  
Por llamar á las armas en Cuaresma,  
Las riquezas de Dios por apropiarse,  
Por juntar asamblea en Jueves Santo  
Y ser, en fin, rebelde al Santo Padre.  
Condenado á abdicar, fué de la Iglesia  
Entregado á los santos tribunales,  
Despojado del cetro y la corona,  
Del cingulo é insignias militares;




Y de todos los males del imperio  
Declarado por solo responsable,  
Vistiéronle el cilicio y la capucha  
Y á penitencia pública humilláronle:  
Y el anciano infeliz, amedrentado  
De audacia y ceremonias semejantes,  
Prosternado ante Ebbón el arzobispo  
De Reims, de todo se acusó culpable:  
Y en la misma ciudad do Carlomagno  
Le entregó las insignias imperiales,  
Encerrado se vió en un monasterio,  
Irrisión y ludibrio de los frailes.  
Pero tal infortunio é ignominia  
Tornó Dios en su pro: de ello indignándose  
Los corazones nobles, declararon  
Crímenes y traición tantos desmanes.  
A su padre á París llevó Lotario,  
Emperador creyendo coronarse  
Alejando al anciano de sus fieles  
Potentados y pueblos alemanes;  
Mas á París corrimos diligentes  
Por el emperador, de todas partes,  
A arrancar al buen viejo de los claustros.  
Lotario, sin luchar, huyó cobarde,




Y el Pío Ludovico volvió al trono;  
Mas, con ejemplo de vigor notable,  
A la Iglesia obligó á que le ciñese  
Otra vez las insignias militares.  
Perdonó á los rebeldes y á sus hijos:  
Y hoy, al frente de hueste formidable,  
Avanza hacia Provenza y Septimania,  
Cual nunca amado, poderoso y grande.  
Mas viene á impulso de su amor de viejo,  
Que en su agitado corazón renace  
Más que nunca voraz, de amor en brazos  
De su adorada adúltera á embriagarse.  
Diestra Judith para excitar su anhelo,  
Su reunión haciendo menos fácil,  
Abandonó el convento de Borgoña  
Y á uno del Rosellón vino á ampararse.  
Yo atravesar su pórtico la he visto:  
De ella á Bernardo sorprendí un mensaje,  
Y tengo un plan que al favorito pierda  
Y á par de yugo á Cataluña salve.  
Oidle y combinémosle. — Detente,  
El viejo al godo Ayzón dijo atajándole;  
La situación es tal que habla ella misma:  
Yo comprendo tu plan sin que le explanes




– De eterna enemistad, de odio infinito  
Tender un mar entre los dos amantes.  
– Yo haré más, mucho más: ante mis ojos  
El porvenir de la venganza se abre.  
La fortuna nos sirve, y es inútil,  
Ayzón, que más el seso te devanes:  
La independencia y la venganza á un tiempo  
Hoy el azar á nuestras manos trae.  
Yo tengo, Ayzón, para coger á todos  
En una misma red hilos bastantes:  
Hervirá entre los padres y los hijos  
Un volcán de rencor y un mar de sangre.  
– ¿Él está en Barcelona? – Ha entrado en ella.  
– ¿La tomó? – Se la dimos: dispersarse  
Mandé á mi gente: y mientras él se asombra  
De no hallar enemigos, se rehace  
Mi hueste en estos montes, á su espalda  
A aparecer de nuevo preparándose.  
– Yo la haré que aparezca á tal altura  
Que, por más que Bernardo se levante,  
La vea despechado de sus ojos,  
Pero no de sus manos al alcance.  
Sígueme, Ayzón: tus locas esperanzas  
De realizar al fin llegó el instante.






Paso á mejor estancia y compañía  
Mejor en estas ruinas esperaste  
Hallar, y vas á hallarlas: yo de un golpe  
De señor y rival voy á librarle.  
Mas si en lides de amor no eres más diestro  
Que en las de guerra, Ayzón, vuélvete., parte.  
— ¿Tan obcecada está? — Le ama, le adora.  
Mas yo la haré que le odie; alerta estéte.  
Es un primer amor: es una niña.  
— Sido hubiera mejor no alimentársele.  
— La oposición enciende las pasiones  
Y convierte las chispas en volcanes.  
Este para apagar, su amor adúltero  
Cuéntala, su pasión cual si ignorases.  
Vamos: yo te daré por el camino  
De su pasión y de mi plan detalles:  
Y cuando tengas de los tres amores  
Y de la historia de los tres la clave,  
Tú nos conducirás al monasterio  
De Judith... ¡y verás qué desenlace!»  
Dijo el viejo; y á Ayzón hasta la boca  
De un subterráneo caracol llevándose,  
Desde su entrada poderosa y lóbrega  
Dijo por ella hundiéndose y guiándole:



«Baja, que aunque parece que al infierno,  
Á la mansión conduce de los ángeles.»  
Hundiéronse... y volvió de aquellas ruinas  
La muda soledad á enseñorearse.

## III

Era la hora de nona: del castillo  
Doraba el sol las altaneras torres  
Con luz que la calígine enturbiaba  
Según se iba inclinando al horizonte.  
Genoveva buscando en los adarves  
El calor de sus rayos bienhechores,  
Hacia el llano tendía melancólica  
La vista por encima de los bosques.  
Delirios de esperanzas halagüeñas,  
Quimeras de amorosas ilusiones,  
Deliciosos recuerdos... los mil sueños  
Que pueblan el edén de los amores,  
Del vacío en los ámbitos azules  
Nacían y expiraban á montones  
Delante de sus ojos, y volvían  
Á nacer y á expirar, cual los vapores



Que hace brotar el sol del haz del lago,  
 Y cuyas manchas pálidas y móviles  
 Apenas en el aire se dibujan  
 Las disipa voraz ó las absorbe.

Tristezas vagas del amor que espera,  
 Que halagáis sin cesar sus ilusiones;  
 Presentimientos vagos, que á quien ama  
 Sin causa sin cesar traéis insomne;  
 Inquietudes quiméricas, que á veces  
 Agitáis los amantes corazones  
 Cual gritos de un instinto misterioso  
 Que en la alma Dios de los amantes pone:  
 Vuestro ser, vuestro origen y el impulso  
 Que os excita en sus almas ¿quién conoce?  
 ¡Misterios de la vida del espíritu  
 Que, viviendo, jamás sondará el hombre!  
 ¡Turba invisible de átomos dañinos  
 Que, del mal venidero precursores,  
 En derredor de Genoveva hierven  
 Y á su alma dan incomprensibles voces!  
 Como á una garza hacia la cual, dormida  
 Mirándola en la cúspide de un monte,  
 Por sus opuestas faldas se aproximan,  
 Acechándola al par, dos cazadores,

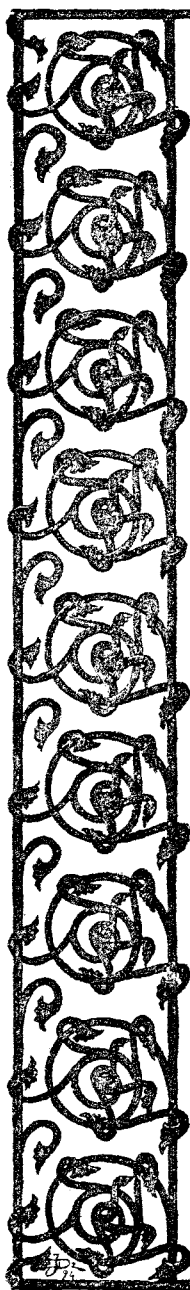


Así de Genoveva la ventura  
Amenazan á un tiempo dos traiciones,  
Que por diversas vías se la acercan  
Para asestarle al corazón dos golpes.


Por bajo de la tierra, como *gnomos*  
Que un cataclismo terrenal disponen,  
Ayzón y el viejo sótanos y cuevas,  
Al castillo acercándose, recorren.  
Los macizos cancelos, que franquean  
Complicados, difíciles resortes;  
Las palancas ocultas con que logran  
Peñas mover al parecer inmóviles;  
Los puentes que á su paso forman fáciles,  
Recios y formidables murallones,  
Y que hacen el camino inaccesible  
Al que su oculto mecanismo ignore,  
Ceden ante los dos, el paso abriéndoles  
Á la morada señorial en donde  
Concibe Genoveva alucinada  
Una de sus más dulces ilusiones.

Allá á lo lejos, la espesura hendiendo  
De la maleza virgen, que ya rompe  
Ancho camino que al castillo le abre  
Desde que el hacha se le abrió del conde,






Á través de los árboles sin hojas  
Vió salir de la selva un bulto móvil,  
Que al castillo acercábase cruzando  
La superficie escueta de un desmonte.  
Conforme va acortando la distancia,  
Sus formas Genoveva reconoce;  
Es un jinete que resuelto avanza  
De la calzada entre la hilera doble  
De árboles, á través de cuyos palos  
Vienen su vista á herir los resplandores  
De los dobles pedazos de armadura  
Que jinete y corcel al sol exponen.  
Avanza: lo tupido de los árboles  
Á trechos á la vista se le esconde;  
Mas al tomar, dejando la alameda,  
Del lago azul el descubierto borde,  
Mostrándose el que llega, de la dama  
La mirada voraz reconocióle.  
Del conde trae en el broquel y el traje  
El escudo, la empresa y los colores.  
Es su paje Wifredo, que al castillo  
Llegando va de su corcel al trote,  
De cuyos recios cascos Genoveva  
Con íntimo placer los pasos oye.



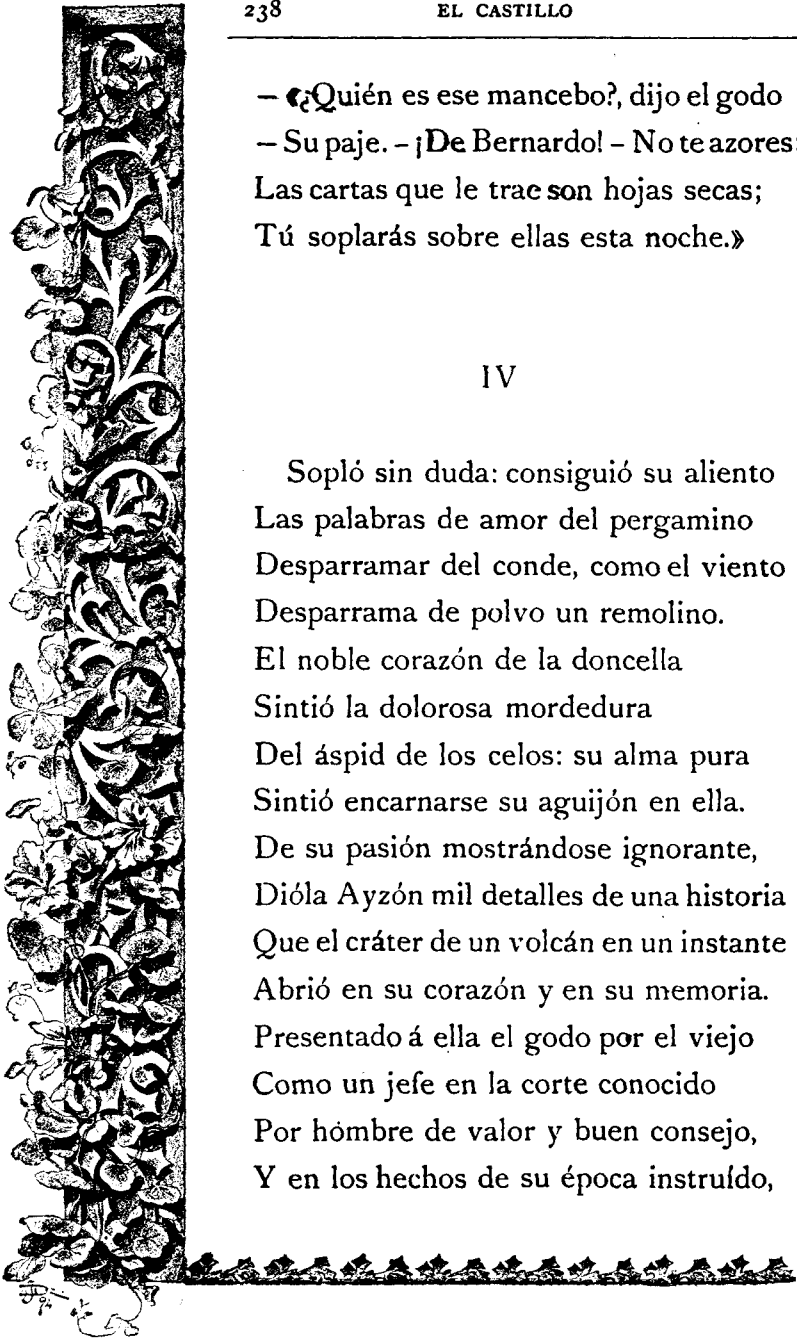
Mas mientras ella con deleite cuenta  
Los del caballo del doncel del conde,  
No siente los de Ayzón y los del viejo  
Cruzar los subterráneos corredores.  
Según el paje por la cuesta, ellos  
Suben por los ocultos caracoles  
De las minas recónditas, y arriban  
Á un tiempo al pie de las macizas torres.  
Y cuando aquel se presentó ante el puente,  
En uno de los patios interiores  
De un cubo lateral en el postigo  
Ayzón detrás del viejo presentóse.  
Genoveva, que una alta celosía  
Abrió á Wifredo para ver, hallóles  
Aguardando al doncel, á quien sintieron  
Venir de las defensas exteriores.  
Entró el paje en el patio, y hacia el viejo  
Que le tendió las manos dirigióse;  
Él con su indiferencia acostumbrada,  
Mas sin ceño, besárselas dejóle.  
Contempló al mozo Ayzón, mientras cruzaban  
El viejo y él brevísimas razones,  
Tras las cuales el paje al aposento  
De la impaciente dama encaminóse.



– «¿Quién es ese mancebo?, dijo el godo  
– Su paje. – ¡De Bernardo! – No te azores:  
Las cartas que le trac son hojas secas;  
Tú soplarás sobre ellas esta noche.»

## IV

Sopló sin duda: consiguió su aliento  
Las palabras de amor del pergamino  
Desparramar del conde, como el viento  
Desparrama de polvo un remolino.  
El noble corazón de la doncella  
Sintió la dolorosa mordedura  
Del áspid de los celos: su alma pura  
Sintió encarnarse su agujijón en ella.  
De su pasión mostrándose ignorante,  
Dióla Ayzón mil detalles de una historia  
Que el cráter de un volcán en un instante  
Abrió en su corazón y en su memoria.  
Presentado á ella el godo por el viejo  
Como un jefe en la corte conocido  
Por hombre de valor y buen consejo,  
Y en los hechos de su época instruído,





Explayóla su crónica política:  
La situación extraña del estado,  
La audacia de los príncipes, la crítica  
Posición del monarca atropellado,  
La emperatriz liviana... el adulterio  
Que la luz del escándalo ha alumbrado  
Aun para el vulgo vil, que su misterio  
De infamia y de traición ha penetrado:  
El viejo Luis corriendo al monasterio  
Cuyas puertas abrirse vió Ayzón mismo  
Ante su esposa, la ocasión propicia  
De alzar un nuevo trono ante el abismo  
En que el roído imperio se desquicia...  
Todo lo puso Ayzón ante los ojos  
De Genoveva, al devanar el hilo  
De la historia de su época, sonrojos  
Causando á su alma, de pudor asilo;  
É inoculando en ella diestramente  
El germen de la idea madurada  
De él y del viejo incógnito en la mente,  
Logró que la paloma fascinada  
Se viniera á enredar desatentada  
En el lazo traidor de la serpiente.  
Ni al conde nombró Ayzón en su relato,

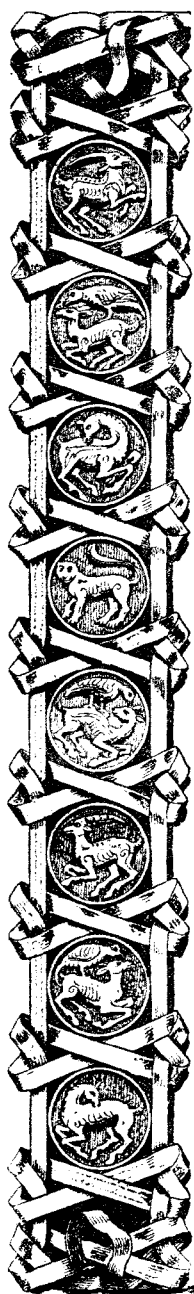


Ni Genoveva á Ayzón demandó el nombre  
Del galán de Judith: instinto innato  
En la mujer leal cuando ama á un hombre  
Es guardar el secreto de su alma,  
No dejar ver la sangre de la herida  
Que la desgarró el corazón, y en calma  
En la mano llevar como una palma  
El dardo que á su amor cortó la vida.

Genoveva escuchó muda y serena  
La extraña relación del adulterio,  
Que la estima del conde la enajena  
Y á extinguir su cariño la condena,  
Como si fuera extraña á su misterio.  
Mas resuelta á sonarle por sí misma,  
Y la luz que la alumbra en tal abismo  
Á no ver á través del falso prisma  
Por el que ver se le haga el egoísmo  
Ó el interés de Ayzón, en quien recela  
Personal interés que algo pretende  
Y que su candidez aún no comprende,  
Mas que su amante instinto la revela,  
Dijo, entablando el diálogo y creyendo  
Que es ella quien á Ayzón una red tiende  
Cuando en la red de Ayzón se va prendiendo:



– «¿Decís que está la emperatriz cercana?  
 – Cuando sopla del Sur, tal vez el viento  
 Traer pueda hasta aquí de su convento  
 El son de la campana:  
 De estos montes tal vez desde la altura,  
 Del Rosellón al fin, muy á lo lejos,  
 Se puedan alcanzar por su llanura  
 De la cruz de su torre los reflejos.  
 – ¿Y decís que al convento se avvicina  
 El viejo emperador? – A tan buen paso,  
 Que estuviera ya en él sin el retraso  
 Que le ocasiona el tren con que camina.  
 – Y si yo, aprovechando ese secreto,  
 Por los emperadores intentara  
 Recibida allí ser... con noble objeto,  
 ¿Creéis que en el convento lo lograra?  
 – Sin duda: el buen emperador la adora;  
 Y si allí con Judith se reconcilia,  
 Quien ante ellos llegar logre en tal hora  
 Irá bajo la sombra protectora  
 Del ángel tutelar de la familia.  
 – Pues él despacio con sus huestes anda,  
 Y ella en la soledad más abordable  
 Ha de ser, llegó el día en que yo entable



De mi derecho ante ambos la demanda.  
 Pues se rompió el misterio de mi vida  
 Y se forzó la paz de mi retiro,  
 Sepa, cuando mi nombre al mundo pida,  
 Si fe me otorga ó si desdén le inspiro.  
 Dormir mañana en el convento quiero.  
 – Yo os apersonaré con la abadesa  
 De quien soy deudo. – Bien: mas ¿si prefiero  
 Conservar el incógnito, y primero  
 Que á Luis ver á su esposa me interesa?  
 – Como os plazca obraréis: y pues justicia  
 Sólo vais á buscar, y en vos no cabe  
 Política traición, ni vil codicia,  
 Ni intento ruin que vuestra causa grave,  
 Porque no se avizore la malicia  
 Claustral, ni nada vuestros pasos trabe,  
 Dificil no es que mi favor recabe  
 De la abadesa un traje de novicia  
 Y de una celda, si queréis, la llave.  
 – Despuntando la aurora partiremos,  
 Y los medios mejores  
 Para lograr mi fin combinaremos  
 Mientras que rumbo al monasterio hacemos.  
 Es tarde: adiós. No lo olvidéis, señores:



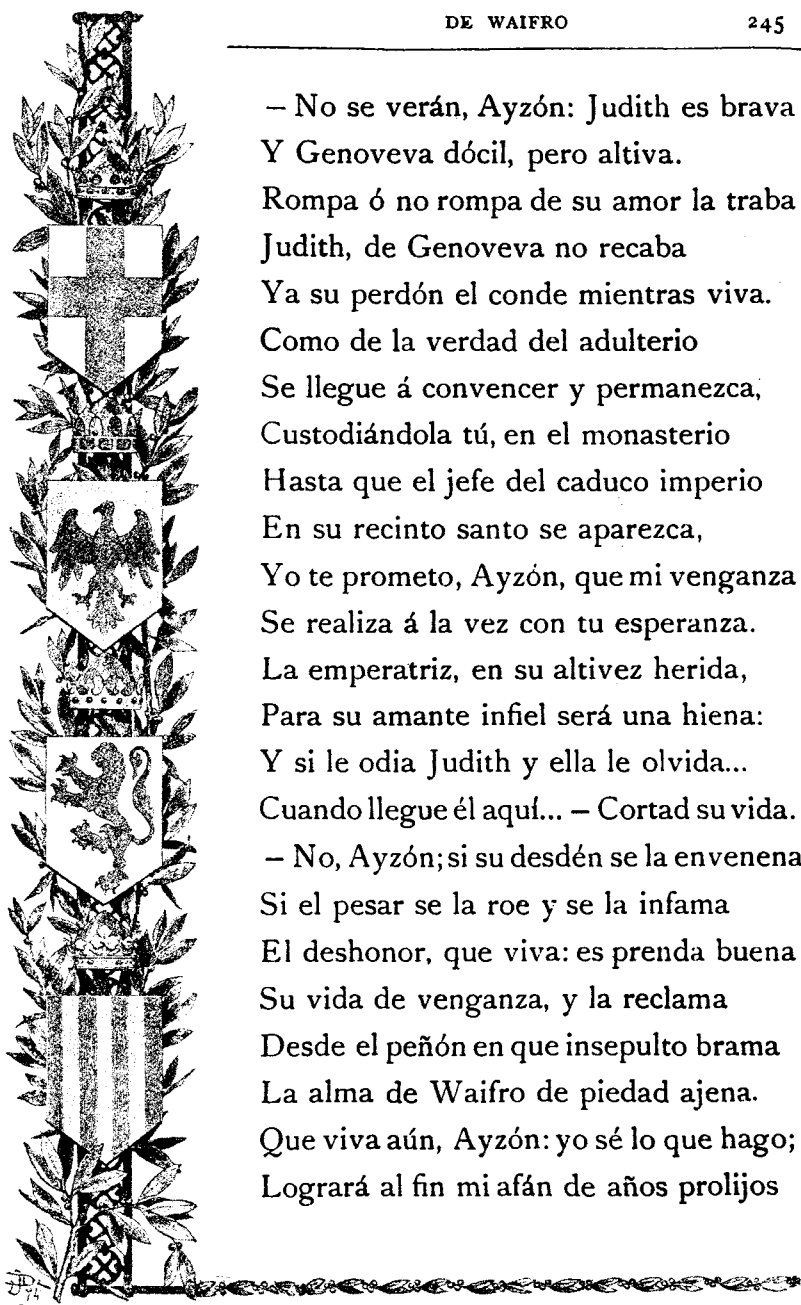
Del alba á los primeros resplandores  
Quiero que fuera del castillo estemos.»  
Dijo; y en pie poniéndose, marcóles  
De la plática el fin y despidióles.

## V


Mientras la dama, en su aposento á solas,  
Dentro de su alma embravecerse siente  
Del turbio mar de su pasión las olas  
En desatada tempestad creciente;  
Mientras su herido corazón agita  
El demonio implacable de los celos,  
Que al alma triste del celoso quita  
La luz de la razón, la fe en los cielos;  
Mientras la última epístola del conde  
Lée y relée con afán letra por letra,  
Y con celosa intuición penetra  
Que en ella el dolo y la traición se esconde;  
Mientras febril é insomne se prepara  
El caos á sondar de aquel misterio,  
Que apaga de su amor la antorcha clara  
En el aire letal de un adulterio;



Mientras las fibras de su ser estallan  
Á impulso de un dolor nuevo y extraño,  
Y en su ofendido corazón batallan  
Su inextinguible amor y el desengaño,  
Ayzón y el viejo, en cámara segura  
De la apartada torre en que éste mora,  
Las bases pactan de la trama oscura  
Que del amor de la que al conde adora  
Darán á Ayzón la posesión futura.  
Y su ambición se funda en la esperanza  
De que el amor vulgar, torpe y mezquino,  
Como tan sólo la ambición le alcanza,  
Suele como un villano á la venganza  
De su orgullo no más buscar camino.  
Por más que de su plan el edificio  
Sobre la ajena voluntad construyen,  
Flan del tiempo á su ambición propicio;  
Y al poder imperial fuera de quicio  
Viendo, sobre él el suyo constituyen,  
Y así su pacto y plática concluyen:  
— «Ella cuenta volver antes que el conde  
Y, de su amor ó su traición segura,  
Rendirse ó romper. — Mas ¿quién responde,  
Si la vuelve á ver él, de la ruptura?



– No se verán, Ayzón: Judith es brava  
 Y Genoveva dócil, pero altiva.  
 Rompa ó no rompa de su amor la traba  
 Judith, de Genoveva no recaba  
 Ya su perdón el conde mientras viva.  
 Como de la verdad del adulterio  
 Se llegue á convencer y permanezca,  
 Custodiándola tú, en el monasterio  
 Hasta que el jefe del caduco imperio  
 En su recinto santo se aparezca,  
 Yo te prometo, Ayzón, que mi venganza  
 Se realiza á la vez con tu esperanza.  
 La emperatriz, en su altivez herida,  
 Para su amante infiel será una hiena:  
 Y si le odia Judith y ella le olvida...  
 Cuando llegue él aquí... – Cortad su vida.  
 – No, Ayzón; si su desdén se la envenena,  
 Si el pesar se la roe y se la infama  
 El deshonor, que viva: es prenda buena  
 Su vida de venganza, y la reclama  
 Desde el peñón en que insepulto brama  
 La alma de Waifro de piedad ajena.  
 Que viva aún, Ayzón: yo sé lo que hago;  
 Logrará al fin mi afán de años prolijos



---

Que hierva entre los padres y los hijos  
Un volcán de rencor, de sangre un lago.  
Con vosotros saldré; mas al convento  
Sin llegar tornaré. Por el camino  
Tú, circunspecto, á su servicio atento,  
De ti ni una palabra ni un momento  
La hables...: yo cuidaré de tu destino.  
Sé cortés, sé galán, sé fiel con ella,  
Y fía, Ayzón, en mí más que en tu estrella.»

---



## CAPÍTULO VII

Á vista y casi á la sombra  
De las cumbres del Pirene  
Y de la costa en que viene  
Su espuma el golfo á cuajar,  
Levántase un monasterio  
Al cual halagüeño arrullo  
Dan con su doble murmullo  
La hojosa selva y el mar.

En este edificio, mezcla  
De gótico y bizantino,  
Del orden benedictino  
Mora una comunidad:  
Santas mujeres que elevan  
En él sus preces al cielo,  
Guardan á Dios bajo un velo  
Su fe y su virginidad.



Á través de la espesura  
Brotan de este asilo santo,  
De sus salterios el canto,  
De sus campanas el son,  
Que á llevar van, de las noches  
En el silencio profundo,  
Á las orgías del mundo  
La voz de la religión.

¿Quién sabe si el son perdido  
De sus vibrantes campanas  
En las tierras comarcanas  
Cien crímenes evitó?  
Tal vez del bosque á la vera  
Ó en un desierto camino,  
El brazo de un asesino  
Su son inmovilizó.

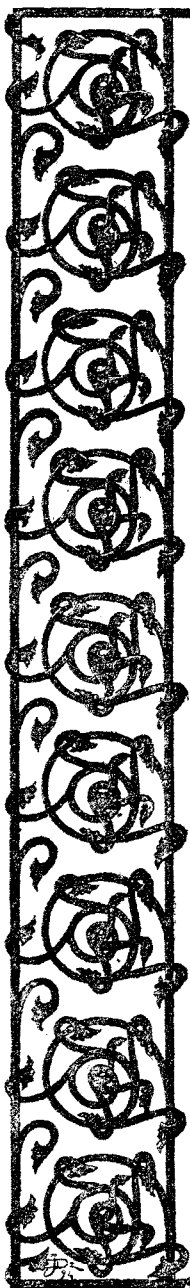
Tal vez un tenaz incrédulo  
Ó un impío agonizantes  
En sus últimos instantes  
Abrieron su corazón  
De la fe á la poesía  
Y á la luz de la creencia,  
Con que llamó á su conciencia  
La voz de la religión.

Al abrigo de los claustros  
De este aislado monasterio,  
Vino Judith el misterio  
Que apetecía á buscar:  
Y en él, como peregrina  
De largo viaje cansada,  
Judith aguarda hospedada  
Á quien á él no ve llegar.

No ignora ya que su esposo  
Busca anhelante su huella,  
Mas al conde anhela ella  
Antes que á su esposo ver;  
Y aunque le ha enviado un mensaje,  
Ni á su mensaje responde,  
Ni ve al monasterio al conde  
Ni al mensajero volver.

Dos días ha que la agita  
Mal encubierta zozobra,  
Y según razón la sobra,  
Tiempo faltándola va;  
Si el emperador llega antes  
Que el conde su consejero,  
Para el tiempo venidero  
¿Con qué aliado contará?





Ayo fué de su hijo Carlos:  
Sólo él por sus intereses  
Vió á través de los reveses  
Por que pasó su niñez:  
Y hoy, que su amor y su astucia  
Hallan de igualarle traza  
De Hermengarda con la raza,  
La falta el conde tal vez.

Ni su cariño de madre,  
Ni su destreza de esposa,  
La empresa audaz á que hoy osa  
Bastarán para lograr;  
El bando opuesto burlado  
Y el viejo esposo rendido  
Aún han menester partido  
En pro de su hijo allegar.


Ella, á quien dieron el solio  
Su belleza y su fortuna,  
Quiere de su hijo la cuna  
Del solio á sombra poner;  
Del lecho imperial la mancha,  
Si es que mancha hay en su lecho,  
La ambición dobla en el pecho  
De la madre y la mujer.



Sin derechos, soberana  
Proclamóla la nobleza  
Y acató de su belleza  
Los derechos al dosel:  
Hiedra por ella plantada  
Del trono al pie, á él se adhiere  
Y sus retoños no quiere  
Que arrancar intente de él.

Y al conde Bernardo espera:  
Puso en él su confianza  
Porque cifra la esperanza  
En él de su porvenir;  
Mas huye rápido el tiempo,  
Y según le siente que huye,  
Su esperanza disminuye  
De verle á tiempo acudir.


En vano á los ajimeces  
Se asoma de su aposento,  
Y recorre del convento  
Uno y otro mirador;  
En vano con ojo avaro  
Tenaz y atenta escudriña  
En derredor la campiña:  
Todo es calma en derredor.



Y ya ha tres días que acecha,  
Desde que el sol se levanta,  
Cuantas sendas puede planta  
De hombre ó de corcel pisar;  
Mas no ve por los caminos  
Silenciosos y desiertos,  
Á través del bosque abiertos,  
Viviente ser avanzar.

En vano con la abadesa  
Y con las monjas platica,  
Y demanda, y significa  
Su impaciencia y su inquietud;  
La comunidad la muestra  
La solicitud más viva;  
Pero ¿quién sabe en qué estriba  
La claustral solicitud?

De aquellas vírgenes cándidas  
La curiosidad despierta  
De la dama siempre alerta  
El mal escondido afán;  
Y buscando en sus secretos  
Para penetrar resquicios,  
Tal vez sus buenos oficios  
Á ofrecerla ansiosas van.





Judith, resuelta el incógnito  
Á guardar mientras del conde  
No tenga nuevas, esconde  
Su rango imperial tras él;  
Mas sola contra la atenta  
Curiosidad del convento,  
Se la hace á cada momento  
Más difícil su papel.

La cuarta noche... en que el viento  
Con todo lo inmoble en guerra  
Parecía de la tierra  
Que iba el convento á arrancar,  
De su celda allá en el fondo  
Creyó en la sombra vacía  
Oír de la portería  
El aldabón resonar.

Imposible era en tal noche  
Darse cuenta de los ruidos  
Que iban rugiendo perdidos  
En la voz del vendaval;  
Judith le oía en tumulto  
Remedar tras su ventana  
Cuantos puede lengua humana  
Definir con son oral.



Solamente entre los sueños  
De su excitada impaciencia,  
Percepción, mas no evidencia,  
Pudo de alguno tener:  
Y si oyó el de los portones  
Entre los ruidos del viento,  
Oyó del presentimiento,  
No del sentido, al poder.

Amaneció el nuevo día;  
Serenos, azul, despejado,  
Del temporal ya pasado  
No hay en el cielo señal;  
Por rosetones, ventanas,  
Troneras y miradores  
Tiende el sol sus resplandores  
Por la vivienda claustral.

En un extraño aposento  
En que un claustro remataba,  
Y que atributos mostraba  
De capilla y de panteón,  
Pues encajaba en sus losas  
Su piedra un nicho mortuorio,  
Tenía un reclinatorio  
Colocado en un rincón,



Y, lo sacro y lo mundano  
Barajando, un crucifijo  
Tenía en el muro fijo  
Junto á heráldico blasón:  
Judith un libro hojeaba  
De primorosa escritura,  
Sin poder en su lectura  
Fijar la imaginación.

De tal distracción sacóla  
El son que en el claustro mueve  
Un paso ligero y leve  
Que aproximándose va:  
Mas ver no puede la forma  
De aquel móvil ser viviente  
Tras del ángulo saliente  
Que remate al claustro da.

Continuaba aproximándose  
Quien por el claustro venía,  
Y conforme le sentía  
La distancia aminorar,  
Sentía Judith, brotando  
De su inquieto pensamiento,  
Un vago presentimiento  
Su corazón asaltar.





Dobló quien llegaba el ángulo,  
 Tornó Judith el semblante,  
 Y llegar de ella delante  
 Con muda sorpresa vió  
 Una novicia algo extraña,  
 Que costumbre no tenía  
 De llevar bien todavía  
 El hábito que tomó.

Un rizo de sus cabellos  
 Se escapaba de su toca:  
 La sonrisa de su boca  
 No expresaba santa paz:  
 Y la esbeltez de su talle  
 Que la humildad aún no encorva,  
 Y su mirada algo torva  
 Entre curiosa y audaz,

Á la emperatriz hicieron  
 Poner su espíritu alerta  
 Ante la intención incierta  
 De aquella extraña mujer,  
 Que permaneció en silencio  
 Contemplándola un instante,  
 Cual si admirar su semblante  
 Quisiera ó reconocer.



Al cabo de aquel examen  
 Profundo, mas no prolijo:  
 «Sois muy hermosa, la dijo;  
 Sí., como una emperatriz.  
 ¡Qué lástima que los cielos,  
 Al daros tal hermosura,  
 No os dieran igual ventura  
 Para que fuerais feliz!»

Judith fijó su mirada  
 En la franca y atrevida  
 De aquella desconocida;  
 Mas vió que del corazón  
 La habían salido las frases  
 Con que la había expresado  
 Á su beldad y á su estado  
 Compasiva admiración.

Crejó, pues, que aquella joven  
 Melancólica y sincera  
 Víctima arrastrada era  
 Sin vocación al altar;  
 Y que creyéndola víctima  
 Como ella, al verla tan bella,  
 Sentía verla con ella  
 Venirse en vida á enterrar.



Y sus ojos de hito en hito  
Clavados en el semblante  
De la virgen que delante  
De ella inmoble y muda está,  
La dijo: «Á mí no me arrastran  
Con vos á vuestra clausura:  
Yo espero aquí mi ventura;  
De fuera mi bien vendrá.»

La monja, con aire incrédulo,  
Sonriendo con tristeza  
É imprimiendo á su cabeza  
Negativa oscilación,  
Dijo: «Os engañan, señora;  
De fuera no vendrá nada  
Que á las dos una estocada  
No nos dé en el corazón.»

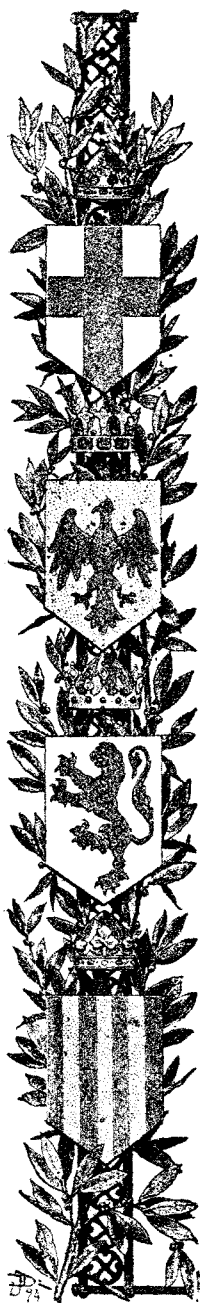
Alzóse Judith atónita,  
Recelosa y prevenida  
Contra esta desconocida  
Presagiadora de mal;  
Mas la novicia, que de ella  
Sus tristes ojos no quita,  
Trabó, con una infinita  
Dulzura, plática tal:

**CASTILLO DE WAIFRO**



**G. Doré dibujó**

**Y sus ojos de hito en hito...**




– «Emperatriz fugitiva,  
Mal querida y mal casada,  
Y como todas burlada  
Por la ambición y el amor,  
Oidme, y ojalá pongan  
Mis frases en nuestra mano  
Un remedio soberano  
De nuestro mutuo dolor.

¡Ojalá que la calumnia  
Sobre vuestro honor se cierna,  
Y á una desventura eterna  
Escaparemos las dos!

– ¡Me amedrentáis!.. ¿Quién os dijo  
Quién era yo?— ¿Quién, señora?  
¡El afán que me devora,  
El amor... los celos... Dios!

– ¡Dios... celos... amor! Doncella  
Singular, si no estáis loca,  
Temo ¡ay de mí! que en la boca  
Traéis por lengua un puñal!

– No, emperatriz, no le traigo  
Por lengua, sino en el alma  
Clavado. Oidme con calma,  
Que estoy en juicio cabal.»




Sentóse Judith, ansiosa  
De oír á aquel ser extraño:  
La novicia en un escaño  
Cerca de ella se sentó;  
Y el reclinatorio entre ambas  
Para acodarse teniendo,  
Así la monja diciendo  
Su relación empezó:

## II

— «En esos montes que por esa ojiva  
Veis, mi castillo señorial se asienta,  
Fábrica de los duques aquitanos:  
De su raza infeliz soy la postrera.  
Su exterminio ha sido obra de la raza  
De vuestro esposo: en el misterio envueltas,  
Mi madre y yo vivimos protegidas  
Por un cercado artificial de breñas.  
Mi nombre de familia está proscrito,  
Partida entre los príncipes mi herencia,  
Y el valle en que nací, con su castillo,  
Es el único asilo que me resta.



Mi madre, al expirar, me dejó escrita  
Una carta lacónica en que apela,  
Primero, á la hidalguía de los reyes;  
Después, de Dios á la equidad suprema.  
Esta carta, por ella dirigida  
Al sucesor de Carlos que hoy impera,  
Ser debe á vuestro esposo presentada  
En un caso no más, que es el que hoy llega.  
La invasión de los moros en España  
Y de la Europa indócil las revueltas,  
Rompiendo sus barreras de breñales,  
Asaltaron mi edén. Mi fortaleza  
Se alza en un punto inexpugnable; un conde  
Debió sus huestes alojar en ella,  
Reclamándome en nombre del imperio  
Para el emperador toda mi hacienda.  
Es el caso previsto por mi madre,  
Que á su escrito da fin de esta manera:  
*Si los reyes de estirpe carlovingia,  
Cebándose en los muertos como hienas,  
De la raza de Waifro no perdonan  
Ni á la inocente y última doncella:  
Si á la nieta de Waifro de su casa  
Como á una loba de sus montes echan,*




*Los reyes de la raza carlovingia,  
Por mí aplazados, ante Dios parezcan;  
Y puesto que los reyes carlovingios  
Caballeros no son, ¡malditos sean!*

Así acaba la carta de mi madre:  
Y yo vine en las manos á ponerla  
Del carlovingio emperador, que os busca,  
Porque el caso llegó previsto en ella.

— ¿Mas quién os puso de mi historia al cabo?  
¿Quién al convento os trae sobre mis huellas?

— Oid: la historia de mi madre acaba  
Aquí, y la mía desde aquí comienza.  
Un conde, aún joven, cortesano, diestro,  
Galán y seductor, llegó á las puertas  
De mi castillo un día: revelóme  
La situación política europea;  
Y en lugar de ocupar mis posesiones,  
Como traía la orden, á la fuerza,  
Me ofreció su favor en vuestra corte  
Y me contó una historia... suya y vuestra.

— ¡Suya y mía!, mirándola con ansia  
Dijo la emperatriz. — Sí, la doncella  
Respondió, de Judith en la faz pálida  
También clavando su mirada atenta:






Si él me mintió, vos lo veréis: oidme.  
Este conde gentil mi huésped era  
Mientras su rota gente reunía  
En el monte otra vez á sus banderas.  
Y trovaba á mis rejas por la noche,  
Me contaba románticas leyendas  
Por el día, cazaba en mis montañas  
Conmigo, cabalgaba por praderas  
Y selvas á mi lado, mis oídos  
Llenaba de palabras halagüeñas  
Y mi alma de esperanzas seductoras  
Y, en fin, mis esperanzas de promesas:  
Y eran de sus promesas y esperanzas  
Las palabras é imágenes poéticas,  
Gratas como el cantar de las alondras  
En un amanecer de primavera.  
De mis sueños de virgen parecióme  
Que era el bello ideal. Le amé con esa  
Pasión voraz de los que sólo tienen  
Una fe y un amor sobre la tierra.  
Él su palabra me empeñó de esposo  
Y en arras de su amor me dió una prenda,  
Que ha de ser ó mi cetro de Aquitania  
Ó en mi sepulcro de mi amor emblema.

— ¿Y cuál es esa prenda, doble símbolo  
De muerte ó de poder? — Una azucena.  
— ¡Tan efímera flor! — Es inmarchita:  
Es de oro. — ¡Es de oro! — Hela aquí: vedla.»


De entre los pliegues de su blanca túnica  
Sacó el lirio del conde Genoveva,  
Y ante los ojos de Judith poniéndole,  
Espió la impresión que hacía en ella.  
Palideció Judith: todo á sus ojos  
El pasado se abrió de su existencia:  
Era un abismo de iras y de celos,  
De recuerdos de amor y de vergüenza.  
Reconoció la flor, y su pasado  
Prestó del porvenir luz á la escena:  
Un torbellino de iras y venganzas  
Soplando de la cólera en la hoguera.  
El lirio con el dedo señalando,  
Como si señalara una culebra,  
Dijo, desencajándose sus ojos,  
En actitud y acento de pantera:  
— «¿Él os le dió por arras? — Sí. — ¿Bernardo?  
— Conde de Barcelona. — Se revienta  
Mi corazón. ¿Me sostendréis lo dicho  
Delante de él? — ¡Pues no! — Pues á que venga





Esperad. — No vendrá. — ¿No? — En mi castillo  
Debe esperarme ya. — ¿Él os espera?  
— Leed,» dijo, y la carta recibida  
Por Wifredo á Judith dió Genoveva.

Judith lo escrito devorando ansiosa  
Fué renglón por renglón, letra por letra;  
Genoveva á través de su semblante  
Leía en su alma con angustia inmensa.  
Era verdad: no estaba el lazo impuro  
Roto aún... la calumnia no lo era.  
Genoveva lo vió: pero en su alma  
Lo hundió con mujeril delicadeza.  
Genoveva era un ángel en el mundo  
Condenado á expiar culpas ajenas;  
La última de una raza en cuyos seres  
Fatalidad inevitable pesa.  
Era un ángel de amor... de sí olvidada  
Tendió á Judith la mano: sondó ésta,  
Levantando los ojos del escrito,  
De aquella alma sublime la grandeza;  
Y en llanto desgarrándose, la dijo:  
— «¡Ambas á dos de su traición la presa!  
— Ambas: pero mi herencia es la desdicha:  
Soy de Waifro infeliz la infeliz nieta.



¡Adiós! – ¿Partís? – Mañana: os dejo sola  
 Para que no os conturbe mi presencia.  
 - Tenéis un alma de ángel. – ¡Ay! Por eso  
 No hay lugar para mí sobre la tierra.»

### III

Mientras las almas de las dos á solas  
 Devoran en los lóbregos rincones  
 De dos obscuras celdas del convento  
 La tristeza mortal que se las roe:  
 Mientras que Genoveva del abismo  
 Del secreto imperial se asoma al borde,  
 Y en su obscura vorágine contempla  
 Hundirse el porvenir de sus amores:  
 Mientras Judith, rumiando su venganza,  
 Con su ambición á calcular se pone  
 Cómo anudar del porvenir la trama  
 Que la perfidia de Bernardo rompe;  
 El viejo del castillo solitario  
 De Waifro ve desde las altas torres  
 Como un punto perdido en la llanura  
 Aproximarse del castillo al conde.




Aún puede apenas divisar la forma  
De su lejano bulto vago y móvil,  
Aún sus ojos de lince no le alcanzan,  
Mas su odio de chacal le reconoce.


«¡Él es!» consigo mismo hablando dijo,  
Y torvo y silencioso, mas como hombre  
Que llega ya al objeto á cuyo logro  
Ha enderezado diestro sus acciones,  
Bajó del torreón: cruzó los patios,  
Y tomando consigo á los dos jóvenes  
Y cuatro ballesteros, salió al campo,  
Bajó la cuesta, se internó en el bosque  
Y al fin de la alameda, en el lindero  
Roto que acota el matorral, paróse,  
Apostando los suyos donde á vista  
Puedan ser, sin oír, espectadores.


Ya entre pardos celajes nebulosos  
El sol casi tocaba al horizonte,  
Y despuntaba la creciente luna  
Desgarrando las masas de vapores.  
Tras breve espacio de esperar, cercano  
Se sintió, acompasado y uniforme,  
El paso del caballo, que avanzaba  
Por el sendero entre el breñal del monte.






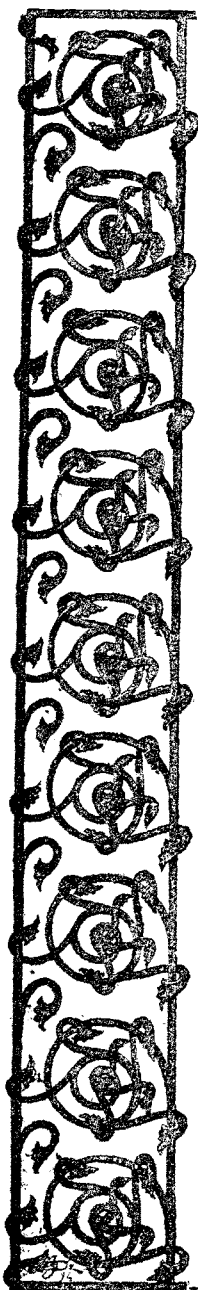
El viejo, á paso lento por la senda,  
Al encuentro saliéndole, metióse;  
Y al revolver el robledal, Bernardo  
Dió con él, paró en firme y saludóle.  
Á boca del sendero, la espesura  
De la maleza al concluir, vió el conde  
Apostadas la escolta y los mancebos  
Y extrañó semejantes precauciones.  
Ni de su faz ni su mirada empero  
La más leve emoción manifestóse,  
Que pudiera acusar que le asaltaran  
Sobre tal actitud duda ó temores:  
Y con serena faz, sonrisa afable  
Y tono familiar interpelóle  
Al viejo el caballero de este modo,  
Con cuya frase diálogo entablóse:  
— «Parece que rondáis. — Es deber mío,  
Á su mansión feudal mientras no torne  
Su señora. — ¿Está ausente? — Ha pocos días.  
— ¿Y fué..? — Al convento en que su afán esconde  
La emperatriz, que á Ludovico espera;  
De quien fía tal vez y á quien expone  
Sus derechos, su historia y su demanda,  
Porque por ella ante el monarca abogue.»





Sintió el frío de un miedo repentino  
Paralizar su corazón el conde  
A tal revelación, sintiendo á tierra  
Su fortuna venir de un solo golpe;  
Mas dominóse aún, con ese esfuerzo  
Desesperado que resulta enorme  
De quien, náufrago, nada, y dijo al viejo:  
«¿Y me podréis decir con qué intenciones  
Vos, que sólo tenéis de aconsejarla  
El derecho, la hicisteis que se arroje  
En manos del monarca ante quien ambos  
Convinimos en ir fuertes y acordes?»  
Dió un paso el viejo hacia el barón, clavando  
Los ojos en su faz, y enderezóle  
Esta pregunta, con la cual entre ambos  
Rápido el roto diálogo anudóse:  
— «¿Luego sabéis quién soy? — Sin duda alguna.  
— ¿Luego no hay ya secretos entre el conde  
Bernardo y Genoveva? — No: sois nieto  
Del bastardo de Hunaldo: esos dos jóvenes  
Pajes de Genoveva, vuestros hijos:  
Mas no pueden tener aspiraciones  
A suceder á Genoveva; Hunaldo  
Os dió su sangre y os negó su nombre.





Os dejó á los legítimos sujetos  
Y en dependencia suya os reconoce  
No más: podéis ser ricos, pero nunca  
De su raza ducal los sucesores.  
Es condición por vuestro abuelo impuesta.  
— ¡Y nadie apela de ella ni la rompe!  
— Lo sé.— Somos bastardos, pero á veces  
Valemos más nosotros que los nobles  
De legitimidad. Los de la nuestra,  
Siempre reconociéndose inferiores  
A los de la legítima, les fueron  
Leales como perros; y á sus órdenes,  
Sin hombrearse con ellos, expiraron  
Peleando á sus pies como leones.  
Somos la hiedra que se adhiere al árbol;  
Debajo el árbol cuando cae nos coge.  
De su tronco no más queda una rama:  
Y pues sabéis quien soy, mis intenciones  
No me debéis de preguntar: ved cómo  
Se portaron mis dos antecesores.  
Mi abuelo, el ilegítimo de Hunaldo,  
Murió con él. Oid el cómo, el dónde,  
El por qué y el por quién: es una historia  
Que aclara nuestras mutuas relaciones.



En su dolor misántropo, un gran círculo  
Impenetrable de árboles enormes  
Y matorral salvaje ideó Waifro  
Su fortaleza para aislar del orbe.  
La escasa población de estas comarcas,  
De las que la ahuyentaron las feroces  
Guerras de nuestra edad, favorecían  
Tan excéntrico plan: enebros, bojés,  
Tejos, nopales, madreselva, hiedras  
Y enredaderas, libres de las hoces  
Y de las hachas, rápidos tejieron  
Por entre las encinas y los robles  
Esta ancha red de nudos infinitos,  
De flexibles y múltiples cordones,  
De varas espinosas y junqueras  
Que, ganando la tierra á pasos dobles,  
De nopal en nopal, de seto en seto  
Tendieron sus tupidos pabellones;  
Y de la tierra circundada en torno  
Su gigantesco círculo cerróse.  
Los soberanos francos desdeñaron,  
Una vez de Aquitania posesores,  
Al vencido león que acorralado  
Venía á sepultarse en estos montes:




Y sobre él y su raza fulminando  
Las más anticristianas maldiciones,  
Se partieron sus tierras, proscibieron  
Su nombre y le olvidaron... y el ignoble  
Vulgo acabó la obra de los reyes  
Con su superstición. Las tradiciones  
Sangrientas, las diabólicas leyendas  
De que el castillo repobló, sus torres  
(Que ven, mas cuya senda nunca hallaron  
Peregrinos, juglares ni pastores)  
Hicieron un objeto de pavora  
Para las espantadas poblaciones  
De los llanos, que créen al divisarlas  
De Dios malditas sus desiertas moles,  
Treinta años de aislamiento son la vida  
De una generación; de labradores  
Hubo aquí cien familias, de las cuales  
Cortasteis vos los primitivos goces.  
La historia es muy sencilla; se comprende  
Y se explica muy bien; mas desde entonces  
El tiempo y la política son otros:  
Los reyes necesitan nuestros montes,  
Vallas para oponer de buena altura  
De África á los caballos saltadores.




Tener necesitáis nuestro castillo  
Vos para apoyar bien las pretensiones  
A vuestra independencia soberana;  
Y fiado en delirios anteriores  
Volvéis aquí, y os tropezáis conmigo,  
De quien aún ignoráis las intenciones...  
Y las vais á alcanzar por el relato  
De lo hecho por mis dos antecesores.  
Mi abuelo, el ilegítimo de Hunaldo,  
Murió leal con Waifro en estos montes,  
Mas fuera de la cerca con que aislada  
Su fortaleza aquél puso del orbe,  
Subterráneos... tal vez hoy conocidos  
De muchos, pero de él no más entonces,  
Conducíanle á veces á los llanos.  
En una de sus locas excursiones  
De una casa ducal reconociéndole  
Le fueron á espiar los servidores.  
Estudiaron sus huellas, revelaron  
Al duque su existencia, y... sus blasones  
Empañó aquella casa previniéndole  
Una emboscada infame en que traidores  
A Waifro y á mi abuelo asesinaron,  
Cayendo sobre tres, diez y seis hombres.




Uno escapó: cerrado el subterráneo  
 É ignorando el lugar y los resortes  
 Que le franqueaban, se expatrió; mas pudo  
 Su secreto al morir fiar á un monje.  
 De él le supo mi madre: ella expirando  
 Revelómelo á mí. De mis mayores  
 Así murió el primero; sé á quién debo  
 Su muerte y volveré golpe por golpe.  
 Mi padre en una aciaga retirada  
 Dió su caballo á Lupo, y apostóse  
 Con otros diez á defender un paso  
 Estrecho entre dos peñas: á los golpes  
 De los francos tardaron diez minutos  
 En caer: mas bastó: Lupo salvóse.  
 Mi padre y otros siete fueron pasto  
 De los buitres, colgados en los robles.  
 ¡Es un sino fatal! La raza misma  
 Cuyos hijos de Waifro matadores  
 Fueron, dió los verdugos de mi padre  
 También: es de venganza cuenta enorme.  
 Lupo y yo en Roncesvalles les vengamos:  
 Mas con mi cuenta aún no estoy conforme.  
 Lupo, al ir á una muerte desastrosa,  
 Aquí con su hija y su mujer dejóme:




Ésta expiró, á su hija encomendándome  
De años pocos de edad; aún no eran once.  
Tal mi derecho es: velar por ella  
Mi obligación, mis solas intenciones.  
– Velar por ella hasta que tal derecho  
Tenga no más de Barcelona el conde.  
– No le tendrá jamás: son imposibles,  
Irrealizables son vuestros amores.  
– ¿Qué es lo que hace ese amor tan imposible?  
¿Está en ella ó en mí lo que á él se opone?  
– No hace el nido el milano á las palomas,  
Ni duermen con la corza los leones.  
– Los proverbios son reglas de los tontos;  
No hay uno que no mienta ó se equivoque;  
Y los que son verdad, lo son tan sandia  
Como más pesa un buey que cien gorriones.  
No andéis, pues, con rodeos ni figuras:  
Refranes excusad, dadme razones.  
– Son la verdad y la razón amargas.  
– Pero sólo los necios las desoyen.  
– Con las armas de Waifro cuartelarse  
No pueden de Tolosa los blasones.  
– ¿Por qué? – Porque no hay paño que les sufra  
Juntos, ni mano que á la par les borde.





– ¿Por qué? – Porque su unión evocaría  
Del insepulto Waifro el alma insomne.  
– ¿Por qué? – Porque de Hunaldo, Waifro y Lupo  
Entre su nieta y vos la sangre corre.  
– ¿Por qué? – Porque verdugos de los nuestros  
Son vuestros padres. – No, los vencedores;  
Mas de los hijos el amor un odio  
Puede extinguir de diez generaciones.  
– El favorito de la esposa adúltera  
Del viejo emperador dar con su nombre  
A la nieta de Waifro sólo puede...  
Lo que no es cuerdo que deciros ose;  
Pero lo que Judith y Genoveva  
Se deben ya haber dicho... y esta noche  
Contad con que las dos piden al cielo  
Que os caigan de las dos las maldiciones.  
Y os caerán: desde hoy más, de una ni de otra  
Nada puede esperar vuestro amor doble:  
Como las puertas yo de su castillo,  
Os cerraron las dos sus corazones...»  
Absorto, estupefacto, anonadado  
Ante tales palabras, quedó el conde  
Como quien siente al estallar un trueno  
Que un rayo el árbol que le ampara rompe.




CASTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujó


Contad con que las dos piden al cielo...



El viejo, de su asombro aprovechándose,  
Se hundió en el matorral con sus seis hombres,  
Mientras... millones de fanales de oro  
En la bóveda azul cuelga la noche.

## IV

Volvió en sí el caballero cual de un sueño,  
Y en torno suyo al revolver los ojos,  
Su situación sondando con espanto,  
De la tierra en el haz se juzgó solo.  
Mas no es hombre á quien frases amilanen,  
Cuyo paso se ataje con un soplo,  
Ni cuya voluntad ceda cobarde  
A inesperado obstáculo. Furioso,  
Mas su furor en calma devorando,  
Cual si no hubiera con el viejo torvo  
Tropezado, al caballo en la alameda  
Hizo resuelto entrar saltando el coto.  
Seguro de que al viejo anunciaría  
Su decisión de atropellar por todo,  
Seña haciendo al castillo, de su trompa  
Lanzó al aire el sonido vigoroso.





Aún se oía, rasgando el aire trémulo,  
 Vibrar por él huyendo su eco ronco,  
 Cuando obediente á su imperiosa seña  
 Tendió el puente el castillo sobre el foso.  
 Espoleó á su corcel, que alzó al galope  
 Y al castillo avanzó; mas con asombro  
 Vió de él salir en pelotón confuso  
 Tropel de gente, que entre ruido y polvo  
 Comenzó á descender por la calzada  
 Abierta á pico en el peñasco bronco,  
 Como el cordón que forman las hormigas  
 Atravesando un páramo arenoso.  
 A la luz de la luna, que en el cielo  
 Lucía sola ya, paróse absorto  
 Aquella gente á ver, que hacia él bajaba  
 Cual procesión fantástica de *gnomos*.  
 Veía sus figuras movedizas  
 Dibujarse del lago silencioso  
 A través de la linfa transparente,  
 Cual si brotaran dobles de su fondo;  
 Y según les veía aproximarse  
 De él, menos comprendía el misterioso  
 Movimiento de gente, y le embargaba  
 El corazón el miedo de lo ignoto.



Bajaron del peñasco, y á su encuentro.  
Correr vió adelantándose á los otros,  
Sin poder comprender si á él se acercaban  
Amigos ó enemigos, unos pocos.  
Enristró su lanzón, en los estribos  
Aseguróse, y recogiendo al potro  
Las riendas, preparóse para el choque  
Que juzgó inevitable y perentorio.  
Mas asombrado vió que ante él parándose,  
En ademán sumiso y respetuoso  
Dijo el más avanzado: «Señor conde,  
Nada temáis, que de los vuestros somos.»  
El conde miró atento aquellos hombres,  
De quienes conoció trajes y rostros,  
Y al demandar explicación más clara  
De su presencia incomprensible, un mozo  
Almogávar, por bravo y por astuto  
Entre las gentes de su grey famoso,  
Entrególe un escrito, en cuyas letras  
Le dan sin duda explicación de todo.  
A la luz de la luna, como pudo  
Mejor, desencajándose los ojos,  
Fué con tanta avidéz como trabajo  
Leyendo lo que dice de este modo:



*Habéis metido en el castillo espías*  
*En lugar de soldados, y en sus fosos*  
*Los que podían de él daros detalles*  
*Muertos fueron cayendo uno tras otro.*  
*Uno de ellos audaz, por orden vuestra,*  
*A Laimo asesinó en el calabozo*  
*Donde yo le encerré, con una jara*  
*Envenenada que de su arco moro*  
*Le envié por una estrecha claraboya;*  
*Yo le ahorqué de una almena; Ayzón el godo*  
*Me envió su gente; desarmé la vuestra,*  
*Y nada hay ya común entre nosotros.*  
*El castillo de Waifro es solamente*  
*De la raza de Waifro patrimonio:*  
*Y flotará en sus torres y baluartes*  
*El estandarte de Aquitania solo.*  
 Al pie de estos renglones se leía  
 En caracteres claros cuanto toscos:  
*El Bastardo de Waifro, como firma,*  
 Y por fecha: *Ochocientos treinta y ocho.*  
 Quedó el conde un instante anonadado;  
 Mas en la silla irguiéndose de pronto,  
 Dijo á los suyos: «¡Vámonos, que un día  
 Traeré yo á este castillo un terremoto!»



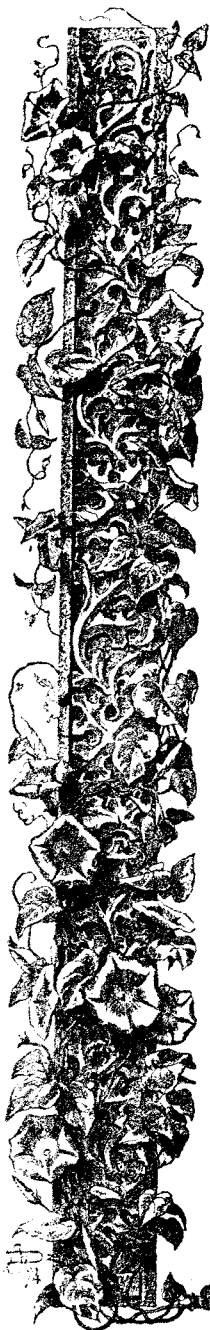
## V

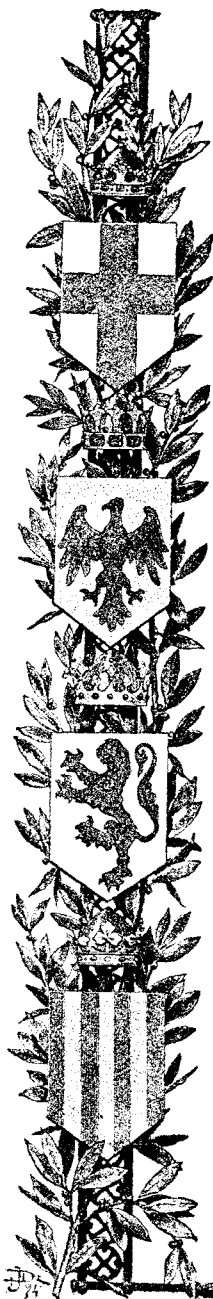
Era una noche límpida, esplendente:  
La luna en el cenit resplandecía  
Con esa luz tranquila y transparente  
Que avergüenza á la luz del sol del día.  
Era una de esas noches en que, llena  
De religiosa paz y poesía,  
Ciñe el globo la atmósfera serena,  
Cual pabellón azul por Dios tendido  
Sobre el orbe á sus pies mudo y dormido.  
Y de esta noche azul en alta hora,  
De su silencio y calma en el misterio,  
Duerme Judith y Genoveva llora  
En aquel bizantino monasterio  
Do el gozo al par de la tristeza mora,  
Y que lo que hay de más feliz encierra  
Y de más infeliz sobre la tierra.

Judith, astuta, audaz, calculadora,  
Ha recibido á Luis, su anciano esposo,  
Como esposa ofendida que le adora,  
Que no tiene sin él paz ni reposo,

Y que en su solo amor cifra su vida,  
Y que todo recuerdo doloroso  
Perdona por su amor, borra y olvida.

Luis, viejo, enamorado, sacudido  
El yugo de ignominia á que hace poco  
Que la postrada rebelión le ha uncido,  
Vuelve ansioso de amor y de amor loco,  
De la pasión en alas que le ciega,  
A buscar en los brazos de su esposa  
Lo que la humana ingratitud le niega,  
Lo que del mundo en la extensión no halla:  
Un minuto de paz, sólo un segundo  
Que el mundo no le dió porque fué el mundo  
Desesperado campo de batalla  
Do luchó sin cesar desde la cuna  
Con el vaivén de su falaz fortuna.  
Judith, vendida y de venganza ansiosa  
Y de un triunfo final con esperanza,  
En el extremo amor que á Luis acosa  
Cifra su porvenir y su venganza.  
Luis, bondadoso y crédulo, vencido  
Por la sagaz emperatriz, ha dado  
De su esposa las culpas al olvido  
Desde que sus disculpas ha escuchado:






Y en ellas con pesar de haber creído,  
 Está pronto á otorgar cuanto le pida,  
 Aunque otra vez arriesgue trono y vida  
 Con ella por vivir como marido.

Aquella tarde á Luis en el convento,  
 Con pompa soberana,  
 Dió la comunidad alojamiento,  
 Y su viaje seguir debe mañana.  
 Judith le ha recibido en su aposento  
 Con humos de ofendida y de sultana:  
 Y él, de su voz ante el primer acento,  
 Ha postrado á sus pies su frente cana.  
 Al descubrir su huésped quien era,  
 La mujeril comunidad confía  
 En que va á dar al mundo la alegría,  
 La paz y la fortuna venidera  
 La reconciliación inesperada  
 De la imperial pareja, en aquel día  
 Y en su santa mansión verificada.

Mas, ¡oh monjil sinceridad, que ignora  
 Que no hay dicha sin duelo en este mundo,  
 Que no hay en nuestros días una hora,  
 Que no hay en nuestras horas un segundo  
 En que no sea el bien en mal fecundo,



Ni la dicha de pena engendradora!  
¡Oh mujeril insensatez, que olvida  
Que quien ríe donde hay, siempre hay quien llora  
En el gran carnaval de nuestra vida!  
Genoveva y Ayzón han presenciado  
Del engañado emperador la entrada  
En el patio, á través del enrejado  
Cada cual de su celda retirada.  
El riesgo extremo que su vida corre  
Si los sagaces ojos de un espía  
Alcanzan en la reja de una torre  
A ver al que á Judith acusó un día,  
Sabía bien Ayzón; pero vencido  
Por su ambición voraz y la belleza  
Sin par de Genoveva, da al olvido  
Que arriesga al asomarla su cabeza.  
Ayzón, desde su gótica ventana,  
Ve la reja frontera, á que se asoma  
A ver entrar á Luis la castellana  
Cuando en el claustro alojamiento toma.  
Genoveva de extraños pensamientos  
Siente un balumbo descarriar su mente,  
Y latir con extraños movimientos  
Su corazón desnivelado siente.



Fantástico pavor, presentimientos  
Fatídicos sin causa, desvaríos  
Inexplicables la distraen, la acosan,  
Del corazón los naturales bríos  
La quitan; y se cambian poco á poco  
Sus recuerdos, sus gustos, sus instintos  
Que en giro nuevo é incesante y loco  
A su amoroso espíritu tormento  
Dan, y hierven en su alma, y no reposan...  
Cual las miriadas de átomos que el viento  
De una tormenta precursor levanta,  
Que flotan siempre y que jamás se posan  
En árbol, piedra, flor, césped ni planta,  
Arrastrados sin rumbo y sin camino  
En los giros sin fin del torbellino.

A través de este vértigo creciente  
Y en poder de este afán desconocido  
Que, por su corazón jamás sentido,  
La lucidez anubla de su mente,  
Del viejo emperador vió la llegada  
Genoveva, impasible y silenciosa,  
De su celda á las rejas asomada,  
Como de aquel marasmo que la acosa  
Por el frío febril paralizada.



Y era en aquella hora en que esplendente  
La luna en el cenit resplandecía  
Con esa luz tranquila y transparente  
Que rebosa misterio y poesía.  
Todo en sueño profundo é inocente  
En el convento al parecer yacía:  
Ni un pájaro nocturno suspiraba,  
Ni una brisa en los claustros murmuraba.

En uno de los cuatro que rodean  
Un gran patio corintio-bizantino,  
Cuyas columnas cuádruples platean  
Con resplandor sereno y argentino  
Los rayos de la luna, y do campean  
Arboles enramados, del vecino  
Aposento imperial á la desierta  
Galería interior se abre la puerta.

Por ella, solo, apareció á deshora  
El viejo emperador, que en su aposento  
Dormida deja á la que tanto adora.  
Embriagado de amor, libre y contento,  
El placer infinito que atesora  
En ella sale á derramar al viento  
Y á echar en él el hálito sobrante  
En que se ahoga el corazón amante.

Un viejo con amor se vuelve niño,  
Y su amor infantil le espanta el sueño,  
Y hace gala infantil de su cariño,  
Y no tiene otro afán ni más empeño  
Que ostentar sin disfraz, velo ni aliño,  
El exaltado amor de su alma dueño;  
Y le cuenta su amor á cuanto encierra  
En su ámbito vital la madre tierra.

Y de este amor de viejo en la expansiva  
Necesidad, el Pío Ludovico  
Sale aire á dar á la erupción activa  
Del volcán de su amor en fuego rico;  
Y adelantando por los claustros iba,  
Cuando de luz en el rasgado pico  
Que en las baldosas traza como alfombra  
Rota la luna, vió algo que le asombra

Blanco bulto sin voz ni movimiento,  
Del cual no puede aún ver el contorno,  
Divisa en el marmóreo pavimento  
En un cerco de luz que le orla en torno.  
Llegando á él Ludovico á paso lento,  
Vió que era una mujer; mas en su adorno  
Y su traje no ve de hábito prenda  
Por que su estado monacal comprenda.





Contra el mármol la faz, hacia adelante  
Por instinto la diestra al caer tendida,  
La mata de cabellos abundante  
Por la espalda y los hombros esparcida,  
Luis de aquella mujer no ve el semblante,  
Ni en su inmovilidad señal de vida;  
Mas el perfume que su cuerpo exhala  
Por hembra principal se la señala.

Asióla Luis en brazos, levantóla,  
Y en el pretil de arbustos sombreado,  
En el muro apoyándola, sentóla;  
Del tacto á la impresión, como crispado  
Su cuerpo casto, enderezóse sola;  
Y al hombre que su cuerpo había tocado,  
Trémula y mal cobrados los sentidos,  
Rechazó con los brazos extendidos.

Miró al emperador por un momento  
Con muda indecisión y vista vaga;  
En tanto que él la contemplaba atento  
Aguardando lo que hable ó lo que haga.  
En lid con su perdido pensamiento  
Ella afanosa al parecer indaga  
Por lo que en torno ve lo sucedido,  
Pues su idea perdió con el sentido.

**CASTILLO DE WAIFRO**



G. Doré dibujó

**Contra el mármol la faz...**



De repente la luz á su mirada  
Y el color á su faz tornaron vivos,  
Y á su forma, poco ha de acción privada,  
Su voluntad de impulsos decisivos;  
Y á Luis aproximándose encarada,  
Con gesto, frase y voz conminativos  
Dijo, como quien vuelve de su mente  
A entrar en posesión completamente:

«Oye: te iba á buscar y me he extraviado,  
Te iba á hablar y las frases he perdido.  
Venciste al fin por el poder del hado;  
Mi corona á tus pies se me ha caído.  
A mi raza la tuya ha exterminado,  
Mas mi madre al morir te ha maldecido.  
Toma... yo moriré cuando eso leas:  
Mas te emplazo ante Dios... ¡Maldito seas!»


Tendió al absorto Luis un pergamino,  
Y la espalda volviéndole, con paso  
Medurado é igual tomó el camino  
Del interior del monasterio. Escaso  
De luz el hondo tránsito vecino,  
Por él, medroso Luis, la miró acaso  
A paso lento cual visión hundirse  
Y en la vacía lobreguez sumirse.



Repentino pavor, supersticiosa  
Duda asáltaron su ánimo apocado  
Por la fortuna adversa que le acosa  
En su postrera edad; amedrentado  
En su gozo infantil por la que no osa  
Creer visión ni mujer, amilanado  
É inmóvil, le conturba y da tormento  
Su extraña maldición y emplazamiento.

Su pergamino entre los dedos siente  
Y sus frases fatídicas le suenan  
En el oído, y de pavor creciente  
El angustiado corazón le llenan.  
De la luna á la luz insuficiente  
Sus ojos, que de lágrimas se llenan,  
Contemplan con asombro progresivo  
El escrito fatal conminativo.

Hubo un instante en que á su honor atento  
Quiso de la mujer seguir el paso;  
Mas clavados los pies al pavimento  
Sintió y al corazón de brío escaso.  
Presuroso otra vez á su aposento  
Se acogió al fin; y perturbado acaso  
De su miedo febril por el impulso,  
La llave con afán buscó convulso.





Entró, y tras sí con rapidez la puerta  
Cerrando, de la lámpara que ardía  
Dentro de un nicho con la luz incierta  
Comenzó á descifrar lo que decía  
El escrito; Judith, que estaba alerta,  
Al notar el afán con que leía,  
Dejó el lecho, y de Luis por sobre el hombro  
Investigó la causa de su asombro.

Los ojos al fijar en su lectura,  
Del escrito el origen comprendiendo,  
Con materna y solícita dulzura  
El pergamino á Luis quitó diciendo:  
-«¿Quién os dió eso?—Un fantasma.—¡Qué locura!  
Yo sé quién es y su intención comprendo:  
Volved, señor, al lecho: el frío os pasma:  
Venid, yo os libraré de esa fantasma.»

---


Mientras Judith narraba y Luis oía,  
É interpolando frases de cariño  
Ella en su narración, desvanecía  
De él en el alma su temor de niño,  
De claustro en claustro la visión seguía  
Marchando en las tinieblas, del convento





Sin que la paz turbara ni el reposo  
De sus desnudos pies el paso lento  
Ni el son de su ropaje vaporoso.


De un caracol al fuste asegurado  
Con ambas manos, el oído atento  
Tendía Ayzón al paso mesurado  
De la mujer á quien sin duda espía  
Y cuyas huellas resonar sentía  
En la espiral del caracol combado;  
Y al asomar por el angosto trecho  
Que franquea su lóbrega abertura  
Y donde vela Ayzón puesto en acecho,  
Casi se hallaron en la sombra oscura  
El fantasma y Ayzón pecho con pecho.  
De la presencia de él apercibida  
La mujer, deteniéndose un instante  
Del caracol obscuro á la salida,  
Dijo:—«¿Quién va?—Yo: Ayzón.—Pues id delante,  
Y disponed al punto la partida.  
—Vamos cuando gustéis. —¿Todo está listo?  
—Aguardan en su puesto  
La gente y los caballos. ¿Habéis visto  
Vos al emperador?—Sí; pero pronto  
Partamos: voy á hacerme con un traje



Mejor. — Y yo á aguardaros á la puerta  
Del jardín. — Esperad á que yo baje  
Al pie del caracol: mi planta incierta  
No sabré yo guiar; no sé qué siento.  
Yo creo que he perdido  
En esos claustros... — ¿Qué? — Mi pensamiento  
Que estaba á mi cerebro mal prendido.»  
Dijo; y siguió la dama á su aposento,  
Permaneciendõ Ayzón por un momento  
Sin comprender lo que decir la ha oído.


## VI

Luz daba ya á los mundos el sol del Mediodía;  
La escolta y servidumbre del viejo emperador,  
A la partida prontas, á él solo le esperaban  
Del monasterio aislado delante del portón.  
Judith, que de la dama que por fantasma tuvo,  
Sencilla y verosímil la historia le contó,  
No había ya dejado de Luis en el espíritu  
Más que el recuerdo vago de su febril temor.  
Benevolente, débil, humano y enemigo  
De hacer ahogados odios volver á combustión,



Con la proscrita raza del indomable Waifro  
En vez de entrar en lucha, por transigir optó.  
Traer á su presencia mandó á la noble dama  
A quien juzgó de noche fantástica visión;  
Pero la dama, en sueño quimérico tornándose,  
Con la nocturna niebla tal vez se disipó.  
En vano del convento solícitas las monjas  
A escudriñar corrieron hasta el postrer rincón:  
La dama misteriosa con su encubierto paje  
Desparecido habían cual sombras ante el sol.  
Judith, en la presencia de Luis, á la abadesa  
Con mil capciosos giros sagaz interrogó:  
La monja solamente que se llamaban supo,  
La dama, Genoveva, y el caballero, Ayzón.

Al escuchar el nombre del insurrecto godo,  
De la imperial deshonra funesto causador,  
Palideció la esposa, y el soberano crédulo  
Más pábulo á su miedo supersticioso dió.  
Judith, de la heredera de Waifro con el godo  
Al descubrir ya tarde la inconcebible unión,  
Cambió las simpatías que concibió por ella  
En repentino germen de miedo y de rencor.  
Luis, débil por las penas de sus postreros días  
Y presa de su extrema febril superstición,



Volvió á temblar, volviendo de su visión del claustro  
Las frases y los pasos á percibir en pos.

Judith, cuya conciencia y astuta perspicacia  
Comprende que no sombras, sino enemigos son,  
Ordena que las huellas les sigan corredores  
Y atados á sus plantas les traigan á los dos.

Luis, ya por sus pesares en el cerebro herido,  
Prensado por las garras del miedo el corazón,  
Ordena la partida, ganoso ya de hallarse,  
De los rebeldes lejos, á solas con su amor.

Partieron los monarcas; partieron cien jinetes  
Por diferentes sendas á perseguir á Ayzón;  
Quedando el monasterio con la infamante nota  
De proteger los planes del godo infamador.

Mas él del riesgo lejos, va ya con Genoveva;  
Sombria, silenciosa, sin propia voluntad,  
Que va tras él parece, y el godo se la lleva  
Como quien siente huyendo tras sí la tempestad.

Según el bosque cruzan, cogiendo van al paso  
La gente escalonada por el astuto Ayzón,  
Y cuando, al sol saliente, de la espesura al raso  
Desembocaron, era su escolta una legión.

De Luis los corredores á verles alcanzaron,  
Pero su priesa viendo y el número en que van,

Al ver que las montañas ganaban, se tornaron,  
Sabiendo bien que de ellas en posesión están.  
Cuando marcó en los cielos el sol el mediodía,  
Pasados llano y riesgo del Pirineo al pie,  
Ayzón de Genoveva notó la faz sombría,  
Sin comprender en ella lo que de extraño ve.  
La boca contraída, la vista encapotada,  
Sumida en absoluto silencio pertinaz,  
Por una idea fija camina dominada,  
Y de sacarla de ella nada halla Ayzón capaz.  
Al embocar un valle que la montaña abriga,  
Ya á vista del castillo, determinóse Ayzón  
A dar de Genoveva reposo á la fatiga  
Y en tanto ver si logra sondar su corazón.  
Dió Ayzón la voz de alto; y echándole las bridas  
Al cuello, dejó en manos de un paje su corcel:  
Y las del de la dama con la izquierda asidas,  
La dió la diestra mano para apearse de él.


La dama, sin tomarla, saltó gentil en tierra,  
Y en un ribazo, á vera de un campo de labor,  
Sentóse en el sombrío silencio en que se encierra  
Desde que habló en los claustros al viejo emperador.  
Brindóla Ayzón con frutos sabrosos y manjares,  
Brindóla un buen labriego con su caliente pan:

**CASTILLO DE WAIFRO**



G. Doré dibujó

**Brindóla Ayzón con frutos...**



Mas rehusó con breves palabras singulares  
Lo que él y el campesino con voluntad la dan.  
El godo con sentidas palabras de cariño  
Dos veces distraerla solícito intentó:  
La dama, con la hosca tenacidad de un niño  
Mimado, sus palabras y obsequios esquivó.  
Ayzón, que así atajada su pretensión vela,  
El alto prolongaba sintiendo la ocasión  
Huir, cuando más fácil y asida la creía,  
Para ofrecerla á solas la fe de su pasión.  
Mas ella, de repente, montando con el brío  
De quien vivió en sus bosques como amazona audaz,  
Partió, de Ayzón mostrando despreciador desvío;  
Y Ayzón corrió asombrado tras su corcel fugaz.



## CAPÍTULO VIII

### I

Tiempo era aquel de lid. Diversas razas  
Peleando en Europa establecían  
En ella su dominio: alzaban plazas  
De guerra; sus provincias erigían  
En reinos cuyo límite, existencia,  
Prosperidad y suerte  
Nada más dependían con frecuencia  
De la ley absoluta del más fuerte.

El piadoso Luis, como la historia  
Le llama, dividió por vez segunda  
Su imperio entre sus hijos, con notoria  
Torpeza en guerras y rencor fecunda.  
Judith, con vanidad de su victoria,  
Sobre el solio imperial recuperado  
A sentarse al volver, quiso consigo  
Sentar á su hijo Carlos, declarado





Igual á sus hermanos; y afanosa  
Trabajó en allegarle bando amigo,  
En oro y en promesas generosa.  
Aceptaron los hijos de Hermengarda  
De Carlos la igualdad de los derechos;  
Mas la fe ruin que sus palabras guarda  
Mostraron pronto sus traidores hechos.  
Enredados en pleitos tan prolijos,  
Volvieron á las manos  
Los padres con los hijos,  
Y á pelear hermanos con hermanos;  
Y ensangrentaron otra vez la tierra  
En tan feroz como nefanda guerra.

Bernardo, que señor de Barcelona  
Y heredero ducal de Septimania,  
Todavía ambiciona,  
En su amor abrasado, la corona  
Y fe de Genoveva de Aquitania,  
Dueño ya sin rival de sus estados,  
Rebelde á los mandatos imperiales  
Y libre de los hijos desleales  
De Luis en mutuas lides empeñados,  
Allegó gente, levantó bandera  
Y armó en pro de sus creces personales






La juventud de su comarca entera.  
Fundada, pues, de Waifro en el castillo  
Su esperanza, y su dicha venidera  
En el amor de su gentil señora,  
De quien espera el corazón sencillo  
Volver á avasallar en una hora,  
Al castillo de Waifro con pujante  
Hueste y pertrechos de batir avanza,  
Resuelto á dar, conquistador ó amante,  
Cabo y fin á su amor ó á su venganza.

El castillo de Waifro era entretanto  
De extraño drama misteriosa escena;  
Triste mansión de soledad y llanto  
Que de gemidos su señora llena.  
Genoveva, al volver á su castillo  
Como sombra escapada del Erebo,  
En silencio glacial pasó el rastrillo  
Con nueva faz y con carácter nuevo.  
Su paso lento, su semblante adusto,  
Su pertinaz silencio, su mirada  
Fija á veces y á veces extraviada;  
La extraña rigidez con que su busto  
Llevaba sobre sí de su cintura  
Modelo de esbeltez y ligereza





La inflexibilidad, cual su cabeza  
Maciza el pedestal de una escultura,  
Aparecer la hicieron de su gente  
Á la vista asombrada,  
Como su errante sombra inanimada  
Desprendida del cuerpo de repente,  
Ó como su mármorea figura,  
Por el poder diabólico arrancada  
De encima de su hueca sepultura,  
Y en lugar de su cuerpo ya sin vida,  
Por poder infernal al mundo enviada,  
Fantasma de vapor, visión mentida.  
Así pasó al volver á su castillo  
Rígida, esquivada y muda Genoveva  
El puente y el rastrillo;  
É internándose en él á paso lento,  
El camino tomó de su aposento,  
De ver ni oír sin dar visible prueba  
Y á todo lo exterior indiferente:  
Cual insensible autómeta obediente  
Al mecánico impulso que le lleva,  
Que al parecer marchando por sí mismo  
Por medio va de la asombrada gente,  
Sin que haya mientras pasa quien se atreva




Á examinar su oculto mecanismo.  
Genoveva en su cámara encerrada,  
Por su nodriza nada más servida,  
Rehusa á nadie ver ni escuchar nada,  
Como ajena á las cosas de esta vida,  
De otro mundo en las cosas ocupada;  
Y el bastardo de Hunaldo y sus mancebos  
Y Ayzón, que con porfía,  
Para verla ó hablarla, medios nuevos  
Inventan importunos cada día,  
No consiguen jamás mirar su puerta  
Ante su afán ó su cariño abierta.

Demandan é interrogan á la nodriza en vano;  
La anciana, de la puerta sentada en el umbral,  
Contesta solamente que Genoveva cuenta  
A solas de su vida las horas que se van.  
En demandar insisten y á responder se niega  
La anciana á Genoveva sin reflexión leal:  
Mandóla ella el silencio guardar más absoluto  
Y en su aposento á todos la entrada rehusar.  
Y calla y llora, y vuelven el viejo y los mancebos  
A preguntar tenaces; y, fiel como tenaz,  
La anciana de la dama repite solamente  
Que cuenta de su vida las horas que se van.





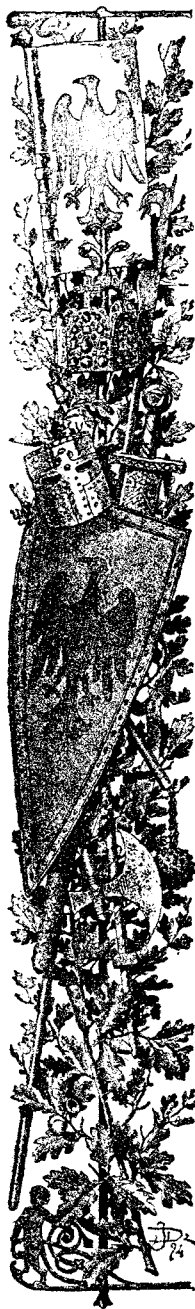
Y el viejo y el mancebo, de su señora hechos  
La ley y los caprichos humildes á acatar,  
Esperan que el capricho de su señora pase  
Y de contar acabe las horas que se van.  
El viejo crée que el duelo del hondo desengaño  
De la doblez del conde la dama olvidará;  
Y pasará cual todo sobre la tierra pasa,  
Como el placer más vivo, como el mayor afán.  
Pero el bastardo olvida que la infeliz doncella  
Cuya alma su amor único nutrió en la soledad,  
Su amor único ahora para arrancar del alma,  
Tal vez pedazos de ella con él arrancará.  
Y mientras él se fia con cálculos vulgares  
En la inconstancia de almas de condición vulgar,  
Y mientras él medita de insólita venganza  
Con cálculos mundanos el tenebroso plan;  
Olvídase el bastardo de Dios, que ha condenado  
Su raza de fe estéril á fatalismo tal,  
Que al dar la vida á un ángel en ella, nacer le hizo  
También bajo el influjo de tal fatalidad.  
Ninguno de su raza será sobre la tierra  
Feliz: de buena muerte ninguno morirá;  
Es sino de su raza, y sobre todos pesa  
De su destino infausto la condición fatal.





## II

Y he aquí que el albor de la mañana  
Al purpurear un día en el Oriente,  
Asombró á los vijlas del castillo  
Ver de su base en rededor tenderse  
En numerosas y ordenadas haces,  
En tren de guerra y de batir con trenes,  
Tomando posiciones estratégicas  
Con ciencia militar armadas huestes.  
Por doquiera que un paso algo accesible  
Abre un claro de bosque, una vertiente  
Del agua torrental, ó una quebrada  
Que invisible salida ocultar puede,  
Numerosa legión ó escuadrón recio  
A apoderarse de él subiendo viene,  
Sin dejar por desprecio ni descuido  
Derrumbadero, atajo, salto ó puente.  
Los moradores del tranquilo valle,  
En sus hogares asaltados viéndose,  
Huyen hacia los montes ó al castillo  
Corren desatentados á acogerse.



Sus murallas y torres poco á poco  
 Coronándose van de armada gente,  
 Del bastardo y de Ayzón bajo las órdenes,  
 Quienes las dan con gravedad solemne,  
 Sin priesa y sin temor, mirando juntos  
 De la cuesta subir por la pendiente,  
 Sin miedo y sin temor lo mismo que ellos,  
 Con mesurados pasos un jinete.  
 El bastardo y Ayzón, mientras subía,  
 Concertado su plan rápidamente,  
 Resolvieron salir á recibirle  
 Antes que á la alta plataforma llegue.  
 Salieron ellos y él llegó. En la punta  
 De su largo lanzón trae el que viene  
 Un pergamino, que tendió al bastardo  
 De él y Ayzón á seis pasos deteniéndose.  
 El viejo, de la punta de la lanza  
 Con desdeñosa calma recogíendole,  
 Rompió los sellos, y leyó impasible  
 Estas frases tan claras como breves:

*Arras de esposo á Genoveva he dado  
 Y vuelvo ante ella á que por tal me acepte.  
 Por señor de esta tierra ó por su esposo  
 El castillo en que estáis me pertenece;*



*O entregadme el castillo con mi esposa,  
O entro y os trato en él como á rebeldes.*

Decía así el escrito y se firmaba

BERNARDO en colosales caracteres.

El pergamino se guardó el bastardo,

Y al mensajero despidió diciéndole:

«Decid al que os envió con este escrito  
Que hoy mismo á él contestará quien debe:

Y que si no trae alas, no sé cómo

Jamás á entrar en el castillo llegue.»

Dijo, dejó plantado al mensajero,

Y siguiéndole Ayzón, se cerró el puente.

El bastardo de Hunaldo que, por hombre,

De los vasallos de la dama jefe

Se crée y lo es por derecho, y su señora

Y ellos al par por su adalid le tienen,

La suprema ocasión juzgó llegada

A la cabeza de ellos de ponerse

Y de hacerse otorgar por Genoveva,

Como en caso de lid, amplios poderes.

Al lugar en que ajena á lo que pasa

De su castillo en derredor parece,

El camino emprendió, determinado


De su señora respetar á hacerse.



Cruzó los pasadizos complicados,  
 Los cubos y baluartes que defienden  
 La torre colosal del homenaje,  
 De la señora del castillo albergue;  
 Y llegando á la puerta de su cámara  
 Ante la cual velaba tristemente  
 La nodriza, la dijo: «Debo verla.»  
 Y ella le respondió: «Sin duda duerme;  
 Desde ayer no he sentido en su aposento  
 Ni voz, ni paso, ni el rumor más tenue.»  
 «Abre, dijo el bastardo; es ya preciso  
 Que torne en sí y á la razón despierte.»  
 Atajarle la anciana intentó el paso;  
 Mas resuelto el bastardo é impaciente,  
 Empujando con ímpetu la puerta,  
 Entró en el silencioso gabinete.  
 Corridos los espesos cortinajes  
 Sobre los bizantinos ajimeces,  
 El camarín callado está en tinieblas;  
 Paróse el viejo en el umbral, prudente,  
 Y llamó á Genoveva, como el hombre  
 De su absoluta confianza puede:  
 Mas nadie respondió: tornó á llamarla  
 Y en la sombra su voz tornó á perderse

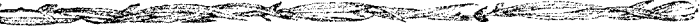



Avanzó á un ajimez: el cortinaje  
 Desatentado asió; y al descorrerle,  
 Penetrando la luz, de aquel silencio  
 Puso á sus ojos la razón patente.  
 Sobre su blanco lecho Genoveva  
 Dormir con sueño virginal parece:  
 A sus labios asoma una sonrisa,  
 La paz de la virtud brilla en su frente;  
 Cubren su casto cuerpo de sus ropas  
 Con virginal pudor los anchos pliegues,  
 Y el lirio de oro que la dió Bernardo  
 Sobre su pecho entre sus manos tiene.  
 Con la suya el bastardo asió sus manos  
 Y las halló bajo su mano inertes:  
 Fría, muda y ya rígida dormía,  
 Pero dormía en brazos de la muerte.  
 Un pergamino, de su casto lecho  
 Puesto á la cabecera sobre un mueble,  
 Desde la eternidad por ella hablaba  
 Al bastardo de Hunaldo de esta suerte:  
*Hoy el emperador, por mí emplazado  
 Ante el juicio de Dios, á esta hora muere:  
 Voy á abogar ante él por nuestra raza:  
 Tú, bastardo leal, lee y obedéceme.*



*Mi cuerpo expira de alimento falto:  
Mi espíritu fugaz de él se desprende  
Como el aroma de una flor que brota  
En terreno sin jugo, erial y estéril.  
Nada quede de mí sobre la tierra;  
Pues de quien ser debió ser ya no puede,  
Que ni aun el polvo de mi inútil cuerpo  
El vil Bernardo, si regresa, encuentre.  
Símbolo de mi amor es la azucena  
Que él me dió en arras; si le ves, devuélvele  
Su prenda y su palabra: y á Dios deja  
Que su traición castigue y mi amor vengue.  
Mis tesoros recoge, pues mi nombre  
Y mis derechos heredar no debes;  
Y que jamás ampare mi castillo  
Contra Aquitania á príncipes ni á reyes.*

Este escrito fatal leyó el bastardo  
Con mudo horror; dos lágrimas ardientes  
Brotaron de sus ojos, y un momento  
Contempló aquella víctima inocente  
Del fatalismo que á su raza acosa  
Desde la cuna hasta el sepulcro siempre.  
Mas no es hombre el bastardo á quien las penas  
Hagan olvidar nunca sus deberes.






Tornó en sí; y extendiendo entrambas manos  
De Genoveva sobre el cuerpo inerte:  
«Yo te obedeceré, dijo; y á él... darle  
Procuraré con Dios lo que merece.»

Su sombrío ademán, su calma fría  
A recobrar tornó. Para que vele  
De su señora el cuerpo, á la nodriza  
Introdujo en el triste gabinete:  
Y mientras ella en despechados gritos  
Exhala su dolor, rápidamente,  
Mas con mano segura y claras cifras  
Escribió para el conde este billete:


*Si ver el conde por la vez postrera  
A Genoveva de Aquitania quiere,  
Al islote del lago acuda solo  
Cuando toque el sol de hoy en Occidente.*


### III

La atmósfera empañaba calígine ondulante  
Que desgarraba apenas amarillento sol:  
La tarde estaba opaca y el aire murmuraba  
En torno del castillo con quejumbrosa voz.




Tocaba el sol ya casi los montes del ocaso,  
Cuando del lago á orillas en escondido ancón,  
La voluntad postrera de Genoveva cumple  
Con ceremonia extraña su extraño sucesor.  
En una barca estrecha, que se gobierna sólo  
Por medio de dos remos, sin proa y sin timón,  
Tendido está el cadáver de la infeliz doncella,  
De su tronchado tallo como arrancada flor.  
Su tronco apenas yerto, su faz privada apenas  
De la flexible gracia vital de su expresión,  
Reposa sobre un lecho que cubre un rico paño  
Que al agua cae plegado del barco en derredor.  
Oprimen amorosas el lirio de Bernardo  
Las manos del cadáver aún al corazón,  
Y en el mortuorio paño su cabellera tiende  
Sus rizos que aún exhalan inextinguible olor.  
Las formas de su casto é inmaculado cuerpo  
Dibujan su perfecta, gentil modelación,  
Debajo de los pliegues de un velo trabajado  
Por las esclavas de Asia con oriental primor.  
Hermosa todavía, su pálido cadáver  
Del alma y de los ojos atrae la admiración;  
La muerte en aquel cuerpo de virginal pureza  
Ostenta su paz santa sin inspirar horror.

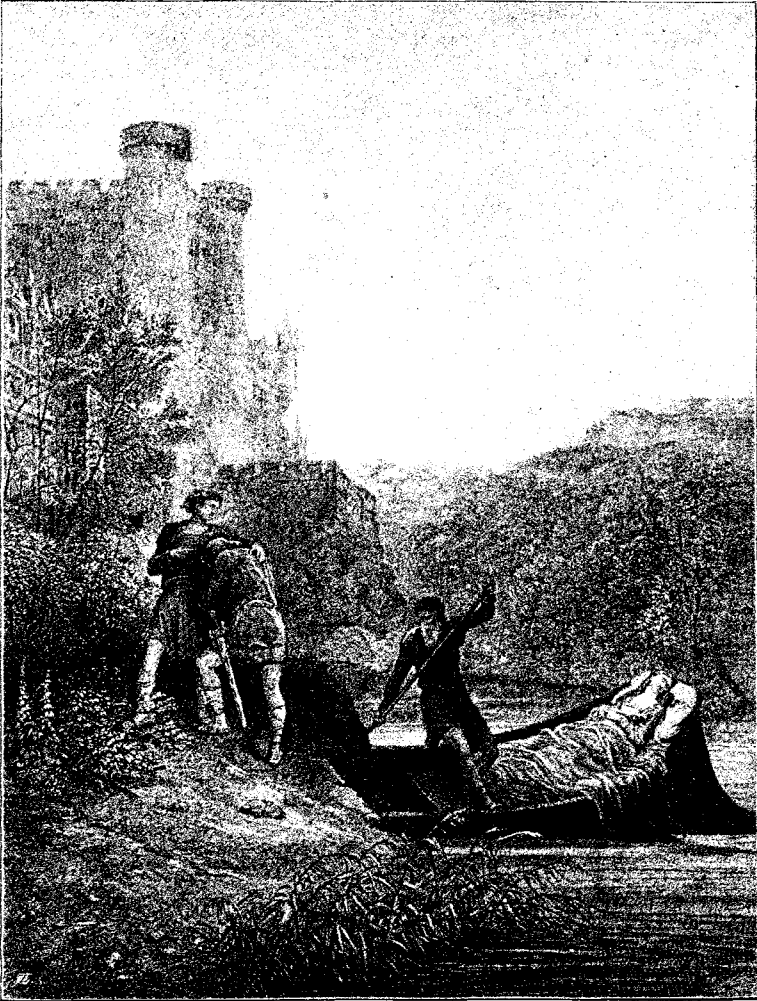




Los hijos del bastardo, que en brazos le han traído  
Por orden de su padre que les seguía en pos,  
Inconsolables lloran, mientras el viejo torvo  
Desata los amarres del bote ondulator.  
¡Tristísima es la escena! Del padre y de los hijos  
Las almas en silencio devoran su aficción:  
Porque por vez primera del imposible viejo  
Se ve en la faz la huella de su íntimo dolor.  
Mas contemplando el cielo les dijo de repente:  
«Volveos al castillo,» y en el batel saltó:  
Y con vigor un remo sobre la tierra hincando,  
Pujó y sacó la barca del escondido ancón.  
Aseguró en los férreos escálamos los remos,  
Y el agua la fantástica embarcación sulcó;  
Bogando hacia el islote por el desierto lago,  
Como la Estigia cruza la barca de Carón.  
Mas boga lentamente: los brazos del bastardo  
Se ve que no despliegan su natural vigor:  
Sus ojos se complacen sintiendo una por una  
Sus lágrimas ardientes brotar del corazón.  
Bogaba tan despacio, que de la luz del día  
La claridad rojiza crepuscular se hundió  
Detrás del horizonte, sus últimos reflejos  
Llevándose cual cauda de su áureo manto el sol.




CASTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujó


Y con vigor un remo sobre la tierra hincando...

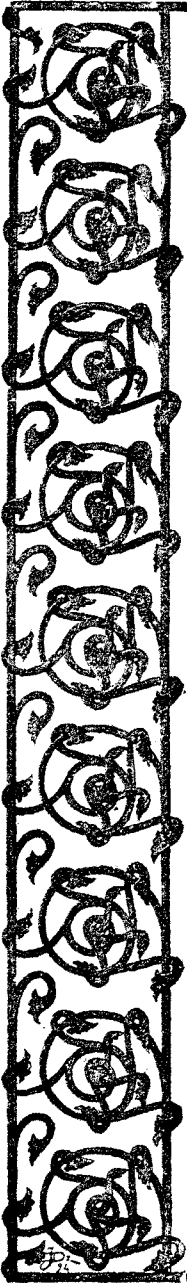


Cuando del lago al centro llegó, la parda niebla  
Por cima del castillo la luna desgarró,  
Y un rayo nacarino de su fulgor sereno  
Desparramó su lumbré del barco en derredor.

## IV

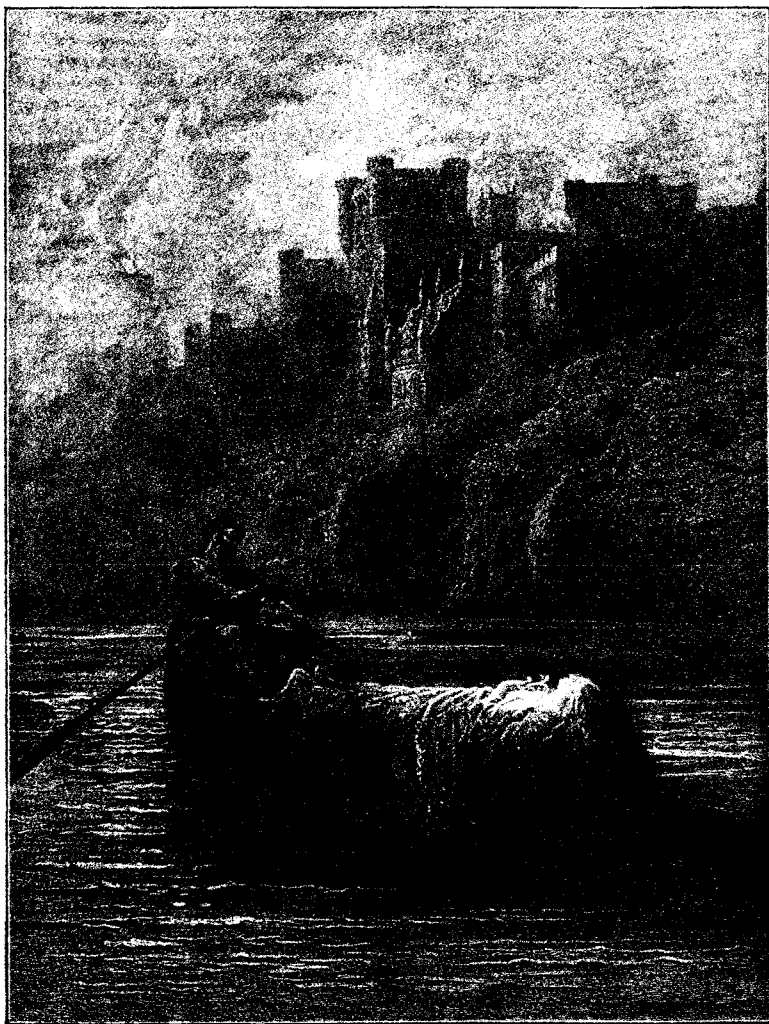
Cegado por su amor y su amor propio,  
La extraña cita al recibir el conde,  
Respuesta á su cartel, desconfianza  
No tuvo en ir al solitario islote.  
Fiado en la pasión de Genoveva,  
Creyó que al fin, á su reclamo dócil,  
Darle quería tras de amantes quejas  
Entrada en la mansión de sus mayores:  
Y como de la dama y del bastardo  
De tiempo atrás la lealtad conoce,  
Acudió sin más armas que su espada  
De la cita al lugar, solo, en un bote.  
Y largo tiempo que aguardaba hacía  
Adormecido en dulces ilusiones,  
Cuando en la superficie de las aguas  
Que sus miradas con afán recorren,





Allá á lo lejos divisó, acercándose  
Con marcha lenta, perezosa y torpe  
Para la honda impaciencia que le acosa,  
Del bastardo el batel que el agua rompe.  
La luna que, en su lleno, poderosa  
Reina del firmamento y de la noche,  
Por él al elevarse habla el cielo  
Limpiado ya de nubes y vapores,  
Quebraba sus reflejos argentinos  
En los puntos salientes que la móvil  
Barca, al mecerse sobre el agua, inquieta  
Ante los rayos de su luz expone.  
El velo blanco que el cadáver cubre,  
El lirio de oro que sus manos cogen,  
La nacarina tez de su semblante  
Y sus dorados rizos, que del bote  
Á popa hace la brisa con su soplo  
Que sobre el paño funerario floten,  
Lanzan destellos cuyo brillo envía  
Luz de esperanza al corazón del conde.  
Recuerda la beldad de Genoveva,  
Y al venir á su encuentro, la supone  
Por mujeril instinto engalanada  
Con prendas que sus gracias avaloren.

CASTILLO DE WAIFRO



G. Dore dibujo


Cuando del lago al centro llegó..



Compasados, monótonos é iguales  
Sobre el agua caer los remos oye,  
Y el impulso que dan á la barquilla  
Mide contando con afán sus golpes.  
Entró al fin en el círculo á que puede  
Llegar la vista natural del hombre,  
Y al notar la actitud de Genoveva,  
Aunque lo crée, le extraña que repose.  
Coquetería mujerial juzgólo,  
Dispuesto á favorables impresiones,  
Y sonrió juzgándose seguro  
De vencer de su enojo los rigores;  
Y ciego en su ilusión, tomó tranquilo  
Continente gentil, actitud noble,  
De la primer mirada de la dama  
Para arrostrar sin desventaja el choque.  
Llegó el bastardo ante él; mas á distancia  
Y de la tierra sin tocar el borde,  
Vió que el viejo no más se levantaba,  
Permaneciente Genoyeva inmoble.  
El frío del pavor sintió en su pecho  
Penetrar; el espíritu asaltóle  
De la verdad horrible la sospecha,  
Y un crimen más horrendo imaginóse.




Y al bastardo capaz de él suponiendo  
De pronto, allá en su espíritu imputósele,  
Y de la muerte natural y el crimen  
Quedó aterrado ante la angustia doble.  
Mudo luchando con la doble duda,  
La vista fija en la mujer inmóvil,  
Esperó con afán un movimiento  
De ella ó del torvo viejo explicaciones.  
Éste con faz sombría y agrio acento  
Le dijo: — «Ha preferido, señor conde,  
La eternidad al tálamo. Os lo dije,  
No anidan con la garza los halcones.  
— ¡Muerta! — Como lo veis: y en ese escrito  
Su voluntad postrera nos impone.  
Su muerte es obra vuestra: Dios tenía  
Que maldecir al fin tales amores.»  
Y el lirio y el escrito de la dama  
Tirándole á los pies, mientras el conde  
Se afana por leerle con la luna,  
Desde el barco el bastardo así explicósele:  
«Se ha dejado morir por no ser vuestra,  
Y hasta su polvo á que encontréis se opone:  
Y no le encontraréis, porque este lago  
No lo vuelve jamás cuando algo sorbe.




Su lecho es de larguísimas mimbreras  
Y ramajes acuáticos un bosque,  
Que abrazarán su cuerpo en cuanto se hunda  
Y de nudos sobre él harán millones.  
Si por sed de venganza ó por cariño  
Nefando le buscáis, para que robe  
Su presa al lago vuestro amor maldito,  
Fuerza será que vuestra sed le agote.  
Yo no os quiero matar porque he escogido  
Verdugo para vos más que yo noble;  
Y aunque á mí vida y salvación me cueste,  
Yo os llevaré á fin tal que al mundo asombre.»


Dijo, y los remos el bastardo asiendo,  
Dió tal impulso repentino al bote,  
Que antes de que él de su estupor volviera,  
Bogaba ya el batel lejos del conde.


Absorto, anonadado, sin voz, sin movimiento,  
Bogar con el cadáver mirándole quedó,  
Como una de las sombras que deja abandonadas  
Á orillas de la Estigia la barca de Carón.  
Zumbaba en sus oídos, turbando su cerebro,  
Del viejo inexorable la amenazante voz,  
Sin que pudiera el conde tejer con sus palabras  
Ideas que formaran sentido en su razón.






La conmoción violenta del imprevisto golpe  
En el cerebro á un tiempo y el corazón le hirió,  
Y la verdad horrible le reveló de su alma,  
Que amaba á Genoveva con verdadero amor,  
Que amaba á Genoveva con un amor exento  
De cálculos mezquinos de sórdida ambición,  
Y que perdía en ella la dicha en este mundo,  
La estrella y la esperanza en cuya luz fió.  
Sintiendo su cerebro, á la locura próximo,  
De aquella idea horrible girar en derredor,  
Quedó por largo espacio inmóvil, como un ebrio  
Que busca el equilibrio del cuerpo y la razón.  
Y mudo contemplando la barca que se aleja  
En lúgubre silencio, tenaz permaneció,  
Oyendo, sin conciencia de lo que ve y escucha,  
De los lejanos remos el compasado son.  
La barca de repente sobre el tranquilo espejo  
Del agua azul del lago su marcha interrumpió  
Y sobre el casco inmóvil alzarse lentamente  
Se vió la móvil sombra del torvo conductor.  
Bernardo lo veía, como quien ve de un sueño  
Pasar las vagas sombras por su imaginación,  
Y vió, sin darse cuenta de lo que ve, al bastardo  
Que un punto sobre el blanco cadáver se inclinó.





Volver á enderezarse le vió sobre la barca,  
Mas pareció aumentada su forma en derredor  
Y dobles sus contornos, cual si su cuerpo hubiera  
Tomado al levantarse la dimensión de dos.  
Aquella doble, negra, siniestra y móvil forma  
Que sobre el cielo un punto fugaz se dibujó,  
Como un vapor al soplo del viento se deshizo  
Del conde hiriendo á un tiempo la vista y la razón.  
Al deshacerse aquella siniestra y doble forma  
Que un punto sobre el barco fantástica se alzó,  
Se propagó en el aire, creciendo sobre el agua,  
Un trémulo, profundo é indescriptible son.  
Tras él quebró las hondas en torno de la barca  
Un círculo: y mil otros brotando de él en pos,  
Concéntricos los unos tras otros extendieron  
Interminables ondas del centro alrededor.  
Contra el islote apenas veloz, creciente y trémula,  
Del círculo primero la onda se rompió,  
El ruido de su espuma dió al alma de Bernardo  
De la verdad conciencia y luz á su razón.  
Del viejo vengativo las frases concibiendo,  
Comprende que su infame promesa ejecutó,  
Y el alma recobrando y á la razón volviendo,  
De angustia y rabia un grito del pecho desgarró.





Rindióle tal esfuerzo: sus lágrimas brotaron  
Y á orilla de las ondas sin fuerzas se postró,  
Y con despecho inútil sus ojos alcanzaron  
La barca del bastardo que á navegar volvió.  
Y el viento le traía del viejo una canción

De la que sólo oía  
Sin la palabra el son.  
Y á un tiempo parecía  
Su extraña melodía  
Pagana evocación,

Mortuoria salmodia, balada de una orgía,  
Clamor de una oración...

Y el conde la sentía  
Con íntima aflicción  
Mortal melancolía  
Traerle al corazón.

Así permaneció por largo trecho  
Mudo, inmóvil, absorto y abismado  
En aquel pensamiento, que no acierta  
Su mente á comprender: allá á lo lejos,  
Bajo de las defensas del castillo  
El bastardo en su barca permanece  
Á su vez espíandole. Las aguas  
Riza apenas un aura imperceptible:

CASTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujo

Rindióle tal esfuerzo...



La quietud y el silencio de la noche  
De su azul extensión se enseñorean,  
Cual si en torno del lago y del castillo  
Tranquilo todo reposara en brazos  
Del más profundo y apacible sueño.  
Como quien vuelve de él, empezó el conde  
Su dominio habitual sobre sí mismo  
Á recobrar al fin; lanzó del pecho  
Hondo suspiro: la mirada vaga  
Tendió en su derredor; y los lugares  
Reconociendo, comenzó conciencia  
Á cobrar de los hechos: sus ideas  
Se fueron aclarando; y poco á poco  
Su razón á su afán sobreponiéndose,  
Al sentimiento dominó la idea.  
El hombre de partido, el ambicioso,  
El político al fin sus sentimientos  
Á su interés somete: se avergüenza  
De tener corazón; y amor, familia,  
Fe y amistad á la ambición pospone.  
Y así son los que son hombres de mundo:  
Hombres sin corazón, que sacrifican  
Los instintos que Dios en él les puso  
Á los vacíos ídolos que adora



La sociedad humana, esclava ciega  
De teorías locas. Y así el conde,  
Su pesar sin remedio arrinconando  
En el fondo de su alma, el frío cálculo  
Al fuego del pesar ahogó egoísta.  
Y el hombre de partido, el ambicioso,  
El político, en fin, ahogó al amante  
Y al caballero en él; y sepultando  
Su amor con el cadáver de su amada  
En el fondo del lago, irguióse altivo,  
Dió á su ambición voraz todo el espacio  
Que el amor en su espíritu llenaba,  
Y ansioso de venganza y libre al cabo  
De la fe y el amor que á Genoveva  
Le hicieron respetar, todo su odio  
Concentró en el bastardo. Torvo, mudo,  
De su emoción señor, dueña absoluta  
De su dolor su voluntad, sereno,  
Silencioso y á paso medurado  
Del islote bajó á la opuesta orilla;  
Y el nudo en que la había asegurado  
Soltando, se hizo al agua en su barquilla.  
¡Era un hombre de mundo... y un malvado!  
El bastardo sagaz, que su mirada



Había tenazmente desde lejos  
En él tenido sin cesar clavada,  
De la luz de la luna á los reflejos  
Su movimiento vió; y adivinando  
Cual si en la mente y corazón leyera  
Del conde su intención, quedó esperando  
Á que del otro lado del islote  
El esquife del conde apareciera.  
Y apareció: su curso acelerando  
Con los remos le vió guiar su bote,  
El haz del agua límpida rasando  
Como una golondrina, á la ribera.  
Entonces lentamente conduciendo  
Su barca hacia el ancón, sobre la alfombra  
De césped que le borda y á la sombra  
De la mansión feudal saltó diciendo:

«Con uno acaba de los dos la guerra  
De la raza de santos de Tolosa  
Y la de Waifro impía y rencorosa.  
Veremos cuál es de ambas la que cierra  
De su último campeón la sepultura,  
Y con su última lápida mortuoria  
Cierra un gran manantial de desventura  
Y un capítulo negro de la historia.»



## V

Audaz el conde y el bastardo terco,  
Los fosos hondos, los baluartes altos,  
Bernardo del castillo apretó el cerco  
Y le dió dos inútiles asaltos.  
Mas no es empresa fácil, aunque el conde  
Conoce los ocultos pasadizos  
Y subterráneos cóncavos por donde  
Poder minar baluartes tan macizos;  
Pues le sale por minas y baluartes  
El bastardo á atajar por todas partes.  
Del castillo de Waifro es el recinto  
Por cima y por debajo de la tierra  
De defensas y pasos laberinto:  
Si sucumbe ha de ser en larga guerra.  
Á apoderarse de él determinado,  
Incendia en torno de él bosque y maleza  
El conde, con intento meditado  
De dejar sola en el peñón aislado  
De un desierto en mitad la fortaleza.  
Despejó la montaña en que se apoya:




Y dondequiera que barranco, grieta,  
Sima, gruta, quebrada, fosa ú hoya  
Salida pueden ocultar secreta,  
Obstruyó, ú ocupó con gente suya  
Porque el bastardo de ellas no se valga,  
Auxilio le entre ó mensajero salga,  
Y si le vence al fin no se le huya:  
Con cuyo ardid y al fin de cuyo estrago  
Cercó y circunvaló castillo y lago.

Cuatro días después llegó, rendido  
De correr, á su campo un caballero  
Que había á los funerales asistido  
Del piadoso Luis, que había partido  
Su imperio entre sus hijos, y heredero  
Con ellos á la par de un grande estado  
Al hijo de Judith había nombrado.  
Pero ninguno de ellos satisfecho  
Con la heredada parte de su tierra,  
De su ambición á Dios juez habían hecho,  
Cada cual su derecho  
Confiando á la suerte de la guerra:  
Estaba, pues, la lucha fratricida  
De Luis entre los hijos encendida.  
De la muerte de Luis hay en la nueva



Un dato asaz extraño: que moría  
El viejo emperador el mismo día  
En que habla expirado Genoveva.

Misteriosa y fatal coincidencia  
Que en el póstumo escrito de la dama  
Marcaba, la atención del conde llama  
Cual fallo de la justa Providencia.  
Superstición de la época, ó misterio.  
Real de la alta justicia soberana,  
Murió el último jefe del imperio,  
De la stirpe aquitana  
Destructor, á la par en día y hora  
Con la última ignorada castellana  
Del aquitano reino sucesora.  
El conde comprendió con tal aviso  
Que acosar al bastardo sin reposo,  
Momentò sin perder, era preciso,  
Y no entrar el castillo vergonzoso.  
Salió, pues, de su tienda decidido  
Nuevo asalto á ordenar recio y postrero;  
Y al castillo al mirar, no conocido  
Vió un pabellón en el torreón frontero,  
Que en escritura negra en campo rojo  
Ostentaba en latín este letrero:



KAROLUS REX. ¿Qué Carlos? ¿Por qué antojo,  
Por qué oculta razón, por cuál misterio  
El bastardo de un rey toma el partido?

¿Qué jirón es su reino del imperio?

CARLOS REY. Mas ¿qué Carlos? ¿Cómo sabe  
El bastardo antes que él lo que ha podido  
De un éxito final darle la clave  
Y afiliarle á ese rey desconocido?

CARLOS REY. De encontrados pensamientos  
Revuelta tempestad brota en su mente;  
De encontrados intentos

Febril efervescencia de repente  
Le agita con opuestos sentimientos.

Determinó impaciente

El castillo asaltar, reflexionando

Que es fuerza para hacerse independiente

En la guerra civil tomar un bando:

Y en tal resolución, con tal porfla


Preparando el asalto pasó el día.


Cerró la noche: de apiñadas nubes

Dejó el día cargado el horizonte:


Poco á poco la bóveda del cielo

Entoldaron sus negros pabellones.





Ni un solo punto azul en él dejaron  
Ni una estrella visibles: los rumores  
Nocturnos propagarse en las tinieblas  
Entre mil ecos pavorosos se oyen.  
Es una de esas noches que ejerciendo  
Una influencia física del hombre  
Sobre el cuerpo, á impresiones no sentidas  
Por él jamás su espíritu disponen.  
Todo calla en el campo; ni en su tienda  
Tiene ya luz el desvelado conde:  
Y aunque todo parece que en él duerme,  
Todo tal vez en él vigila insomne.  
No sé qué vago miedo hay en la atmósfera  
Que oprime los más bravos corazones  
Con un presentimiento como él vago,  
Aunque explicable y á razón conforme.  
Minando en las tinieblas por un silo  
La fortaleza están aquella noche  
Los mineros del conde, y el asalto  
Debe darse del día á los albores.  
Y no hay valiente á quien de asalto en vísperas  
Ó batalla no asalten aprensiones,  
Superstición, presentimientos... miedo,  
En fin, del mortal riesgo á que se expone.





Todo yacía en calma y en silencio  
Y en tinieblas: el tercio de la noche  
Transcurrido iba apenas, cuando pálidos  
Comenzaron movibles resplandores  
Á divisarse del castillo dentro,  
Destacándose de él los torreones,  
Alminares y cúpulas y almenas  
Sobre aquella cortina de luz móvil.  
Apercibióla el conde, que velaba,  
Y temiendo un ardid que desconoce,  
Lanzó en la obscuridad de su guerrera  
Trompa un agudo y repentino toque.  
Todo el campo á su son en faz se puso  
De pelea: y con ojos avizores  
Del castillo la luz contemplan todos  
Que gana intensidad y dimensiones.  
Arde el castillo: mas el conde ignora  
Si le lograron incendiar sus hombres  
Por las minas secretas, ó le incendian  
Á expreso ó por azar sus defensores.  
De repente un horrísono estallido  
Ensordeció la atmósfera: y la enorme  
Torre del homenaje desplomándose,  
El incendio interior manifestóse.



Un horno inmenso reventó en el centro  
Del castillo de Waifro: flameadores,  
De una palma de fuego cual penacho,  
Como del cráter de un volcán que rompe  
En erupción furiosa y repentina,  
Del centro alrededor los torreones,  
Cúpulas, alminares, capiteles,  
Atalayas en fin y miradores  
Lamieron, azotaron y ciñeron  
Tropel de salamandras y dragones  
Inflamados, lanzándose á cebarse  
En las salientes piedras exteriores.  
Las llamas con mil lenguas que en la boca  
De aquel volcán renacen y se esconden  
Sin cesar, reventando las vidrieras,  
Brotaron por troneras y balcones.  
Tal poder concebirse no podía  
En el fuego que ataca tales moles,  
Sin que el poder de Satanás le atice  
Ú ocultos combústibles se le doblen.  
Es un fuego voraz que lo calcina  
Todo, lo pulveriza y lo corroe;  
Es como el fuego griego, que materia  
No hay en tierra ni en mar que no devore.



CASTILLO DE WAIFRO



G. Doré dibujo

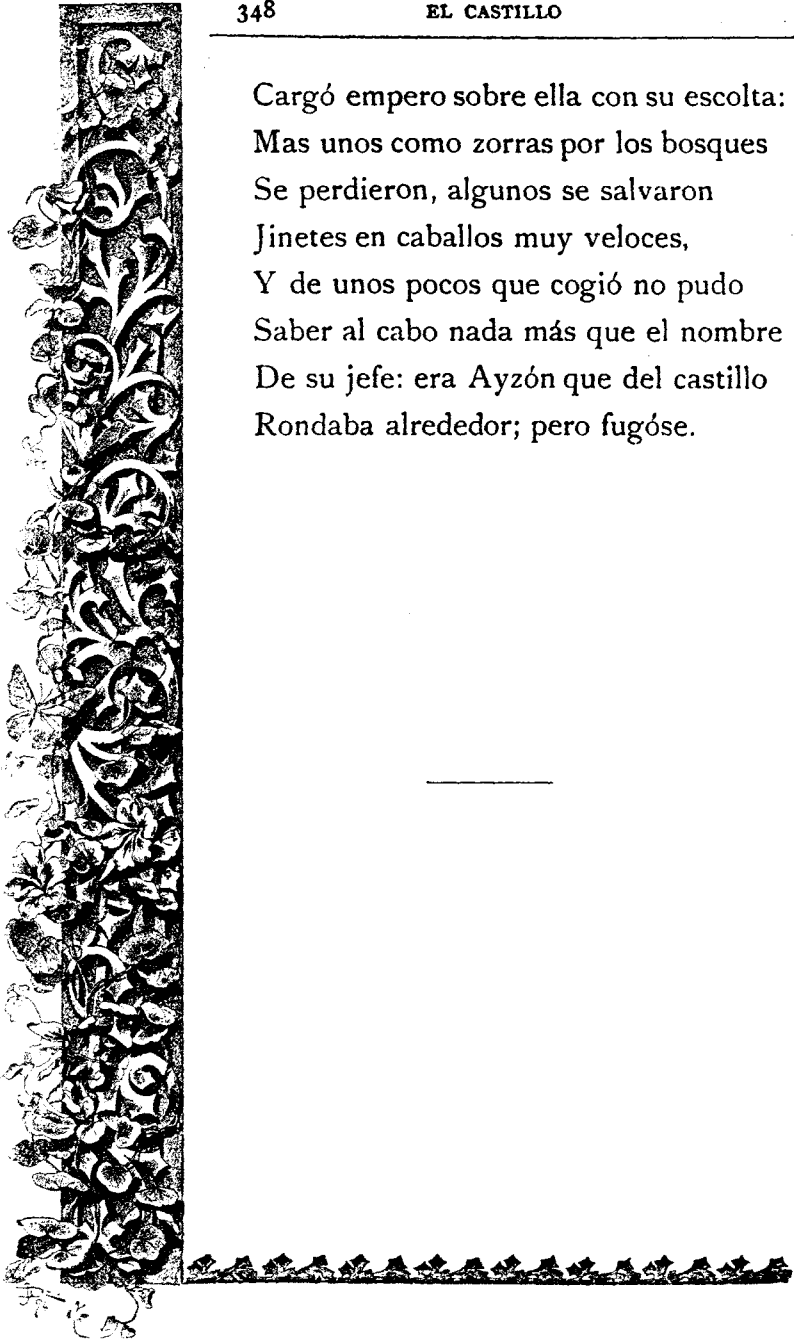
Tropezó en un barranco...



Y creció sin cesar: su hoguera inmensa  
Alumbró con siniestros resplandores  
El campamento, el lago, las montañas,  
El hondo valle y los lejanos bosques;  
Mas del centro voraz de aquel incendio  
No se oyeron salir ayes ni voces,  
Ni una sombra se vió de ser viviente  
Asomar por sus muros ni sus torres.  
El fuego al parecer consumió á un tiempo  
Del castillo de Waifro piedras y hombres,  
Sin dejar de él ni de ellos más que un nuevo  
Pábulo á pavorosas tradiciones.  
Cuando logró después de cuatro días  
En su recinto penetrar el conde,  
No halló más que montones de cenizas  
Dentro de sus ahumados paredones:  
Y en el postrer baluarte que se alzaba  
Sobre un peñasco inaccesible al Norte,  
Sobre el lago, el pendón en que está escrito  
De CARLOS REY el misterioso mote.

Sólo su gente al recoger un día,  
Tropezó en un barranco con un golpe  
De gente armada, que se dió á la fuga  
Al doblar él la cúspide del monte.

Cargó empero sobre ella con su escolta:  
Mas unos como zorras por los bosques  
Se perdieron, algunos se salvaron  
Jinetes en caballos muy veloces,  
Y de unos pocos que cogió no pudo  
Saber al cabo nada más que el nombre  
De su jefe: era Ayzón que del castillo  
Rondaba alrededor; pero fugóse.





LEYENDA SEGUNDA

---

LA FE DE CARLOS EL CALVO

(EPÍLOGO DE «EL CASTILLO DE WAIFRO»)


---

Es un crimen de rey, un sacrilegio  
Que mal explican tradición é historia:  
Es un perjurio vil el crimen regio  
Que voy aquí á traer á la memoria.  
Del cronista y del bardo es privilegio  
De los reyes abrir la urna mortuoria,  
De la edad posterior llamando al juicio  
Del bueno y malo la virtud y el vicio,

I


Descendencia imperial de Carlomagno,  
Del piadoso Luis la raza inquieta  
Desgarró el testamento de su padre,  
Como suelen hacer las razas regias.





Mientras no hay más que un príncipe heredero  
De la nación en que su padre reina,  
Entra á reinar en paz; si tiene hermanos,  
Rara vez contra él no se rebelan.  
Si el reino el muerto rey divide entre ellos,  
Ninguno con su parte se contenta:  
Si al uno nombra rey, todos los otros  
Mejor derecho que el nombrado alegan.  
Promete cada cual mejores leyes  
Al pueblo y en edén tornar su tierra:  
Crée el pueblo sus palabras, se levanta,  
Y mejorar creyendo, se degüella.  
Vence y queda uno solo: sube al trono,  
Pero pobre de gentes y de rentas,  
Vuelve á pedir al pueblo oro y soldados  
Para poder cumplirle sus promesas.  
Vuelve el pueblo á doblar sus donativos:  
Cuanto más da oro y sangre, más se merma:  
No puede el rey cumplir: muere, y sus pueblos  
Vuelven por mejorar á la pelea.

Es la historia de pueblos y de reyes  
Desde Adán hasta hoy; tras cada guerra  
Quedan peor los reyes y los pueblos,  
Y ni pueblos ni reyes escarmientan.



¿Hay remedio? No sé: si le hay, no toca  
Buscarle y señalarle á los poetas,  
Que en la historia de pueblos y de reyes  
No hacen más que cantar lo que otros cuentan.  
Los poetas son átomos sonoros  
Que con el viento de su siglo ruedan;  
Mas á la edad futura de su siglo  
La queja y el cantar escritos legan.

Del piadoso Luis los nobles hijos,  
Carlos el de Judith, Luis de Baviera  
De una parte, y Pepino con Lotario  
Por la otra, de cordial inteligencia  
Y de entrañable y fraternal afecto  
Dando alto ejemplo y cariñosa muestra,  
En Fontenay vinieron á las manos  
Como lobos que caen sobre una presa.  
Bernardo de Tolosa y Barcelona,  
Que, aliado de Lotario, su bandera  
Y gente unió á las de éste, de su campo  
Manténia por él la ala derecha.  
Asegura á Lotario la victoria  
Los reinos de Aquitania y de Provenza;



Y á Bernardo, señor de Septimania,  
 De Barcelona da la independencia,  
 Los odios y alianzas de los reyes.  
 Sobre la fe del interés se asientan:  
 Bernardo contra Carlos por Lotario  
 Por su interés á pelear se apresta,  
 De Judith campeón, de Carlos ayo,  
 Doble es su ingratitude, doble su ofensa:  
 Carlos va á entrar en lid con él, ansiando  
 Poderle amortajar con su bandera.  
 Infame y deshonrosa la victoria  
 Para todos va á ser, venza quien venza:  
 Mas sin duda el ser rey cosa es muy dulce  
 Cuando amarguras tales atropella.


Carlos y Luis, más mozos é inexpertos,  
 Trabaron los primeros la pelea:  
 Lotario y sus aliados, más guerreros,  
 Al ímpetu opusieron la destreza.  
 Pelearon al par los cuatro hermanos  
 Con la ferocidad de las panteras,  
 Y su odio fraticida hartó de sangre  
 El campo que brotó roja la hierba.  
 Los de Carlos y Luis cargan furiosos,  
 Mas aunque llevan lo peor, no cejan:

Los de Lotario, con mejores jefes  
Y con orden mejor, sus filas menguan.

Ya de Carlos y Luis iban las huestes,  
Lid apenas trabada, á ser envueltas:  
Ya Lotario y Pepino con Bernardo  
Entraban en la lid como á una fiesta,  
Y ya Carlos y Luis á sufrir iban  
De su ardor juvenil las consecuencias,  
Cuando cambió de la batalla el éxito  
Nuevo adalid con quien ninguno cuenta.


Á espaldas de Lotario comenzaron  
Con repentino incendio á arder sus tiendas,  
Y entre las nubes de humo que hacia el campo  
El viento trae desde su grande hoguera,  
Se adelanta una hueste numerosa  
Que con un jefe audaz á su cabeza,  
Metiéndose por Carlos en la liza,  
Las huestes de Lotario desordena.  
Un viejo y dos mancebos vigorosos,  
Que tremolan lidiando una bandera  
Que dice CARLOS REY, con sendas hachas  
De cada tajo una cerviz cercenan.  
Lotario y sus aliados impelidos  
Cejan á su pesar por sus deshechas





Legiones, que en su fuga les arrastran  
Á su perdida autoridad no atentas;  
Y mientras que la lid por ambos flancos  
Los fugitivos al huir despejan,  
Carlos y Luis, que avanzan por el centro,  
Con su auxiliar incógnito se encuentran.  
La tierra de la lid literalmente  
Estaba de cadáveres cubierta;  
Con el polvo, el sudor, la ira y la sangre  
Incognoscibles los semblantes eran.

Mas Carlos, al leer su nombre escrito  
En el rojo pendón que el viejo lleva,  
Dirigiéndose á él, le dijo: – «Os debo  
La victoria, el honor y la existencia:  
¿Quién sois? – Os lo diré con más espacio  
Cuando ceñida á vuestra frente vea  
La corona de Francia, con la gente  
Y el oro de que os vengo á hacer oferta.  
¿Les aceptáis? – No son oro y soldados  
Cosas de despreciar á la hora de esta.  
– Pues si mi oro tomáis y mis consejos,  
Ni un enemigo os quedará en la tierra.  
– Gracias. – No perdáis tiempo en vanas frases:  
Los que vencidos hoy el campo os dejan,





Mañana volverán; y este consejo  
Es de mi utilidad la primer prueba.  
El juicio de aquel hombre hallando recto,  
Carlos tomó á aquel hombre tal cual era,  
Y recogió su campo y al incógnito  
Con sus tesoros recibió en su tienda.  
Carlos, del viejo al recibir tanto oro,  
De dudar de su fe no halló manera:  
Y vendiéndose al diablo, al viejo incógnito  
Tendió su mano de amistad en prenda.

## II

Y si el diablo no es, del diablo tiene  
El incógnito el arte y sutileza,  
Según de los destinos de su reino  
Y del alma de Carlos se apodera.  
Con Navarra y los moros de Lotario  
Y Bernardo se unieron las enseñas;  
Carlos, por su consejo, el patrocinio  
Se atrajo del Pontífice y la Iglesia.  
Los obispos y el clero declararon  
Buenos á Luis y á Carlos: de anatemas



A Lotario cargaron, con fe unánime  
Dando de Francia á Carlos la diadema.  
Carlos fué rey de Francia: desde entonces  
De Carlomagno apareció la herencia  
Para siempre partida en la Alemania,  
Italia y Francia. Osados contra ésta,  
De Lotario y Bernardo por tres veces  
Rompieron los pendones las fronteras.  
Mas por Carlos tres veces rechazados,  
Volvieron á pasarlas con vergüenza.  
Lotario al fin, cansado ó impelido  
Por la imperiosa voz de su conciencia,  
Se metió en un convento, abandonando  
Su real papel del mundo en la comedia.  
Mas Bernardo, señor de Septimania  
Por derecho heredado, y por la sierra  
Del Pirineo fuerte en Cataluña,  
Mantuvo su derecho con firmeza.  
Carlos, modo no hallando de vencerle,  
Le propuso aceptar su independencía  
De hecho si él se avenía á que en la forma  
Feudatario de Francia apareciera.  
La forma era la paz; la paz el medio  
De ganar ocasión, prestigio y fuerza

Para poder más tarde soberano  
Ser: aceptó de Carlos la propuesta.

## III

Carlos bajó con ostentoso séquito  
Del conde de Tolosa hasta la tierra:  
Bernardo le hospedó en un monasterio  
De su ducal ciudad casi á las puertas.  
La comitiva de ambos competía  
En sus trajes cargados de oro y seda,  
En su porte galán y en darse mutuas  
De confianza irrecusables muestras.

Era un día risueño que alumbraba  
Un sol fecundador de primavera;  
El aire circulaba embalsamado  
Con el primer olor de las primeras  
Hierbas y flores: sus primeros trinos  
Ensayaba en el árbol filomena;  
Era un día de abril en que iba virgen  
Á rejuvenecer la madre tierra.  
Repicaban á vuelo las campanas  
Y estremecía el órgano la iglesia,





En cuyo altar mayor, lleno de luces,  
Con la pompa católica celebra  
Misa pontifical un viejo obispo:  
Nubes de humo de mirra le rodean;  
Grave comunidad de austeros monjes  
Con él offician y á su voz contestan.  
Delante del altar, sobre las gradas  
Del presbiterio, comunión esperan  
De sus manos Bernardo y el rey Carlos,  
Que juran ante Dios su paz perpetua.  
Delante de los dos, y entre un notario  
Y un rey de armas, estaba en una mesa  
Puesta el acta legal del juramento.  
Comulgaron los dos: de aquellas épocas  
A la usanza, el obispo con la tinta  
Y el vino consagrado hizo una mezcla,  
Y firmaron los dos con aquel líquido,  
Cual si de Cristo con la sangre fuera.  
Las bóvedas del templo estremecieron  
Los cánticos de paz con que la Iglesia  
En el nombre de Dios da paz al mundo;  
Unió el pueblo á su voz la de una inmensa  
Aclamación; y Carlos y Bernardo,  
De Dios y clero y pueblo en la presencia



Abrazándose, á Dios ante sus pueblos  
Se juraron fe y paz sobre la tierra.  
Hiciéronse á la par mutuos regalos:  
Mutuas explicaciones y promesas  
Cambiaron, y partieron encantando  
Al pueblo con sus dádivas y fiestas.

Aquella misma tarde del convento  
De San Sernín salieron por las puertas,  
Tomando el buen rey Carlos y Bernardo  
De sus estados á la par la vuelta.


Y mil veces y mil así se ha hecho  
Entre reyes la paz; mas aunque de ellas  
Una entre mil fué paz leal, ninguna  
Fué jamás tan sacrílega como esta.

## IV

Era un año después: había expirado  
La emperatriz Judith; con regia pompa  
Mandó el rey celebrar sus funerales  
Y á su cuerpo labrar tumba marmórea.  
Lloró el hijo á la madre: vistió luto;  
Fué pesadumbre verdadera y honda;



Mas es ley de la vida: todo en ella  
Nace, vive y se va, como las hojas  
Que nacen en el árbol, que sombream  
El campo en el estío, que se agostan  
En el otoño, que se caen y en polvo  
El viento, arrebatándolas, las torna.  
Era un año después. Carlos el Calvo,  
Merced á la influencia protectora  
Y al oro del incógnito, reinaba  
Como en aquella época azarosa  
Reinaban los monarcas, que sus guerras  
Zurcían sin cesar unas tras otras;  
Mas reinaba, hacia atrás en sus fronteras  
Sin volver sus enseñas vencedoras.  
El incógnito aliado, á cuya diestra  
Política y al oro que atesoran  
Sus arcas su corona debe Carlos,  
Conserva su influencia poderosa  
Sobre él; su favorito tiene entera  
Su confianza real: conoce en todas  
Las jornadas su vida, y hasta parte  
Su real trabajo y distracción por horas,  
Y hasta educa los perros con que caza  
Y elige los caballos en que monta;




Y según á sus cálculos conviene,  
Halaga sus pasiones ó las doma.  
Carlos jamás le preguntó su nombre,  
Y el saberle tal vez poco le importa;  
Pues de sus obras cada cual es hijo,  
Y no importa quién sea quien tal obra.  
Carlos espera que el silencio un día  
Por espontánea voluntad él rompa;  
Y ese día llegó: y así el incógnito  
Habló por fin con el monarca á solas:

– «Tres años van que os sirvo desde el día  
En que os di en una lid vida y corona  
Con mi oportuna entrada en el combate  
Y después con el oro de mi bolsa.


– Yo os lo he agradecido, dijo Carlos:  
Jamás mi voluntad la vuestra acota,  
Y ni aun cuenta os pedí de vuestro nombre  
Cual vos no la pedís de vuestras doblas.

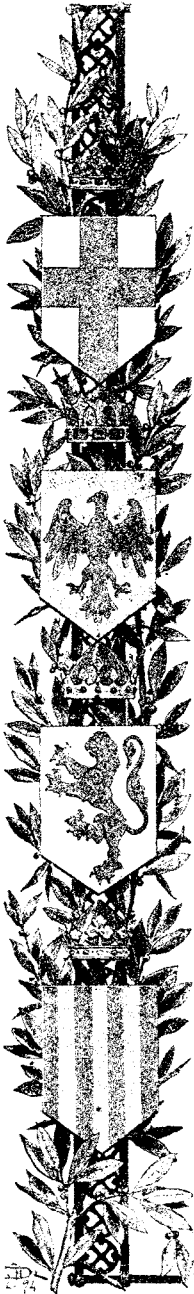
Huélgome que rompáis vuestro silencio;  
¿Queréis que legalice y reconozca  
Las deudas que con vos he contraído?  
La cuenta acepto, sin mirarla, toda.

– No se trata de cuentas: yo he obrado  
Siempre en el mundo por mi cuenta propia;




Yo os he dado mi auxilio y mis tesoros,  
Mas nada me debéis: mi cuenta es otra.  
Yo me he adherido siempre á las ideas:  
A una mía lo está vuestra persona,  
Y por mi idea voy del rey de Francia  
Por la vida mirando y por la honra.  
—¿Alguna de las dos amenazada  
Veis hoy?—Las dos lo están.—¿Quién en la sombra  
Las acecha?—Un traidor.—¿Quién es?—Bernardo,  
Señor de Septimania y Barcelona.  
—¿Él otra vez?—Él siempre: es una oruga  
Que baboseó las imperiales ropas  
De vuestro viejo padre: es una espina  
Que se os clava en el alma y se os encona.  
Vuestros padres ya á Dios han dado cuentas  
De su vida: mas vos de su memoria  
Arrancar debéis hábil esa espina  
É impedir á esa oruga que le roa.»  
Carlos sintió subirle á las mejillas  
El fuego del rubor: su amigo toca  
Una llaga que él nunca se ha atrevido  
A tocar: de su madre la deshonra.  
Un adulterio real, hecho ó calumnia,  
Lleva cual los cometas una cola





De luz, que en el espacio de los tiempos  
 La voz jamás de los cronistas borra.  
 Un adulterio real, hecho ó calumnia,  
 Un áspid es que el corazón acosa  
 De su real sucesión: la duda es áspid  
 Al que el fallo mejor jamás ahoga.  
 Carlos había sentido en los rumores  
 Del palacio agitarse de una crónica  
 Truncada los pedazos, que en su oído  
 Ninguna lengua atar osó... ni osa.

El viejo favorito de la sierpe  
 De aquella duda á reunir ahora  
 Iba los trozos de veneno henchidos,  
 Y Carlos tuvo miedo á su ponzoña.  
 El viejo favorito, sin embargo,  
 A entrar volviendo en la cuestión, que aborda  
 Hoy sin duda de intento, y la vergüenza  
 Sin mirar que la faz del rey sonroja,  
 Empezó de la historia de su madre  
 Los rumores á atar, con insidiosa  
 Destreza uniendo trozos de la víbora  
 Y á los ojos del rey dándola forma.  
 Cuando con todos sus anillos sueltos  
 Volvió á formar la sierpe, cuando toda



---

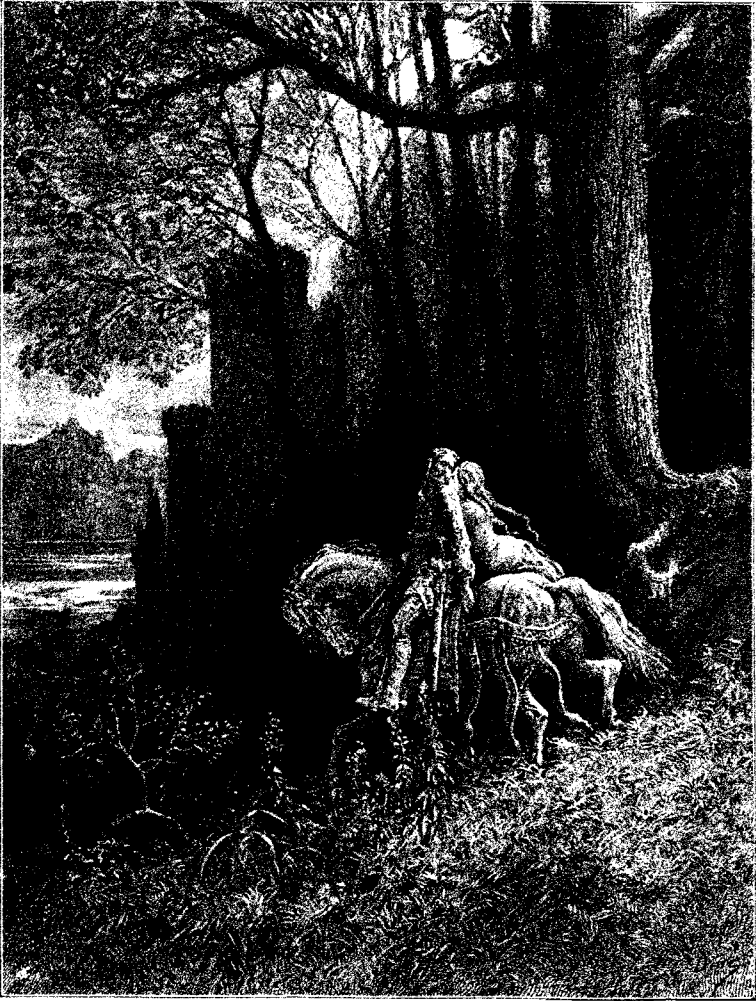
La historia de Judith hecho por hecho,  
Supuesto tras supuesto, hoja por hoja  
Tuvo junta... es decir, cuando á los trozos  
Dió vida de la víbora, soltóla  
De Carlos á los pies para que él mismo  
A voluntad la aplaste ó la recoja.

«Así se cuenta, djole acabando  
De la mujer adúltera la historia:  
Así el juicio de Dios de la calumnia  
La absolvió y salió incólume la esposa.  
Mas no lo cuenta así ni así lo escribe  
El conde desleal de Barcelona,  
A quien halaga echarse al pie del trono  
Y un pico asir de su imperial alfombra.»

Carlos, voluntarioso, vengativo,  
Rencoroso y colérico, á quien dobla  
La ajena voluntad que le maneja,  
Y siempre vil cuando cedió á la propia,  
Su ofendido amor propio rebelarse  
Sintió en su corazón, y de la cólera  
Amarillo tornándosele el rostro,  
Dijo con voz reconcentrada y honda:

– «¿Que no lo cuenta así, ni así lo escribe?  
¿Qué escribe, pues, qué cuenta?—Que la esposa

LA FE DE CARLOS




G. Dore dibujo

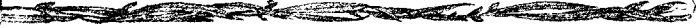
Sola con él, de su caballo á grupa...



No ofendida del juicio y la calumnia  
Se acogió al monasterio altiva y hosca,  
Fiada en su virtud y en su justicia,  
Reparación para obtener más pronta,  
Sino que huyó con él, amante ciega,  
Por espontánea voluntad, y sola...  
Sola con él, de su caballo á grupa,  
Y asida á su cintura, y con su boca  
La del galán adúltera buscando  
Y apurando en sus besos su deshonra.  
Que así fueron por páramos y selvas  
Como un juglar errante y una moza  
Sin pudor fugitiva de su casa,  
Pernoctando al azar de choza en choza.  
Que un campesino les prestó su yegua,  
Siguiéndoles á pie, por que la loma  
Pudieran transponer en que se alzaba  
El murado convento, donde mora  
Aún la abadesa que amparó su fuga  
Y allí á la emperatriz mantuvo incógnita.  
Y allí les vió llegar el conde Huberto  
Una mañana al despuntar la aurora,  
Y les reconoció: pero Bernardo,  
Dejando á vuestra madre con las monjas,



Fué á emboscarse en el monte entre el convento  
Y el castillo del conde, que en la próxima  
Altura se veía: y asaltándole  
De repente al volver, de una traidora  
Lanzada le tendió, con su secreto  
Dejándole expirar sobre la roca.  
Al transponer el sol, vino sobre ella  
A dar con él su desolada esposa,  
Que aún llora su alevoso asesinato  
Y el nombre vil del asesino ignora.  
Despojado de cinto y coselete,  
Del birrete condal y algunas ropas,  
Achacóse su fin de bandoleros  
Sin Dios ni ley á vagabunda horda.  
Déjalo así entender el buen Bernardo,  
Señor de Septimania y Barcelona,  
Duque y conde muy pronto independiente,  
Del honor imperial haciendo mofa.»  
Carlos, tal al oír, dijo ebrio de ira:  
- «¿Así lo cuenta? - Así. - ¿Dónde? - En las hojas  
De una carta, en la cual en vuestra madre  
Echa de infame adúltera la nota  
Y amancilla el honor del rey de Francia  
De su raza infamando á las matronas;



LA FE DE CARLOS



G. Doré dibujó

Y allí les vió llegar el conde Huberto...



Y yo soy quien por él osa deciros:  
 El áspid aplastad que á su honor osa.  
 Al gusano aplastad que poco á poco  
 Sierpe voraz á vuestros pies se torna;  
 Ahogad ese reptil antes que vuele  
 Con alas de dragón por vuestra atmósfera.  
 — ¿Crées que puede tomar tan alto vuelo?  
 — Tal vez sus alas á probar se apronta  
 Aprovechando el tormentoso viento  
 Que contra vos en las fronteras sopla.  
 Pepino, á quien de título y derechos  
 De rey el pacto de Verdún despoja,  
 Con Sancho de Navarra aliado avanza  
 Y las fronteras de Gascuña asolan:  
 Y detrás de los dos está Bernardo  
 Que el fuego atiza. Aunque la mano esconda  
 Tras de la hoguera inquieta, de su mano  
 De la llama á través se ve la sombra.  
 Mientras vivió Judith fué mi consejo  
 Que hubierais paz con él: os iba su honra;  
 Mas del calumniador en el castigo  
 Va la venganza de su honor ahora.  
 Prevenido no os créen, pero yo os tengo  
 Hueste escogida á la campaña pronta;



Caed sobre Pepino y sobre Sancho,  
Y tras el velo de sus huestes rotas  
Quedaréis cara á cara con el conde  
Y... os podréis entender con él á solas.»

Dijo, y dió el favorito á su frase última  
Doblez tan insinuante é insidiosa,  
Que tornó en el espíritu de Carlos  
Sed de sangre voraz la hirviente cólera:  
Y rompiendo sus diques, de su asenso  
Fué la expresión una palabra sola.  
«¡A caballo!» exclamó. Mientras se armaban,  
De marcha en pie las prevenidas tropas  
Le puso el favorito, y partió Carlos  
Al frente de su hueste poderosa.

Voló: cayó sobre Pepino y Sancho;  
Trabó la lid: fué suya la victoria:  
Citó á consejo como rey y amigo  
Al conde, y acampó frente á Tolosa.



LA FE DE CARLOS



G. Doré dibujó

Al transponer el sol...



## V.

Carlos tiene sus huestes acampadas  
 En tierras de Bernardo; las fronteras  
 Están á sus espaldas; como aliado  
 Del conde, según él, pasó sobre ellas.  
 De Pepino y los suyos, enemigos  
 De él y el conde, á salvar vino sus tierras  
 Así á Bernardo se lo escribe Carlos  
 Y acampado le avisa que le espera.

Bernardo, ó inocente ó amparado  
 Creyéndose de paz por la promesa  
 Y el juramento ante el altar escrito,  
 Del rey la cita y el servicio acepta.  
 Y mientras él al llamamiento acude  
 Y los llanos y montes atraviesa,  
 Carlos mete en sus campos sus jaurías  
 Y con su mies su ejército sustenta.

Nueva y extraña condición de amigo,  
 De alianza y de paz extraña prueba;  
 Mas es Carlos un rey de extraño genio  
 Y hecho de niño á extravagancias de estas.



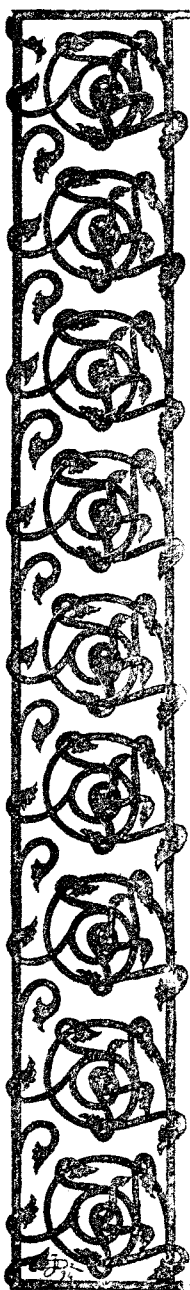
Tiene á veces quiméricos antojos  
Que frisan en accesos de demencia,  
Y sufre hipocondríacos ataques  
Que diz que á veces su cerebro alteran.  
Enfermedad ó depravado instinto,  
Ello es que veces mil dió en su impaciencia  
Ó en su cólera muestras increíbles  
De una inútil y bárbara fiereza.  
Hoy la embriaguez del triunfo ó, como quieren  
Algunos, de un mal astro la influencia  
En tal exaltación tiene su espíritu  
Que su humor nadie á concebir acierta.

Carlos no acampa con su gente; tiene  
Su pendón y sus guardias en su tienda,  
Mas mora con su viejo favorito  
En un convento de su campo cerca.  
En el ala de Oriente, que los monjes  
Libre por fuerza ó voluntad les dejan,  
Viven los dos servidos solamente  
Por monteros y gente de pelea  
De la que el viejo favorito trajo  
Cuando unió á las de Carlos sus banderas;  
Gente toda valiente y bulliciosa,  
Que el claustro tiene en inquietud perpetua.



Del piso superior en las estancias  
Carlos y el favorito se aposentán:  
Su gente de las bajas, más que huéspedes  
Que las moran, bandidos se apoderan.  
En una de estas salas está siempre  
Con fiambres y vinos una mesa  
Prevenida, y pendiente de los dados  
Y copas gente brava en torno de ella.  
Allí cantan y danzan de sus arpas  
Al son las provenzales juglaresas,  
Y ahogan el del órgano y los salmos  
Los ecos de la zambra jacaresca,  
Cuyos obscenos motes y estribillos  
Los hombres ebrios á la par corean  
Con los perros atados á los postes  
Que del salón las bóvedas sustentan.

Y allí en las altas horas pasar suele,  
Varias ya repitiéndose, una escena  
Que no puede explicar más que de Carlos  
Una manía bárbara y excéntrica.  
Cogen todos los días en la caza,  
Para barbarie tal, alguna pieza  
Viva: una corza, un ciervo, alguna cabra  
Montés; una alimaña, en fin, de fuerza:



Y amarrada á un pilar, hasta las horas  
Más altas de la noche la conservan  
Así, para la escena inexplicable  
De que el rey es el héroe, y que es esta.  
Carlos en medio del salón de pronto  
Con la espada desnuda se presenta,  
Se aproxima á la bestia allí amarrada  
Y la cerviz de un tajo la cercena.  
Descompuesta la faz, desmelenado,  
Torvo, febril, desatentado llega:  
Inmola el animal, ve de su tronco  
La cabeza saltar, y da la vuelta.  
Como espectro evocado se aparece:  
Cual conjurado espíritu se aleja.  
Es una escena repugnante y algo  
De infernal y fatídico hay en ella.  
¿Es manía? ¿Es febril sonambulismo?  
¿Es alarde de brío y de destreza?  
¿Por qué multiplicarle? ¿Es que á tal golpe  
Necesita tener la mano hecha?  
Los que ven golpe tal, del golpe admiran  
La rapidez, la precisión, la fuerza;  
Mas ¿de tal golpe la razón comprenden?  
¿La res decapitada representa



Ó reemplaza una víctima más noble?  
¿Es un hombre, una raza ó una idea?  
¿Necesita el rey Carlos por ventura  
Ganar con tajo tal alguna apuesta?  
Él lo sabe quizás. El favorito,  
Como la sombra que del rey proyecta  
El cuerpo, detrás de él siempre aparece  
Y parte detrás de él: sombra siniestra,  
Agorera de mal, que del rey Carlos  
La incomprensible acción muda contempla,  
Y que parte tras él después del golpe,  
Como Carlos del golpe satisfecha.

## VI

Es una tarde cárdena: ha amagado  
Durante todo el día una tormenta  
Que no rompe en turbión, aunque en el aire  
Los nubarrones sin cesar condensa.  
El rey á caza no ha salido: un vago  
Miedo, una inquietud vaga se revelan  
En su semblante torvo: en su aposento  
Se agita sin cesar como una fiera




Enjaulada: se asoma á las ventanas  
Impaciente: se para y se pasea  
Por la cámara; á veces se dirige  
La palabra á sí mismo: otras conversa  
Con el sombrío favorito, que oye  
A veces impasible, y le contesta  
A veces con palabras monosílabas,  
Como si á las de Carlos no atendiera.

Entretanto su gente en las estancias  
Bajas, donde sus órdenes espera,  
Bebe escuchando las picantes trovas  
Y cuentos de una errante juglaresa.  
No hay res á los pilares amarrada:  
Las jaurías están con sus correas  
Atadas en el patio á las argollas  
En que amarran los monjes sus acémilas.  
Algunos perros favoritos duermen  
A los pies de sus amos, ú olfatean  
El fiambre y las pastas con que excitan  
La áspera sed con que los jarros merman.  
Aquella sociedad, de cazadores,  
De aventureros y soldados mezcla,  
Aguardaba las órdenes de Carlos,  
Que á su vez para darlas algo espera.




De repente un relámpago asomándose  
 Con un fulgor de incendio á las vidrieras,  
 Alumbró el cuarto y deslumbró los ojos  
 De los que en él estaban: voz tremenda  
 De la tremenda tempestad, que al cabo  
 En el aire cerniéndose revienta:  
 Un trueno seco, cóncavo, estridente,  
 Rugió en el cielo y conmovió la tierra.  
 Rasgó sus negros flancos el nublado,  
 Y azotar se oyó al viento por afuera  
 Los muros con la lluvia, sacudiendo  
 Furioso las ventanas y las puertas.

Al par del vendaval, por la del patio  
 Y como si el nublado le trajera,  
 Seguido de una corta comitiva,  
 Se entró un jinete, que al portón se apea.  
 Echó con señoril desembarazo  
 De un paje en manos del corcel las riendas,  
 Y cruzando el umbral sin ceremonia,  
 Se metió en el salón sin pedir venia.  
 Era un noble sin duda de alto rango,  
 A juzgar de su traje por las prendas.  
 Tendió en un banco su empapada capa,  
 Su coronado casco echó sobre ella



Y dijo á los presentes: «¿Hay alguno  
De vosotros que al rey anunciar sepa  
Que ha llegado Bernardo de Tolosa,  
Conde de Barcelona?» Con voz recia:  
«Yo,» dijo desde el fondo de la estancia  
Del rey el favorito entrando en ella.  
«¡El bastardo de Hunaldo!» exclamó el conde,  
Hielo correr sintiendo por sus venas.  
«El mismo, dijo el favorito; un punto  
Esperad aquí al rey, que pronto llega.»  
Y dejando la estancia, dejó al conde  
De la afanosa incertidumbre presa.  
Todo el pasado se agolpó á su mente:  
Y aunque hecho tal á comprender no acierta,  
Comprende que le augura un mal tan sólo  
Del bastardo de Hunaldo la presencia.  
De fiarse del rey y haber venido  
Se arrepiente y comprende la torpeza,  
Y pide ansioso á su profunda astucia  
Una feliz y salvadora idea:  
Y mientras esa idea salvadora  
Busca con hondo afán y no la encuentra,  
De pie en el centro del salón, es blanco  
De una curiosidad que le impacienta.



LA FE DE CARLOS



G. Doré dibujó

Le cercenó de un tajo la cabeza...



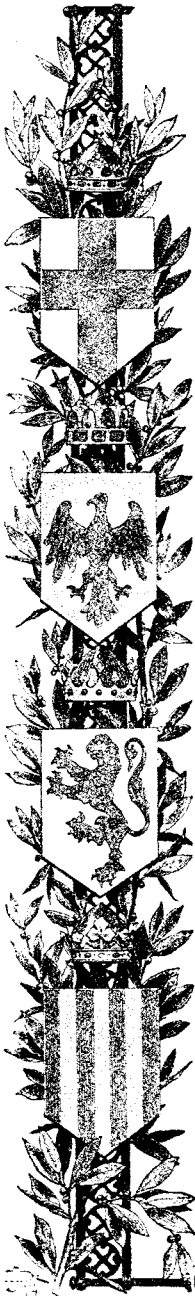
La tempestad del cielo es, comparada  
 Con la de su alma, ráfaga ligera:  
 Y la del cielo sin embargo ruge  
 Como si fuese á desquiciar la tierra.  
 Rauda, incesante, fúlgida, en la cámara  
 La luz de los relámpagos penetra,  
 Y encima de sus bóvedas el trueno  
 Las del cielo parece que revienta.  
 Y en medio del fragor con que del globo  
 La tempestad el curso desconcierta,  
 De espaldas á la puerta, en pie y aislado,  
 El conde al rey desesperado espera,  
 Y en medio del tumulto con que asorda  
 El recinto claustral naturaleza,  
 Descompuesta la faz, desmelenado,  
 Mal unidas las ropas y en la diestra  
 Desnuda la ancha espada, presentándose  
 El rey con pasos y furor de hiena,  
 Llegóse al conde por detrás y airado  
 Le cercenó de un tajo la cabeza.  
 Saltó ésta hacia adelante; perdió el cuerpo  
 Su equilibrio hacia atrás, las manos trémulas  
 Tendiendo por instinto: y fué, lanzando  
 Caños de sangre, á dar sobre la mesa.



Asirse y sostenerle en tal apoyo  
No pudieron sus manos ya sin fuerzas,  
Y el tronco por el rey descabezado  
Fué ante él á dar su convulsión postrera.  
Carlos, poniendo un pie del tronco encima,  
Exclamó con jamás vista fiereza:  
«¡Deshonrador del lecho del que ha sido  
Mi padre y tu señor, maldito seas!»  
Salió el rey del salón: tras él salieron  
Cuantos en él estaban: y las puertas  
El bastardo cerrando, dejó el tronco  
Dividido en la cámara sangrienta.

## VII

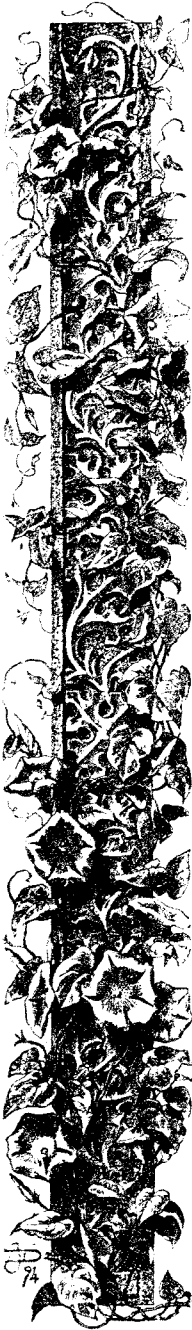
Al despertar el rey al día siguiente,  
Buscó en vano al bastardo: había partido  
Del convento en la noche con su gente.  
De la llave del cuarto en que tendido  
Yacía el conde aún, halló pendiente  
Un paquete sellado á él dirigido:  
Era un rollo de cartas: la primera  
Decía, para él, de esta manera:



«Desde esta estancia donde yace yerto  
 Sin cabeza por ti y sin sepultura,  
 Tu padre te maldice: ve si es cierto:  
 Tu madre en esas cartas asegura  
 Que eres hijo del conde, y tú le has muerto,  
 Mintiendo á Dios y á él tu fe perjura.  
 Yo, de mi raza vengador, te he abierto  
 Tal porvenir de infamia y desventura.  
 Mas libre ya de ti cuando esto leas,  
 Parricida sin fe, ¡maldito seas!»

*Los anales de Metz afirman positivamente «que Carlos el Calvo mató á Bernardo, conde de Barcelona, que se presentó á él lleno de confianza y sin recelo alguno del rey.»*

*El Sr. Balaguer en su «Historia de Cataluña» cita á propósito de este hecho la relación de Odón Ariberto, corroborada por los anales de Fulda, que dice: «Mientras con la mano izquierda hacía ademán de levantar el rey Carlos á Bernardo, con la derecha le clavaba el puñal por el otro costado: y le mató así cruel y criminalmente, atropellando en esto la religión y la fe jurada y aun con sospechas de haber cometido un parricidio; pues corría muy válida la opinión de que era hijo de Bernardo, siendo su rostro un testimonio patente é innegable del adulterio materno. El rey, tras el lastimoso homicidio, se apeó del trono salpicado de sangre, y hollando el cadá-*



ver, prorrumpió en estas voces: ¡Mal hayas mil veces, manchador del lecho de mi padre y tu señor!»

«¡Extraño medio, exclama Romey, para borrar la mancha del lecho paterno!»

Las historias del Languedoc dicen contestes que Bernardo, después de haberse querido declarar independiente en Cataluña, hizo paces con Carlos el Calvo, que firmaron uno y otro con la sangre preciosa de Jesucristo para que fuese más inviolable. Bernardo se dirigió en seguida á Tolosa, que estaba sitiando Carlos, quien le recibió sentado en su trono á la puerta del monasterio de San Sernín. En el momento en que el conde de Barcelona se inclinaba para besar la rodilla del monarca, según costumbre de aquellos tiempos, Carlos se levantó, y echando mano á un puñal, le clavó furioso en Bernardo, que cayó muerto sobre la segunda grada del trono. El cadáver fué arrojado á un lado, y dos días permaneció sin sepultura ante la puerta del monasterio, hasta que Samuel, obispo de Tolosa, aprovechando una ausencia de Carlos que había salido á caza, le hizo enterrar al tercer día, con gran solemnidad, levantándole un sepulcro y mandando grabar en él un epitafio.

Grandemente enojado Carlos por ello con el obispo, le citó ante su tribunal; pero el obispo no compareció, y fué condenado por Carlos á una multa y á presenciar la destrucción del mausoleo erigido por el obispo á la memoria de Bernardo. Tales son los datos históricos y tradicionales de este hecho, que prueban lo monstruoso de la vengativa ferocidad de Carlos el Calvo.

La variación que el autor y el pintor han hecho en los detalles de la muerte de Bernardo, para hacer alarde del atrevimiento del dibujo que la representa en esta obra, no agravia á Carlos, cuyo alevoso crimen está probado. (NOTA DE LOS EDITORES).




## LOS ENCANTOS DE MERLÍN

CUENTO

### INTRODUCCION

¿Quién no conoce de Merlín la historia?  
Me diréis con desdén: «¡Cuentos de antaño!»  
Pero ¿quién no conserva en su memoria  
Algún detalle de su cuento extraño?  
¿Quién no alberga en su mente con cariño  
El recuerdo de alguna maravilla  
De aquel cuento que oía cuando niño  
Ó de un papel leía en un pedazo,  
Sentado de su madre en la rodilla  
Ó mecido por ella en su regazo?  
Todos sabemos de Merlín un poco:  
Y aunque Cervantes hizo dura guerra





Con su ingenioso incomparable loco  
Á cuanto libro su memoria encierra,  
El poder de Merlín no era tampoco  
De los que el soplo disipar podía  
Del aliento de un hombre en solo un día;  
Que en un día no más no se derroca,  
Se aniquila y se entierra  
Lo que ha siglos que el pueblo trae en boca,  
Lo que al amparo popular se aferra.  
Triunfó de los vestiglos y gigantes  
Paladines y príncipes andantes  
Á quienes encantaba y protegía:  
Mas con Merlín en tierra al dar Cervantes,  
No pudo echarle encima tanta tierra  
Que bajo ella Merlín no se rebulla  
Y, viejo pertinaz, de cuando en cuando  
Entre el vulgo mortal no se escabulla  
Señales claras de existencia dando.  
Y aunque no salga á luz con tanta bulla  
Y en tan gentil y noble compañía  
Como cuando, al poder de sus encantos,  
Delante de los príncipes hacía  
Marchar las rocas y danzar los cantos,  
Y con una palabra que escribía

ENCANTOS DE MERLÍN



G. Dore dibujó

Y con una palabra que escribía...



De un príncipe doncel en el escudo  
Invencible le hacía,  
No por eso Merlín de avisar deja  
Que, aunque duerme en la historia, todavía  
Reina en la tradición y en la conseja.

Aún hoy de sus hogares  
Rústicos al calor los castellanos  
Labradores, lo mismo que los rudos  
Campesinos ingleses y germanos,  
Flamencos y bretones,  
En sus rocas y playas do sañudos  
Sin cesar rugen tempestuosos mares,  
Narran y léen las viejas tradiciones,  
Las leyendas y cuentos populares  
En que Merlín en alas de dragones  
Acude á proteger en sus azares  
Al bravo rey Arthur y á sus barones,  
Á Carlomagno y á sus doce Pares.  
Todavía en la Galia y Gran-Bretaña,  
Lo mismo que en América y España,  
Por ranchos, alquerías y lugares,  
Ostentan las sin par ilustraciones  
De los miles de miles de ejemplares  
De sus innumerables reimpresiones

La imagen de Merlín en su portada,  
De barba inverosímil decorada,  
Fabulosa nariz y ojos saltones.


Lo que el pueblo por sí para sí crea,  
Vive siempre con él y se le adhiere  
Cual la corteza al árbol que rodea;  
Y el pueblo lo apadrina, lo prefiere,  
Lo acaricia, lo nutre y lo caldea  
Y lo oculta y lo evoca cuando quiere,  
Y con ello se encanta y se recrea.

No, que en vano la crítica lo espere:  
Por añosa y por rústica que sea,  
La tradición del pueblo nunca muere,  
Se acoge á los hogares de la aldea,  
Del pueblo fiel en el hogar se anida,  
Y cuando, desdeñada, no campea,  
Al calor del hogar conserva vida.  
Merlín es popular porque es el mito  
Creado por el pueblo; y ha durado  
Su nombre nueve siglos, porque ha estado  
En la memoria popular escrito:  
Y aún vivirá del pueblo en la memoria.  
Porque el pueblo las puertas le ha franqueado





Del porvenir fantástico, vedado  
 Á la verdad de la severa historia.  
 Campea sin embargo en alto puesto  
 En sus nobles anales: de los reyes  
 Leal amigo y consejero sabio,  
 Faro que alumbra su época confusa,  
 Dió á su pueblo valor, creencia y leyes  
 La inspirada palabra de su labio  
 Y el profético canto de su musa.  
 Un dios hizo de Arthur con sus cantares:  
 Desde que niño le salvó en la playa,  
 Con su ciencia y poder teniendo á raya  
 Las crespas ondas de los Cambrios mares,  
 Hasta que, la evidencia de su muerte  
 Envolviendo en poético misterio,  
 Hizo por siglos de su brazo inerte  
 La lanzada esperar que sólo puede  
 Vencer la raza del germano imperio,  
 Dió á su leyenda la excelencia extrema  
 Que ni en la forma ni en el fondo cede  
 Á lo narrado en el mejor poema.  
 Mas Merlín fué mortal: fallar no puede:  
 Pues fué de una mujer y un silfo hijo,  
 Tuvo en miserias que caer de fijo.



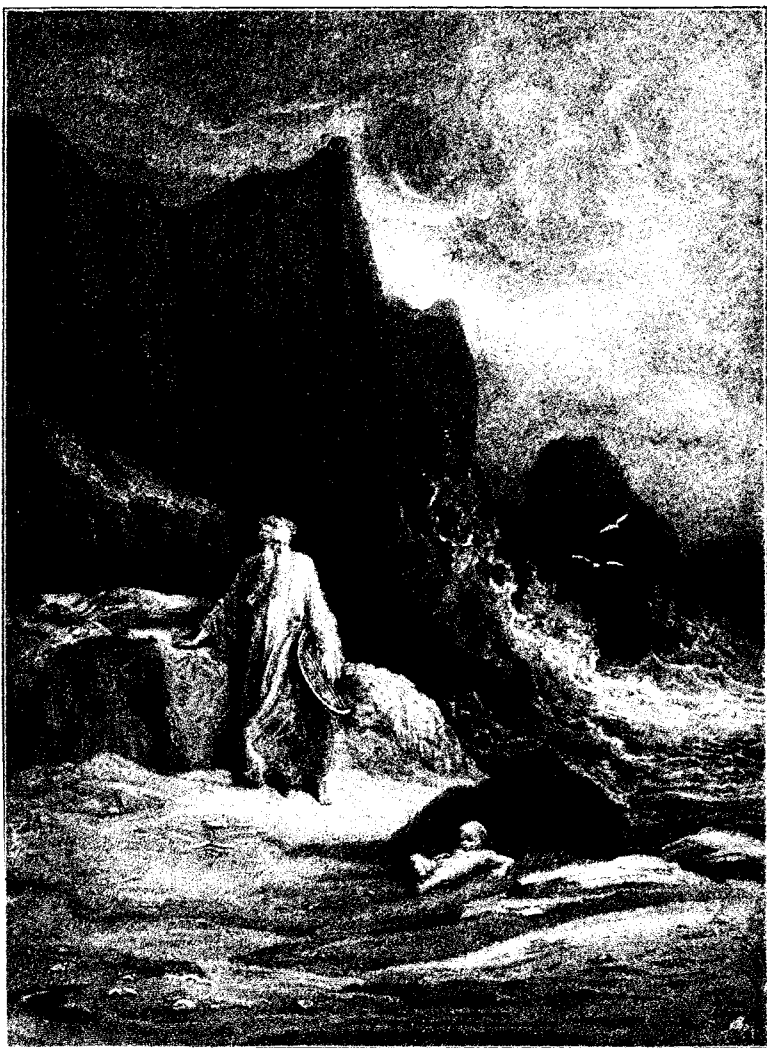
Merlín fué encantador, nadie lo ignora:  
Mas ¿quién le dió los mágicos poderes  
Con que obró sus prodigios? ¿Tiene ahora  
Poder alguno sobre algunos seres  
Súbditos suyos? ¿Vive? ¿Dónde mora?  
Si murió, ¿dónde, cómo? Pareceres  
Hay mil sobre esto y sobre todo hay datos:  
Pero de cierto, nada entre dos platos.

Lo que se cuenta de su fin no basa  
Más que sobre un rumor; su muerte ignota  
De relación quimérica no pasa.  
Mi cuento va á sondar en la remota  
Lobreguez del pasado y en la casa  
Del mago, por si logra alguna nota  
Á su historia añadir, que diga en suma  
Lo que no dijo de él lengua ni pluma.

---


Descuidó una verdad de data lengua  
De escritores el vulgo olvidadizo,  
Y es: «que hombre no hay que á tropezar no venga  
En la fruta de Adán: que escurridizo  
Suelo la vida es: no hay quien no tenga  
El corazón de barro quebradizo.»

ENCANTOS DE MERLÍN



G. Doré dibujó

Desde que niño le salvó en la playa. .



¿Cuál fué el tropiezo de Merlín? ¿No hay huella  
De mujer en su historia? ¿Quién es ella?

Que los senderos ásperos descombre  
De su historia la pluma. Aquel portento  
De ciencia, que de ser goza renombre  
Dueño de tierra y mar, señor del viento,  
¿No tropezó jamás? Pues era hombre,  
¿Cuál fué su tropezón? Aquí está el cuento.  
Si tropezó Merlín, quedará huella  
De semejante tropezón. ¿Qué es de ella?

---



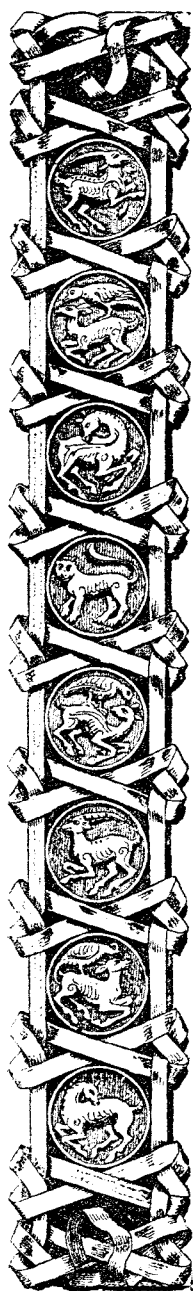
## CAPÍTULO PRIMERO

Harto al cabo Merlín de gloria y fama,  
Y harto de ser el protector ó el bardo  
De tanto paladín y tanta dama,  
De tanto rey legítimo ó bastardo,  
De tanto enamorado caballero  
Y tanto vagabundo aventurero:  
Harto de hacer castillos y palacios  
De unos para placer, de hacer á otros  
Cruzar comarcas y salvar espacios,  
Llevándoles á lomo, no de potros  
Ni de otra más vulgar cabalgadura,  
Sino de grifos, sierpes y vestiglos  
De horrenda forma y de infernal bravura,  
Para que fueran héroes de esos lances  
Extremos y románticos percances



Con que la poesía de otros siglos  
Con profusión que pareció locura  
Llenó historias, comedias y romances;  
Determinó por fin el viejo mago  
La corte abandonar del rey Arturo,  
Para vivir en paz libre y seguro  
De tanta aparición, duende y endriago.

Merlín era ya viejo: mas como hijo  
Fué de un silfo inmortal y una druidesa,  
No tenía su vida tiempo fijo;  
Y aún no sé cuál de sus cronistas dijo  
Que ser no puede de la muerte presa.  
Merlín era ya viejo, mas el tipo  
Mejor de dignidad y de belleza  
Que pudo presentar griega cabeza  
De los tiempos de Apeles y Filipo.  
La vejez de Merlín era nobleza  
Venerable y simpática, que admira  
Por sobra de vigor; no repugnante  
Decrepitud ridícula, que inspira  
Por débil compasión. En su presencia,  
En su voz, en su acción, en su semblante  
Rebosaba el vigor, la inteligencia,  
La inspiración del ánimo gigante



Del grande Ser, de superior esencia  
 A los humanos y mortales seres  
 Que nacen hijos de hombres y mujeres.  
 Merlín, hijo de un silfo que fué un día  
 Ángel del cielo, de Luzbel hermano,  
 Y con él de su excelsa jerarquía  
 Privado por el fallo soberano  
 De Jehová, tenía  
 De divino en su ser más que de humano;  
 Tenía más de espíritu que de hombre,  
 Pues era un genio de mortal con nombre.

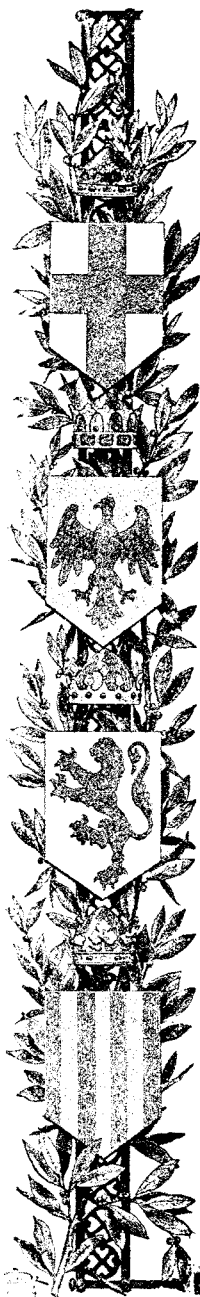
Su ciencia era insondable, prodigiosa:  
 Su padre, el silfo, el ángel destronado  
 Del cielo, con paciencia cariñosa  
 Cuanto sabía él le había enseñado:  
 Los secretos más hondos de la ciencia,  
 Los que hunden en misterio el más profundo  
 La fábrica, la marcha, la existencia  
 De la admirable máquina del mundo,  
 Penetró de Merlín la inteligencia;  
 En lo poblado á par y en lo desierto  
 Merlín leía como en libro abierto.  
 Por eso su existencia había pasado,  
 Ajeno á las flaquezas y miserias



A las que vive el hombre esclavizado:  
Y vivió, libre de ellas, entregado  
A concepciones grandes de obras serias.  
Mas harto de ayudar á los humanos  
En las grandes y locas niñerías  
En que pasan sus noches y sus días  
Para hacerse no más, fieros ó insanos,  
Esclavos unos de otros y tiranos,  
La corte abandonó del rey Arthuro  
Una mañana al despuntar el día,  
Creyendo que á hora tal partir podría  
De la vulgar curiosidad seguro.  
Partió, pues, de las nieblas amparado  
Por el velo que el día hacía obscuro  
Y en su nudoso báculo apoyado.  
Salió de la ciudad: bajó á la orilla  
Del Támesis: cercana á la ribera  
Se mecía una barca de alta quilla,  
De larga eslora y por demás velera.  
Tripulación bretona la montaba,  
Sin duda de Merlín bien conocida  
Y que tal vez al mágico esperaba,  
Destinada por él á su partida.  
Mientras Merlín al Támesis bajaba,




Salió tras él de la ciudad, su paso  
Por el del sabio regulando acaso,  
Una mujer que el rostro recataba  
Y toda su figura  
En los pliegues de su amplia vestidura.  
Llegó Merlín al barco; los bretones,  
Con respeto acogiéndole profundo,  
Demostraron que saben lo que el mundo  
Debe al genio que admira á las naciones.  
Al pisar el bajel el viejo mago,  
Mandó desarrollar la blanca vela  
Y favorable ser al viento vago  
Al rumbo de la dócil carabela.  
Pero mientras la vela se tendía  
Y el revoltoso viento se fijaba,  
Ligera como una árabe gacela,  
La velada mujer que le seguía  
En el bajel tras de Merlín saltaba:  
Y la tripulación, que ha comprendido  
Tal vez por el afán y la cautela  
Con que tras él la incógnita ha venido  
Que tiene su sanción ó por él vela,  
La acogió con amor: y al viento dando  
La comba faz del reforzado lino,




Se hinchó con él el mástil encorvando:  
 Y la nave bogó, tras sí dejando  
 De hirviente espuma burbujeante estela  
 Del agua sobre el lomo cristalino:  
 Y con el río rápido avanzando  
 Fué con velocidad maravillosa  
 Con él á entrarse por la mar undosa.  
 Merlín, ó en los profundos pensamientos  
 De ulteriores proyectos absorbido,  
 Ó para dirigir los elementos  
 Con el dominio de ellos que ha adquirido,  
 Obligando á las ondas y á los vientos  
 A conducirle á su orden obedientes  
 Al través de tormentas y corrientes,  
 De los seres mortales abstraído  
 Sentóse á proa, con afán constante  
 Mirando sin cesar mar adelante.

Los marinos bretones  
 Dejéronle en silencio respetuoso  
 Amasar de su mente en los rincones  
 Las elucubraciones  
 De aquel arrobamiento misterioso,  
 A su poder fiando y á su ciencia  
 Su barco, y su existencia



A la merced con él del mar undoso.  
La velada mujer desconocida,  
Tal vez con igual fe, tendióse á popa:  
Y despierta ó dormida,  
Allí permaneció muda é inmoble,  
Envuelta entre los paños de su ropa  
Y de su velo en el plegado doble.

El barquichuelo en tanto  
Bogaba rapidísimo y derecho  
Como llevado á impulso de un encanto  
A entrar, la isla costeano, en el estrecho.  
Entró en aquel canal siempre agitado  
Por un mar borrascoso, que se irrita  
Entre aquellas dos costas encajado,  
Que azota sin cesar desesperado  
Por ver si de los flancos se las quita.  
Y en aquel negro mar la carabela,  
Entre la nube de marina bruma  
Que el aire de este mar siempre encapota,  
Iba debajo de su hinchada vela  
Y en medio de un montón de hirviente espuma,  
Sobre blanco vellón cual parda mota,  
Cual pelusa del aire en limpia tela,  
Que sobre su haz más adherida flota

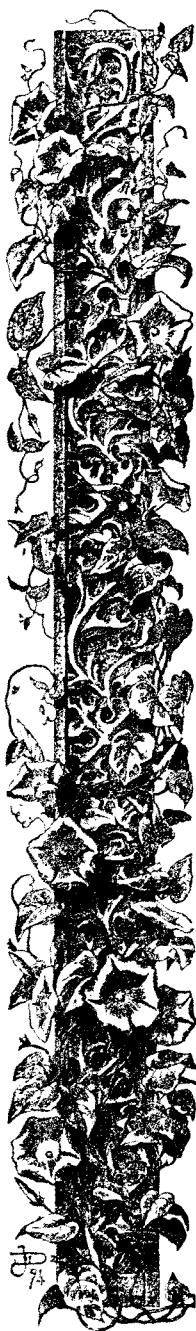




Y sobre su haz sin desprenderse vuela:  
Iba, en fin, arrastrada en la apariencia.  
Sin gobierno, sin rumbo ni derrota,  
Del viento y de la mar por la violencia  
A estrellarse tal vez en playa ignota.  
Mas obra fué sin duda  
Del poder de Merlín: playa cercana  
Se avistó con el sol de una mañana  
Deliciosa de mayo: y de repente  
Fué la barca á abordar roca desnuda,  
A cuyos pies en la tendida arena  
Van á desparramarse mansamente  
Las limpias olas de la mar serena.

Saltó en tierra Merlín, de bendiciones  
Cargándole al partirse los bretones:  
Mas apenas Merlín les dió la espalda  
Cuando sobre las suyas los marinos  
De la mujer sintieron los pies finos  
Posarse y resbalar su suelta falda.

Cuando alzaron absortos la cabeza,  
Sobre ellos la mujer había pasado  
Y en la playa saltado  
Con esa agilidad y ligereza  
Del corzo y del antílope, que rasan



Al parecer ingrávidos el suelo  
 Por sobre el cual en su carrera pasan,  
 Pareciendo á la vez carrera y vuelo.  
 Entonces la mujer que con pie leve  
 La superficie de la arena lisa  
 Sin dejar huella en su tersura pisa,  
 Y á quien distancia todavía breve  
 De la barca separa,  
 Los dobles pliegues apartó del velo  
 Que entolda el cielo de su linda cara;  
 Con una graciosísima sonrisa  
 Que cambió en alegría su sorpresa  
 Envio su despedida á los marinos,  
 Y á seguir al gran mago se dió priesa  
 Hacia una selva de gigantes pinos.

Apercibió Merlín el ruido suave  
 De sus pasos tras él; y la cabeza  
 Volviendo á la mujer, su gesto grave  
 De hallarla allí manifestó extrañeza:  
 Mas á mirarla se paró. ¿Quién sabe  
 Si fué para admirar tanta belleza?  
 Paróse ella mirando que él se para  
 Y en calma le dejó que la admirara.



ENCANTOS-DE MERLÍN



G. Doré dibujó

Apercibió Merlín el ruido suave de sus pasos tras él...



El buen Merlín la contempló un instante;  
 Mas qué impresión en él tal hermosura  
 Hizo no dejó ver en su semblante.  
 Y una frase encomiástica ni dura  
 Sin decirla, á seguir volvió adelante;  
 Ella afrontó con grácil apostura  
 Su mirada: y cuando él se apartó de ella,  
 Volvió á echar la mujer tras de su huella.  
 ¿Qué pensó de ella el sabio? ¿La sentía  
 Con placer tras de sí? ¿Le contrariaba  
 Sentirla tras él ir? ¿La conocía?  
 Sigámosles... y á ver en lo que acaba.

## II

Estamos en Bretaña: es esa selva  
 Que alcanzamos á ver la Brocelianda;  
 A ella marcha Merlín, sin que se vuelva  
 Jamás á la mujer que tras él anda.  
 Él anda, como un viejo sabio y grave,  
 Á paso lento, igual y majestuoso;  
 Ella como el antílope y el ave  
 Que no gustan tomar pie ni reposo.



Él marcha como el genio: va buscando  
Lejos del mundo soledad completa  
Donde no venga á interrumpir aullando  
El mundo ruin ni al bardo ni al profeta.

Ella marcha tras él como la luna  
Detrás del sol: impávida, tranquila:  
Como el cisne que nada en la laguna  
Sobre un agua dormida que no oscila.

En su traje talar marcha él envuelto,  
De laurel siempre verde coronado,  
Y sin báculo ya: que ágil y esbelto  
Al avistar la selva le ha arrojado.

Merlín no tiene edad: marcha derecho;  
Es de casi inmortal naturaleza;  
Sobra vigor en su robusto pecho  
Y eterna lucidez en su cabeza.

Él es Merlín: le conocemos todos;  
Hemos visto de niños en mil partes  
Su retrato: mil libros de mil modos  
Nos han dado razón de él y sus artes.

Él... es Merlín, y basta. ¿Quién es ella?  
Ella es una mujer con quien ninguna  
Tiene comparación, porque es más bella  
Que, al levantarse tras el mar, la luna.



Ella es bella sin par: es un encanto  
 Que respira: un prodigio que camina:  
 Mujer distinta de las otras tanto,  
 Que no agrada ni atráe, sino fascina.

Su cabeza es un faro, que en su cuello  
 Gira con gentileza soberana;  
 Cae de ella su riquísimo cabello  
 Como raudal que del peñasco mana.

Sus ojos radian luz: su frente pura  
 Refleja la del sol como un espejo:  
 Y dan no sé qué brío á su hermosura  
 Imperceptibles bozo y entrecejo.

Su boca exhala olor á gruta fresca  
 Donde se guarda fruta en el verano,  
 Y su móvil sonrisa picaresca  
 Da á su faz un hechizo soberano.

Su bello cuerpo de marfil va oculto  
 Bajo talar, sutil y amplio ropaje;  
 Mas de sus formas el correcto bulto  
 Se dibuja gentil bajo su traje.

Sus dos brazos, flexibles como palmas,  
 Rematan en dos ramos de jazmines:  
 Dios hizo á esta mujer por altos fines  
 Verdugo de hombres y ladrona de almas.



Cuajó su piel con hojas de azucenas,  
 Sus labios hizo con claveles rojos,  
 Del sol con rayos sus pupilas llenas,  
 Su alma de amor, su corazón de antojos:  
 Y poniéndola, en fin, fuego en las venas,  
 Fuego en el corazón, fuego en los ojos,  
 La dijo al animarla: «Sin rivales  
 En gracia y perfección al mundo sales.»

Se presentaran con vergüenza ante ella  
 Eva, Niobe, Lais, Venus y Aspasia:  
 Tendrían mudas que besar su huella  
 Las hurts de Georgia y de Circasia;  
 Jamás abrieron á mujer tan bella  
 Europa sus saraos, sus baños Asia;  
 Dios la dijo animándola: «Sé muestra  
 De lo que sabe modelar mi diestra.»


Tal era la mujer incomparable,  
 Tipo de perfección y de hermosura,  
 Que con tenacidad inexplicable  
 Va tras Merlín á entrar en la espesura  
 De Brocelianda. Menester que la hable  
 Será por fin: porque ella lo procura  
 Caminando tenaz sobre su paso,  
 Por más que afecta él no hacerla caso.



Y cuando una mujer de prendas tales  
En ser la tentación pone su empeño  
De uno de esos filósofos morales  
Que á la palabra *amor* fruncen el ceño,  
Que mejores se créen que los mortales  
Y el mundo ante su orgullo créen pequeño,  
Como la tentación sepa y lo valga,  
Vencedora por fin fuerza es que salga.

Merlín marcha impasible: mas no cede  
Ella y sigue tras él: que se resuelva  
Merlín es menester; solo no puede  
Entrar cual se propone en esa selva:  
Fuerza es que al linde la mujer se quede,  
Que entre con él ó que Merlín se vuélva:  
Él va á obrar un encanto que del mundo  
Le abstraiga en el misterio más profundo.


Y debe solo entrar para efectuarle;  
Es el grande secreto de su ciencia  
Y no debe alma humana penetrarle;  
Va á segregar del mundo su existencia,  
Mas sin morir en él, ni abandonarle.  
Ese es su único fin, es su sentencia:  
Por inmortal espíritu engendrado,  
Muerto no puede ser, sino encantado.



Pero aquella mujer que le persigue  
Le estorba, le distrae de su grande obra;  
No es posible en su encanto que á él se ligue  
Ser alguno mortal: la mujer sobra.  
Al mar es fuerza que á tornar la obligue,  
Pues ella audacia con su calma cobra;  
Resolvióse Merlín, y de repente  
Volvióse y de ella se detuvo enfrente.

Detúvose ella, y abatió modesta  
Su vista ante la de él: y en ella fijo  
El ojo escrutador, con manifiesta  
Impaciencia así el mágico la dijo:  
«¿Por qué me sigues hasta aquí? Contesta.  
¿Por qué me sigues? Habla: te lo exijo.»  
Y ella con voz más suave que el reclamo  
Del ruiseñor le dijo: «Porque os amo.»

Al son de aquel acento y al sentido  
De aquella sentidísima palabra  
Perdió el ceño Merlín y abrió el oído,  
Porque á ésta no hay oído que no se abra.  
Ella calló, el efecto producido  
Por su voz esperando que en él labra:  
Y él por sinceridad ó por reclamo  
Repitió: - «¡Porque me amas! - Porque os amo,»



ENCANTOS DE MERLÍN




G. Dore dibujo

Resolvióse Merlín, y de repente volvióse...



Repuso ella otra vez con voz entera,  
 Resuelta, persuasiva, audaz, vibrante;  
 Era la voz del alma: verdadera  
 Voz de pasión ardiente, delirante:  
 No era voz, era acero, puñal era  
 Que iba derecho al corazón. ¡Instante  
 Fatal fué aquel para Merlín! El mago  
 De su herida en el de él sintió el estrago.

Merlín, hijo de un silfo, ser mestizo  
 De un infernal espíritu y una hembra  
 Racional, cuyo impló y tornadizo  
 Amor á su hijo exótico desmiembra  
 De la raza de Adán por un hechizo;  
 Merlín, cuya alma es campo donde siembra  
 Satán, que ni es espíritu ni es hombre,  
 Semidiós de mortal con cuerpo y nombre,  
 No había amado jamás, porque en la esfera  
 En que le colocó su esencia extraña  
 Nunca halló una mujer que se atreviera  
 Á despertar su amor, ni él en su huraña  
 Ciencia en buscar pensó una compañera;  
 Mas en la que hoy le sigue y le acompaña  
 Por la primera vez ve alguna cosa  
 Cuyo ignoto poder al suyo acosa.



En la corte de Arthur mil y mil veces  
Ha visto á esta mujer: ante los ojos  
Mil veces se le ha puesto: y por preñeces  
De orgullo tomó siempre y por antojos

De mujer un amor en que aún quisiera  
Dudar; mas de su voz ante el reclamo,  
Con ella habla anudó de esta manera:

—«¿Conque hasta aquí me sigues?..—Porque os amo.


—¡Me lo has dicho mil veces! — Os lo he dicho,  
Mas no lo habéis creído. — Ni aún lo creo;  
No me puedes amar; es un capricho.

— Pues os amo. — ¡Á un decrepito! — Yo os veo

Como un ser superior, no como un hombre  
Mortal como los otros. — No: tú miras  
Sólo á la vanidad de mi renombre  
De encantador. — Yo os amo. — ¡Tú deliras!

— Yo os amo con delirio y os consagro  
Todo el inmenso amor que en mí atesoro.  
¡Los hacéis y no creéis este milagro!  
Yo os amo; mal he dicho: yo os adoro.»

Merlín era un gran sabio y era viejo;  
Mas á declaración tan terminante,  
Lector, á solas calcular te dejo  
Lo que sintió Merlín en tal instante.





Perder intensidad sintió al hastío  
 Que empezaba á roer su larga vida,  
 Y empezó á ver lucir en su sombrío  
 Cuadro una luz aún no apercebida.

Una esperanza, una inquietud... ¿quién sabe  
 Lo que sintió explicar? Como él tampoco  
 Se lo explica, tornó con paso grave  
 Su camino á emprender muy poco á poco.

La mujer continuó sobre su huella  
 Caminando también; y sonriendo  
 De él á escondidas fueron, tras él ella,  
 El linde de la selva transponiendo.

Internáronse así por la espesura  
 De la selva: una selva pintoresca  
 Como se puede ver sólo en pintura,  
 Mágica, original, virgen y fresca.

Una selva de robles colosales  
 Y de pinos alorces corpulentos,  
 Que con perpetuos ruidos musicales  
 Pueblan arroyos, pájaros y vientos.

Una encantada selva de Bretaña  
 Habitada otro tiempo por los druidas,  
 Donde albergó su religión extraña  
 Supersticiones mil aún no perdidas.



Una selva poética, imposible  
De imaginar por torpe entendimiento;  
Una selva fantástica, increíble,  
Como creada á posta para un cuento.

De sus gigantes troncos los ramajes  
Exóticos flotantes parecían  
Abanicos de inmensos varillajes  
Que mil monstruos quiméricos movían.

De estos troncos con frondas, que del cielo  
La luz impiden penetrar ni en hebras,  
Parecen las raíces por el suelo  
Garras de grifos, colas de culebras.

De uno de estos alorces tan frondosos  
Como cedros del Líbano á la sombra,  
Y de tupidos céspedes y añosos  
Musgos, acres de olor, sobre la alfombra,

Sin mutuo acuerdo cual por mutuo instinto  
Un punto reposar determinaron,  
Tal vez porque el selvático recinto  
De cruzar sin objeto se cansaron;

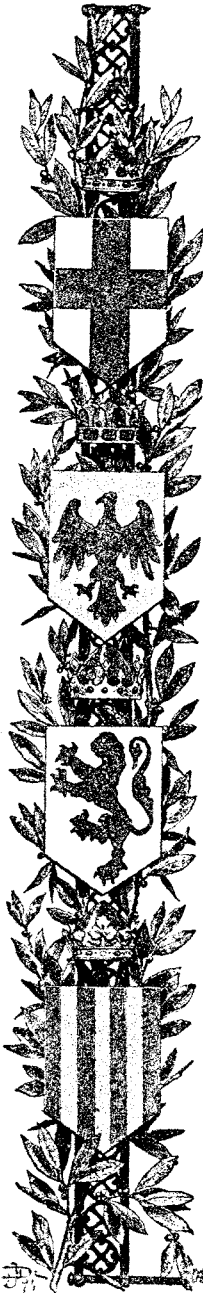
Tal vez porque uno y otro comprendieron  
Que no hablarse era al cabo grosería,  
Y por fin, porque ya que allí vinieron,  
Para esquivarse aún razón no había.

ENCANTOS DE MERLÍN



G. Doré dibujo

Apoyó en él el uno y otro brazo ..

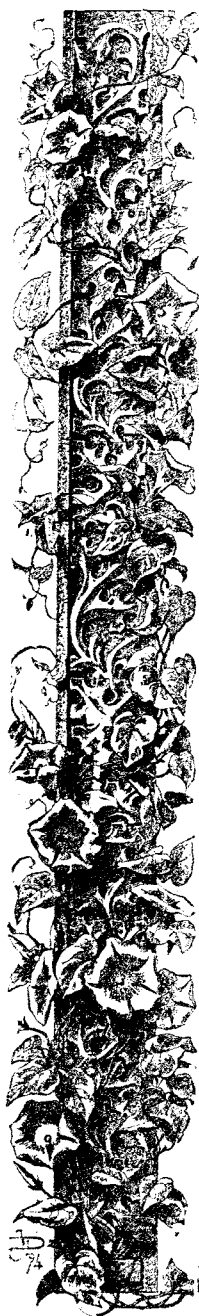


Sentóse el sabio mágico el primero,  
Colocando con grave compostura  
La posición del cuerpo, y con severo  
Decoro en torno de él su vestidura.

La mujer, con la gracia y gentileza  
De una corza doméstica, en el suelo  
Se acomodó á sus pies., de su cabeza  
Y de sus hombros apartando el velo.  
Poco á poco con tímida franqueza,  
Y sufriendolo el sabio sin recelo,  
Apoyó en él el uno y otro brazo  
Y quedó recostada en su regazo.

Merlín esquivó al pronto su mirada:  
Pero ella, con hondísima ternura  
En hallarle los ojos empeñada,  
Se los buscó tenaz, como segura  
De que rebelde á su mirar no hay nada:  
Y no lo hubo: Merlín en su hermosura  
Fijó su vista al fin, y díjole ella:  
«Vedme, y decidme si os parezco bella.»

Presa Merlín de sensación extraña,  
Con muda complacencia contemplóla:  
Y, aunque guardando aún su faz huraña,  
La cerviz con la mano acaricióla.



Como á niño ó doméstica alimaña:  
 Y ella, á caricia tal, de la amapola  
 En el color tiñéndose, le dijo:  
 «Señor, ¿por qué silencio tan prolijo?  
     ¿No merezco respuesta ó no os agrado?  
 Habladme, mi señor, mi bien, mi dueño,  
 Que el cielo de mi amor tenéis nublado  
 Con la sombra tenaz de vuestro ceño:  
 De mí decidme lo que habéis pensado;  
 Yo tengo sed de vuestra voz, y empeño  
 De oír de vuestra boca una palabra  
 Que el claro edén de la esperanza me abra..

Hablad, señor; vuestra palabra espero  
 Como el tostado césped el rocío:  
 Vos sois, señor, mi porvenir entero.  
 Yo os amo; y si me amáis, el mundo es mío:  
 Otro poder que vuestro amor no quiero.  
 ¡Os sonreís, señor!... yo me sonrío  
 Con vos, porque á mi alma esa sonrisa  
 Del edén del amor me trae la brisa.

Sonreidme, gran bardo y gran profeta;  
 Decidme que aceptáis este cariño  
 Que os consagré con libertad completa,  
 Con la espontánea sencillez de un niño,




Con el ciego entusiasmo de un poeta.  
Tomad mi corazón, que sin aliño  
Ni arte os vine á ofrecer la fe que encierra:  
Tomadle y sed mi dios sobre la tierra.»

Y diciéndole así, sobre él fijaba  
Húmedos de placer sus negros ojos,  
Y con sus dedos de marfil peinaba  
La barba de Merlín, y con antojos  
Y caricias de niño colocaba  
Ósculos mil, que de sus labios rojos  
Tomaba sonriendo con su mano,  
En los trémulos labios del anciano.

Merlín era un gran sabio, en ciencias ducho;  
Mas aunque mucho ha visto y mucho ha oído,  
Jamás había oído ni con mucho  
Frasas de tan dulcísimo sonido.

Era un sabio Merlín: mas de los sabios  
Jamás tuvo la ciencia consistencia  
Ante el hálito débil de unos labios  
Con que sopla el amor sobre la ciencia.

La mano de Merlín, que la cabeza  
Acarició cual niño ó alimaña  
Doméstica no más de aquella extraña  
Mujer, tipo de gracia y de belleza,



Resbaló descendiendo entre sus rizos  
Hasta apoyarse en su desnuda espalda,  
Y aquel puñado abrasador de hechizos  
Á sí atrayendo recibió en su falda.

Á su contacto cálido, latente,  
Por la primera vez sintió lo que era  
El amor, y trabóse francamente  
Diálogo entre los dos de esta manera:


– «Tus palabras halagan mis oídos  
Como una suave música: tu vista  
Mis ojos embelesa: mis sentidos  
Se rinden sin poder que te resista.

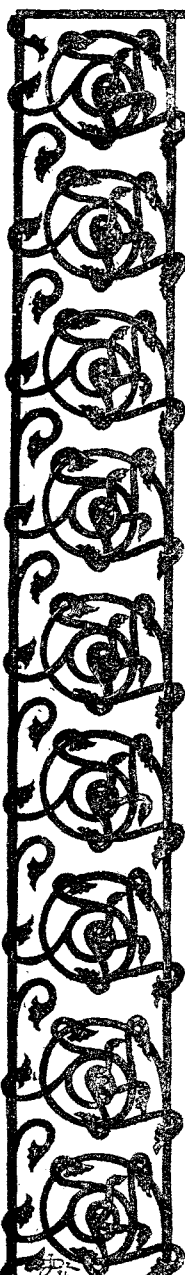
Yo nunca me curé de las mujeres,  
Porque su amor nunca creí. Que me amas  
Me dices tú. ¿Por qué? ¿De mí qué quieres?  
¿Por qué á mi corazón con tu voz llamas?

– Porque os amo, señor, ¿pues no os lo dije?  
Yo sé bien que sabéis quién soy, de dónde  
Vengo... y mi amor que no creáis me aflige.  
¿Por qué el vuestro á mi amor no corresponde?

– Sí, sé muy bien quién eres: es notoria  
En la corte de Arthur la historia tuya.

– Pues bien, si la sabéis, ¿por qué mi historia  
No me dejáis que á vuestros pies concluya





Con mi vida, señor? Si mi palabra  
Os ha tocado al alma, si que os amo  
Os digo y lo sentís... ¿por qué que se abra  
Vuestra alma no dejáis á mi reclamo?

– Escúchame, Bibiana. Yo sé sólo  
De tu pasado lo que el mundo cuenta:  
Yo no le examiné: no sé si hay dolo  
De él en la narración: estáme atenta.

Eres hija de un noble y opulento  
Godo, jefe en la marca lusitana:  
En la orilla del mar tu apresamiento  
Logró el pirata Hisem una mañana:  
Un repentino temporal violento  
Le alejó de su playa mauritana,  
Y en los mares del Norte al engolfarle  
De los bretones en poder fué á echarle.

– Sí, sí: todo eso es cierto: al abordaje  
Al entrar los bretones su navío,  
De la cautividad y del ultraje  
Vinieron á salvar el honor mío.

Mi padre á los bretones ha pagado  
Después pródigamente este servicio,  
Y yo entre ellos con gusto me he quedado.

– Eso es lo que no cabe en nuestro juicio.

Con padre y con hogares en España,  
Ser dichosa debías en su tierra.  
¿Que es lo que esperas, pues, en tierra extraña?

– Secretos para vos mi alma no encierra,  
Gran profeta bretón. Vuestra Bretaña  
No tiene en valle, alcor, ciudad, ni sierra,  
Nada que para mí tenga atractivo:  
Sólo por vuestro amor en ella vivo.

Escuchadme, señor: mi pueblo godo,  
Vuestro pueblo bretón... la tierra entera  
En cuanto abarca su terreno todo,  
No tiene más que vos á quien yo quiera  
Ni á quien pueda querer. En el ser mío  
Hay algo superior al frágil lodo  
De que hizo Dios á la mujer primera:  
Hay en mí como en vos algo que fío  
Que os haga comprender por qué me quedo  
Por vos en la Bretaña, por qué os sigo  
Y por qué sólo á vos ofrecer puedo  
El misterioso amor que en mi alma abrigo.  
Calló ella un punto al viejo contemplando,  
Y siguió, viendo que él sigue escuchando:

– «Oid: la madre de mi madre era  
Hija de un rey de la oriental comarca,

ENCANTOS DE MERLÍN



— G. Doré dibujó

Al abordaje al entrar los bretones su navío...



Quien la tuvo en un hada que, sincera,  
Al amor se rindió de aquel monarca  
Como podría una mortal cualquiera.

Mi madre, hija de aquélla, le fué dada  
Por esposa á mi padre cuando apenas  
De la niñez salía; fué criada  
Desde niña en su alcázar, y colmada  
Fué de gracias por Dios á manos llenas.

Creció: llegó á la edad de los amores:  
La amó mi padre y se casó con ella;  
Y era fresca y gentil como las flores,  
Como el lucero de la aurora bella.

Pero en cuanto mujer y madre se hizo,  
En cuanto yo nací, se obró en mi madre  
Un sobrenatural y extraño hechizo  
Que tristeza mortal causó á mi padre.

Los ojos de mi madre despedían  
Resplandores de amor tan atractivos,  
Que los hombres mirarles no podían  
Sin que quedaran de su amor cautivos.

Ella en vano cerrábales y en vano  
Les ocultaba siempre bajo un velo:  
No había paladín ni cortesano  
De quien no fuera su mirada un cielo.



Y era tal el poder de aquel hechizo  
Que enfermaban de amor cuantos veían  
Los ojos de mi madre... que enfermizo  
Germen de amor letal de sí esparcían.

Y costaba á mi padre mil afanes  
Hallar para su corte consejeros,  
Para sus damas encontrar galanes  
Y para sus campañas caballeros.

Mi padre prometió de su tesoro  
La mitad, y cien millas de terreno  
Donde se habían hallado minas de oro,  
Y un palacio en un valle muy ameno,

Al que pudiera hallar un sabio mago  
Que supiera el hechizo de los ojos  
Deshacer de mi madre, y el estrago  
Atajar de su influjo y sus antojos.

En vano sabios, magos y hechiceros  
Con el afán del premio lo intentaron:  
Los sabios más, como los más arteros,  
De mi madre á su vez se enamoraron.

Supo mi padre al fin que un muy decrepito  
Viejo, que era un gran sabio y un gran mago,  
Lejos del mundo y su social estrépito  
Moraba en una gruta junto á un lago;



ENCANTOS DE MERLÍN



G. Doré dibujó

En el hueco de su gruta romántica le hallaban...



Que los reyes de Oriente le buscaban  
En desastres y apuros, y en el hueco  
De su gruta romántica le hallaban  
Solo, extenuado, amarillento y seco,

Leyendo sin cesar las hojas rotas  
De un libro cabalístico tan viejo  
Como él, lleno de cifras y de notas  
Y del mismo color de su pellejo.

Aquel viejo esqueleto dió á mi padre  
La fórmula potente de un encanto  
Con que neutralizar el de mi madre.

Dijola el rey, y su poder fué tanto

Que mi madre quedó perpetuamente  
Envuelta en una niebla y encantada  
É invisible á los ojos de la gente,  
Y de él solo visible á la mirada.

Los de los ojos de mi madre esclavos  
En libertad quedaron: á la calma  
Tornó su reino por sus cuatro cabos,  
Y de mi padre el rey la paz al alma.

Mas cuando quiso el premio prometido  
Al viejo dar por su poder de su arte,  
El viejo había ya desaparecido  
Y nadie le halló ya en ninguna parte.



De la hija de aquella hada soy la hija:  
Y como hay en mi ser algo divino,  
Es imposible que mi amor se rija  
Por la ley del vulgar. En el camino

De mi vida no hallé quien digno fuera  
De mi amor más que vos: ambos la vida  
Debemos á almos seres; compañera  
Vuestra, con vos la mía se divida.

No pudiendo morir, por un encanto  
Queréis tal vez desaparecer del mundo  
Como mi madre: bien, yo haré otro tanto:  
Amadme, y de ese encanto en el profundo

Abismo silencioso ambos un día  
Embriagados de amor nos sumiremos:  
Vuestra vida, señor, será la mía,  
Y encantados los dos nos amaremos

Por una eternidad: el mundo todo  
Lo ignorará, y fantástica memoria  
Vuestro pueblo bretón y el mío godo  
Guardarán de nosotros en su historia.

Yo viviré encantada en vuestro seno,  
Y yo sola oiré del gran profeta  
Los fallos y los himnos del poeta  
Sonar del aire en el azul sereno.

— Imposible, Bibiana: tal encanto  
 Por mí en mí debe obrarse solamente;  
 Si otro supiera de él como yo tanto,  
 Sería yo su esclavo eternamente.


— ¡Y receláis, señor, que la que os ama  
 Os quiera nunca esclavizar cuando ella  
 Deja padre y hogares y se infama  
 Tal vez por ir besando vuestra huella!

¡Ah!, no me amáis, señor, ni amaréis nunca:  
 Dios ó Satán, Merlín, que os dan la ciencia,  
 Negando á vuestra inútil existencia  
 El placer del amor, os la dan trunca.

Habéis llegado sin amar á viejo;  
 Y hoy que encontráis una mujer que os ama  
 La rechazáis; mal hecho... mal consejo,  
 Señor. Faro sin luz, bardo sin dama,  
 Veo que nunca me amaréis, y os dejo:  
 Yo de mi amor me abrasaré en la llama  
 Y arder en él me sentiré dichosa,  
 De la luz de mí misma mariposa.»


Dijo, y al buen Merlín volvió la espalda,  
 Rápida levantándose y resuelta  
 Á abandonarle: mas al dar la vuelta  
 La asió Merlín por la flotante falda.



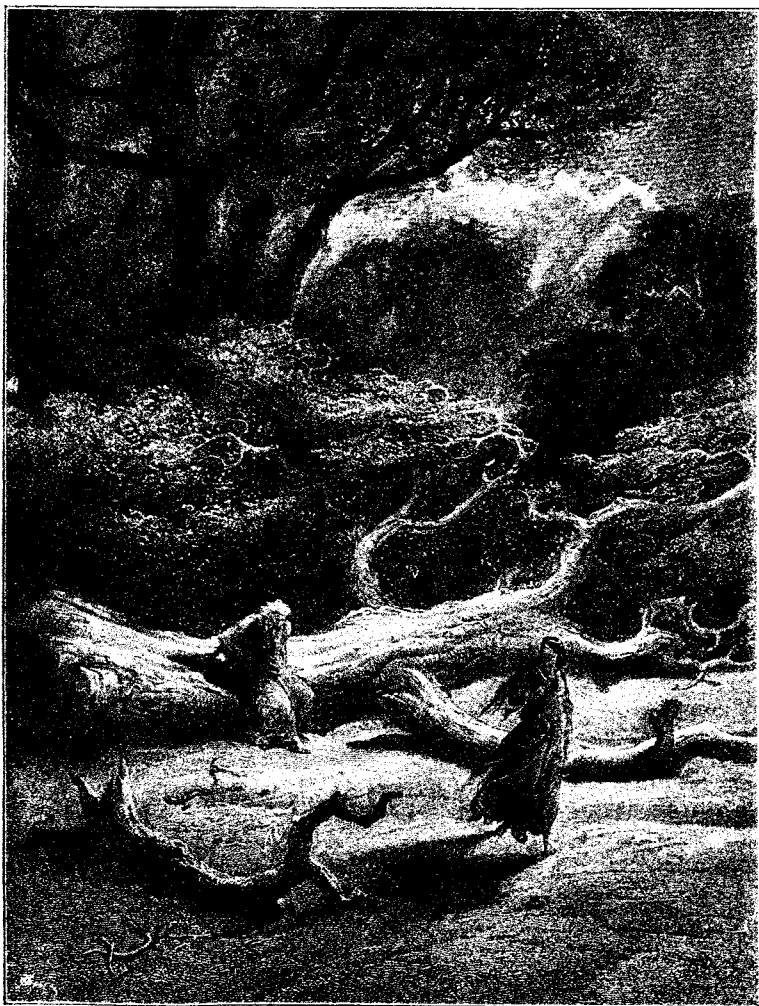


«Espera, dijo el mago: si he vivido  
Sin saber qué era amor, siento que ahora  
Brotó en mi corazón, jamás herido  
De amor con una espina punzadora.»

Radió el semblante de Bibiana oyendo  
Tal decir á Merlín: siniestro brillo  
Despidieron sus ojos; y volviendo  
Su faz risueña al mágico sencillo,  
Cándida al parecer, leal, sincera,  
Tornó el diálogo á atar de esta manera:  
—¿Conque me amáis? — Sí, te amo.— No lo acierto  
Todavía á creer. — ¿Por qué? — ¡Es tan nueva  
Esa pasión en vuestro pecho yerto  
Siempre al amor! Mas de él dadme una prueba.  
— ¿Cuál? — Dadme vuestro libro de conjuros  
Para que yo le guarde; mientras tanto  
Que vos le poseáis, nunca seguros  
Del poder estaremos del encanto  
Que vos podréis obrar. — Mas tal capricho  
No puedo comprender. — Vuestra memoria  
Flaquea: fué mi madre hija de una hada:  
Sé que tenéis el libro de la historia  
Del mago de mi madre. — ¿Te lo ha dicho  
Ella? — Sí: pues no estaba solamente



ENCANTOS DE MERLÍN



G. Doré dibujó

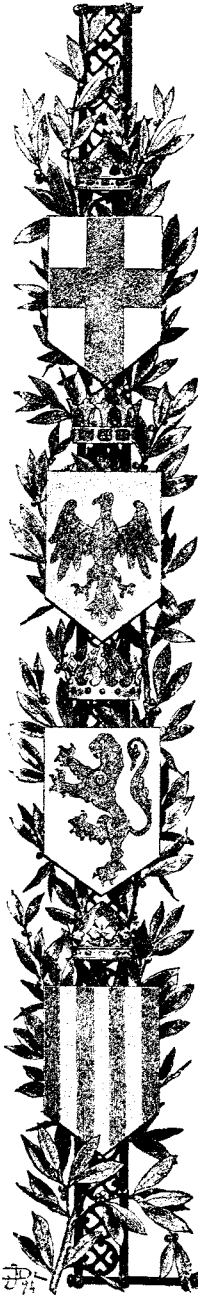
Y del añoso tronco entre las grietas...



Para mi padre y para mí encantada.  
 –Mas si el libro te doy...– ¡Cobarde ciencia  
 Que siempre teme al corazón! ¿Qué miedo  
 Tenéis de mí? Yo quiero mi existencia  
 Pasar con vos; pero vivir no puedo  
 Temiendo siempre que, al primer enojo,  
 De encantaros sin mí tengáis antojo.  
 – Pero si tú en tu cólera ó tus celos  
 Lées en él el conjuro...– ¡Hay tal demencia!  
 ¿Cómo, si sólo vos tenéis la clave  
 De sus cifras y en él nadie leer sabe?  
 Dádmelo ó no me amáis y parto. » Y esto  
 Diciendo, entre los pliegues del vestido  
 Del buen Merlín con imprevisto y presto  
 Movimiento metió su mano diestra,  
 Y el libro entre sus pliegues escondido  
 Sacó, y su ojo brilló con luz siniestra.

Quiso Merlín asirla: mas de un salto  
 Se le escapó, y el libro cabalístico  
 Hojeando, encontró y pronunció alto  
 Del conjuro infernal el fatal dístico.

¡Oh amor, dicha del hombre y desventura!  
 La fórmula tremenda pronunciada  
 Por ella apenas, retumbó en la altura



El trueno, tendió el árbol su enramada  
Copa en el suelo por el rayo herido;  
Y del añoso tronco entre las grietas  
De la áspera corteza desgarrada  
Por el conjuro se sintió cogido  
Merlín, y poco á poco de sus vetas  
El alorçe sobre él cerró el tejido.

En vano resistió: quedó encantada  
Su vida en aquel árbol; y entretanto  
Que se efectuaba el poderoso encanto,  
La mujer, que huye de él casi espantada,  
Decía huyendo con acento bronco:  
«Olvidaste que soy nieta de una hada:  
Queda, pues, alma vieja enamorada,  
Encerrada por ciega en ese tronco.»

Tornó á España Bibiana, y de los ojos  
De su madre el poder con otro hechizo  
De las hembras de España tuvo antojos  
De pasar á los ojos... y lo hizo.

Y los encantos de Merlín, arteros,  
Irresistibles, desde entonces solas  
En la luz de sus ojos hechiceros  
Les tienen las mujeres españolas.

FIN

# INDICE

## DE LAS LÁMINAS QUE ILUSTRAN ESTE TOMO

### LEYENDA PRIMERA: EL CASTILLO DE WAIFRO

	PÁGINAS
Y una hora después en la ribera. . . . .	IV
Al golpe y al movimiento.. . . .	51
Y de oro y licor vertieron. . . . .	59
Sin recordar lo pasado.. . . .	63
Por ella echando y al brillo. . . . .	77
La conversación dirige.. . . .	105
Las riendas sobre el cuello del animal paciente. . . . .	163
Tomaron del castillo la vuelta. . . . .	167
Dice la tradición que el viejo Hunaldo. . . . .	183
Waifro el misántropo. . . . .	187
A afrenta tal sobrecogida ella. . . . .	191
Y me lancé al escape. . . . .	197
Por cima del mancebo y el viejo, Genoveva. . . . .	201
Y sola, inquieta, absorta, cual tórtola sin nido. . . . .	205
Mas cuando el sol poniente los montes transponía. . . . .	209
Esta fué la mansión de nuestros padres. . . . .	221
Y sus ojos de hito en hito. . . . .	259
Contad con que las dos piden al cielo. . . . .	279
Contra el mármol la faz. . . . .	293
Brindóla Ayzón con frutos. . . . .	303
Y con vigor un remo sobre la tierra hincando. . . . .	321
Cuando del lago al centro llegó.. . . .	325
Rindióle tal esfuerzo. . . . .	333
Tropezó en un barranco. . . . .	345

## LEYENDA SEGUNDA: LA FE DE CARLOS EL CALVO

	PÁGINAS
Sola con él, de su caballo á grupa. . . . .	365
Y allí les vió llegar el conde Huberto.. . . .	369
Al transponer el sol. . . . .	373
Le cercenó de un tajo la cabeza. . . . .	383

## LOS ENCANTOS DE MERLÍN (CUENTO)

Y con una palabra que escribía. . . . .	391
Desde que niño le salvó en la playa. . . . .	397
Apercibió Merlín el ruido suave de sus pasos tras él. . . . .	409
Resolvióse Merlín y de repente volvióse. . . . .	417
Apoyó en él el uno y otro brazo. . . . .	423
Al abordaje al entrar los bretones su navío. . . . .	431
En el hueco de su gruta romántica le hallaban.. . . .	435
Y del añoso tronco entre las grietas. . . . .	441

---